



# TANIA

Lola Barnon

Tania

Lola Barnon

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra total o parcialmente sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain.

Título original: TANIA

© Lola Barnon, 2021

**Por favor, no piratees**



Hola querido lector.

Habéis sido muchos los que pedisteis que Tania, personaje de las sagas «Juegos Arriesgados» y «Matrimonio, miedos e hijos», tuviera su propia novela.

Es verdad que ha resultado ser —para la gran mayoría de vosotros— un personaje atractivo, lleno de dobleces, de grises, sombras, luces y aciertos. En la gran parte de los casos, no ha pasado desapercibida. Y, sinceramente, me alegro.

Tengo que confesaros que no estaba muy convencida de hacerlo. Sí que tengo a Tania perfectamente silueteada y definida en mis apuntes, en mi cabeza, y que eso, sin duda, me ayudaba. Pero también podía suceder —y puede todavía— que la imagen que de Tania se tenga, difiera de la mía. La razón es porque me han llegado muchos mensajes, mails y comentarios sobre ella. Hay en ellos, cierta disparidad. Y eso, lo reconozco, me hace pensar que no había sabido definirla tal y como yo la tenía perfilada.

Sea como fuera, este es el resultado. Una mujer, sin duda, que no deja indiferente a nadie. Con sus cosas buenas y las malas. Sus miedos, sus certezas, aciertos y equivocaciones. En definitiva, un ser humano. Y quizá, más frágil de lo que podíamos todos —yo incluida—, pensar.

Que lo disfrutes y un beso enorme, corazón.

## **Aquel mensaje...**

Quién me lo iba a decir...

Parece mentira que aquella llamada a mi móvil, que no cogí, fuera a dejarme, una hora y media después, totalmente aturdida. Sin embargo, ahora lo pienso y debo admitir que era lo esperado. Lo razonablemente esperado...

En ese momento, justo en el que se encendía la pantalla anunciando una llamada, apenas giré la vista a la mesilla donde descansaba boca abajo, y silenciado, mi teléfono.

Ni era la primera vez, ni iba a ser la última. Álvaro, mi divorciado ligue por aquel entonces, me empotraba en la habitación de ese hotel como las últimas diez o doce veces que habíamos quedado. Un tipo musculoso, fuerte, de acometidas bravas, y yo, una mujer a la que le iba todo tipo de sexo. Me era indiferente si me lo hacían suave, más duro o incluso como Álvaro, con un pequeño punto de rudeza. Mi experiencia y carácter me hacían poder afrontar una situación que se podía desbocar. Nunca me había pasado, por otra parte.

Escuchar su cadera chocando con mi culo, mientras yo aguantaba con voracidad sus acometidas, me parecía lo mejor que podía hacer en ese momento, sin importarme nadie más. Ni conocidos, ni amigas, ni mi marido... Nada, solo el sexo y yo. Ni siquiera Álvaro o quien fuese en ese momento. Porque se trataba de mi disfrute, de mi goce, de experimentar esa ola de placer que me invadía desde dentro y me hace alcanzar unos orgasmos poderosos, plenos, llenos de vida y de excitación.

La dureza de una polla en un hombre que sabe follar es un bien impagable. No soy capaz de imaginarme algo más estimulante. Puede parecer que soy demasiado básica, muy simple y un poco puta. Vale. Lo admito. No voy a discutir ese tipo de cosas. Me gustan los hombres y disfruto con ellos. Y no es un sexo moderado y sencillo. Prefiero el atrevido, el de un hombre que se plantea hacerte disfrutar y no se detiene en dudas o vergüenzas.

Entiendo el sexo como algo placentero y necesario. No como un trámite entre dos personas que se quieren, se gustan o se desean. El sexo, al menos

para mí, es fin en sí mismo. Sentir una polla muy dentro de mí, entrando y saliendo de mi lubricado coño o chuparla hasta la garganta, succionando y logrando que eyacule en mi boca o en mis tetas, lo considero algo sublime. O cercano a ello. Con Álvaro, sin ninguna duda, conseguía todo eso. Me follaba duro, se corría bien y me hacía disfrutar comiéndome mis entrañas hasta hacerme gritar como una posesa.

Siempre, y con todos y cada uno de los hombres con los que he estado, antes y durante mi matrimonio, he buscado eso. Con unos he tenido fortuna, con otros, no tanta. Y siempre procurando obtener un buen disfrute propio. No es que eso significara que a quien estuviera en ese momento conmigo yo no le intentara proporcionar el mismo placer, que a mí él me daba. Lo hacía. Y creo que bastante bien, porque soy lujuriosa, atrevida, experta y tengo ese toque perverso o de pequeña maldad que vuelve locos a los hombres. Y a algunas mujeres, cuando he estado en grupos. No soy lesbiana, ni bisexual ni curiosa. Soy muy sexual y si estoy en un trío no me importa que me toquen y yo tocar. Pero a solas con una mujer, no he estado. No lo descarto, pero por ahora me va bien con una buena polla.

Sé lo que es que un hombre tiemble de espasmos, de gusto mientras succiono su glande. Conozco sus expresiones cuando están follando con una hembra como yo. He visto sus reacciones de excitación y calentura ante la posibilidad de empotrarme. Soy consciente de que follo bien, me atrevo a casi todo y busco y doy placer.

Esa era mi vida.

Hasta aquella llamada...

Esa tarde recuerdo que llovía en Madrid. El día permanecía gris, encapotado y con nubes preñadas de agua. Mientras las gotas resbalaban en el cristal de la habitación de aquel hotel, y la pantalla de móvil se encendía con esa llamada y un par de mensajes, Álvaro me estaba proporcionando el segundo orgasmo. El primero, de pie, contra la pared. El segundo, a gatas y a una velocidad que me enloquecía.

—Joder, sigue... —Le decía mientras escuchaba sus bufidos en mi nuca, arremetiéndome con excitación y fiereza, y notando que incrementaba su velocidad sobre mí.

Aquel hombre, apuesto, inmaduro y divertido, era un poco peliculero,

pero reconozco que esas situaciones, me refiero a hacerlo contra la pared, me ponen a mil. Sentir un tío fuerte, mientras me penetra con ese punto de rudeza necesaria para hacer el polvo estruendoso, me encanta. Me dejo llevar cuando siento los golpes de las caderas masculinas, su poderío cuando te penetra, la fuerza de ese sexo desinhibido, la lujuria que me invade y que no la detendría por nada del mundo.

—Me corro... —susurró con voz ronca Álvaro.

—Sigue, sigue... —dije cerrando los ojos y sintiendo como su cuerpo se tensaba cercano al orgasmo— No pares, encanto... ni se te ocurra...

Gruñó de gusto cuando lo hizo, pero continuó con las acometidas, aumentando el nivel de fuerza de sus manos en mi cadera y hundiendo todo lo posible su pene en mí. Volvió a bufar y a emitir una especie de pequeño alarido, mientras continuaba metiéndomela. Me excité con aquello y al momento de alcanzarlo él, lo conseguí yo, tras aquella serie de furiosas acometidas de un Álvaro, tremendamente excitado y entregado. Solté un gruñido y un gemido profundo y largo cuando llegué. No fue un orgasmo descomunal, pero me sentí plena y entregada a ese sexo que tanto me atraía.

Respiré cogiendo todo el aire que pude y le miré sonriente. Busqué la boca de Álvaro girándome, mientras sentía todavía a su pene en mi interior. Me besó con ganas y me acaricio las tetas. Álvaro, sin duda, era un buen amante.

Me he quedado sola.

Álvaro se ha marchado ya, una vez duchado y habiéndome dejado para irse a ver a su exmujer por un tema de la custodia compartida, o qué sé yo. Me tumbo entonces en la cama, pongo algo de música suave, y cojo mi móvil para atender la llamada y los mensajes que he recibido mientras follábamos.

Los leo. La primera vez, casi de forma distraída. La segunda, me quedo anonadada. Se me detiene la respiración y siento que mi piel se me eriza del impacto. Tengo que volver a leer aquellas palabras varias veces. Me quedo muy noqueada, impactada. Me cuesta dar crédito a lo que allí dice. Pero en el fondo, si me paro a pensar detenidamente, con frialdad y tranquilidad, no puedo sorprenderme. Pero, siendo sincera, y a pesar de parecer lo razonable, no me lo esperaba y menos a esas alturas de mi vida y tras años de costumbres adquiridas.

Me viene una sensación de vacío. De fiasco y decepción. De pronto siento que mi vida ha cambiado y que, de alguna forma, no volverá a ser la misma. La idea de que mi vida se está convirtiendo en un fracaso, me envuelve como una neblina húmeda. Cierro los ojos y me recuesto en el cabecero de la cama. Tengo la cabeza embotada. Después del tiempo transcurrido, de las idas y venidas, de lo vivido y sufrido, por alguna estúpida razón, pensaba que esto no sucedería.

Y estúpidamente, que yo si sucedía en alguna ocasión, era invulnerable. En definitiva, que ni este mensaje cabía en mi vida, y que esta, tal y como estaba montada, se estructuraba a prueba de este tipo de sucesos.

Pero no...

Me levanto de la cama y miro por la ventana. El día está triste. Y yo, de alguna forma, vacía. Me doy cuenta de que, en realidad, no tengo casi nada.

## El divorcio

La mirada de mi marido es de pedernal. Dura, fría. Si tuviera que apostar por algo, apostaría, vengativa. Ha acudido sin su nueva pareja, una mujer de treinta y seis años, de buena planta y aspecto de esposa bien cuidada. Nos vimos solo de refilón cuando se bajó del coche y ella se encaminó hacia unos grandes almacenes mientras mi marido —ya ex—, y yo, tramitábamos y acordábamos los últimos flecos de nuestra separación definitiva.

Firmé los papeles con el acuerdo de divorcio y respiré. Aquello ponía un punto definitivo a ese aspecto de mi vida y, marcaba, aunque yo no se lo pudiera —ni quisiera— decir, un nuevo camino en la mía. Desde aquellos mensajes todo había sucedido muy deprisa y en lo único en lo que había podido pensar, era en reafirmar esa sensación de soledad y fracaso. No es que la falta de mi marido provocara exactamente eso, pero se trataba de un acontecimiento que yo sabía me iba a resultar, simbólico, doloroso y definitivo.

Resoplo ligeramente mientras le miro y me guardo el bolígrafo barato con el que he estampado mi rúbrica, en el bolso. Un segundo después, rectifico. No deseo quedarme con ese recuerdo y lo dejo de nuevo en la mesa, como si lo olvidara.

A pesar de todo, de nuestro modo de vida, la libertad tan absoluta y el desapego que de forma inexorable se había adueñado de la relación, yo consideraba un fracaso ese divorcio. Un fracaso más particular, más mío, que común. Más achacable a mí, que a mi ya exmarido. Siento que mi vida ha empezado desde el momento de aquella llamada, a encaminarse por derroteros complicados y que se acaba de formalizar firmando aquellos folios timbrados.

Nos despedimos de los abogados, salimos a la calle y completamos todos los aspectos sociales que lleva este trámite. Cuando él se dispone a caminar en dirección contraria a la mía, ya ambos solos y sin los letrados alrededor, me fijo en su espalda. Y es inevitable sentir ese cariño añejo por las personas que te han ayudado o han sido especiales en tu vida, pero que, de una forma u otra, se alejan para siempre.

—Ernesto... —le llamo.

Él se gira casi de inmediato, pero no dice nada. Tiene las manos en los bolsillos y un aspecto general de cansancio y hartura.

—¿Te puedes tomar un café conmigo? Será solo un momento.

En el fondo de mi conciencia deseo disculparme. O hacerle ver que aunque todo se hubiera resuelto de esta manera, yo lo sentía. No puedo obviar el hecho de que me hubiera sacado de la toxicidad de mi familia. Y los escasos siete años que ha durado nuestra relación, entre noviazgo y matrimonio, yo al menos, los consideraba importantes y muy significativos en mi vida. Sé que puede parecer incomprensible, pero esa era la realidad.

No se mueve de la postura en la que me mira con esos ojos que rezumaban frialdad y molestia. Por un momento pienso que no se acercará y que su alejamiento por esa céntrica calle de Las Palmas, puede ser la última vez que lo vea.

Pero unos segundos más tarde, aún con las manos en los bolsillos, el semblante serio y hosco, y sin decir una palabra, llega hasta mí. Ambos, en silencio, entramos en la cafetería más cercana y yo busco una mesa que nos de algo de intimidad.

Pedimos sendos cafés con leche. Él un par de churros. Yo no. Solo el café con leche, sin azúcar y leche desnatada. Me fijo entonces que ha engordado ligeramente. No mucho, o no me lo parece, pero claro, tampoco ya puedo asegurarlo. Seguramente se ha dejado llevar. Con su edad, cada vez es más complicado adelgazar si no te cuidas y haces ejercicio diariamente. Le veo, sin poderlo evitar, como algo parecido a un tío o al padre de una amiga. Y me apena que en ese preciso momento, no me vengan a la mente detalles suyos y míos de complicidad matrimonial. Respiro e intento concentrarme.

—Ernesto... —empiezo notando que yo misma bajo la cabeza, en un gesto inequívoco de como si me avergonzara. Exhalo un poco de aire, me froto las manos y me obligo a levantarla, a mirarle a los ojos y afrontar aquello—, quiero que sepas que has sido una persona muy importante en mi vida. Y que te agradezco cómo te has comportado conmigo. Sé, y soy consciente de que el fallo está en mí, no en ti. Y también sé que me culpas de... de nuestra separación y de todo lo que ahora nos sucede. Y no te quito la razón. Pero quiero decirte que has ido un hombre muy importante en mi vida. Lo has sido y lo serás. —Me rectifico al momento.

Me deja hablar sin desclavarme sus pupilas de las mías. Las sigo notando

punzantes, duras. Como antes me parecieron, vengativas y con rencor acumulado. Quizá, pienso, que así intenta ser hiriente conmigo. Permanece callado casi un minuto. No sé qué más decir. Me mira en silencio, moviendo lentamente la cucharilla en la taza de café.

—Lo siento... —añado con un gesto de impotencia o de resignación—. De verdad que lo siento.

Coge un churro y lo moja lentamente en el café con leche. Se lo come en tres o cuatro bocados. Entre nosotros, solamente se escucha su masticar crujiente. Cuando finaliza, se limpia las manos y me mira por fin con intención de hablar.

—Gracias por esas palabras, Tania. —Hace una mueca que se asemeja a una sonrisa, pero que surge, inevitablemente, rota. Exhala al aire de sus pulmones con calma y coge el segundo churro—. ¿Sabes una cosa? —lo moja con parsimonia en el café con leche—. Tengo la sensación de que nunca me has querido. O bueno, es posible que sí lo hayas hecho. Incluso hasta aún lo haces. Creo que la expresión que más se adecúa a lo tuyo conmigo, es que nunca me has amado. Tengo claro que al principio pudo ser. Seguramente así fue, pero a partir de que empezaras a zorrear, todo cambió.

Aguanto unos segundos en silencio mientras termina de comerse el resto del churro. Cuando finaliza, hago un ligero amago de puntualizar la palabra «zorrear», pero como si lo estuviera esperando, me detiene con la mano. Con suavidad y una sonrisa sarcástica.

—Porque fue eso, Tania. Cuando alguien busca camas ajenas a la que comparte con su marido, y se mete en ellas, tiene un nombre. Sí, es posible que suene machista o rancio. Pero es la verdad. No hagas por negarlo. Ni por ofenderte. Soy un hombre maduro, docente y se me dan bien las palabras y sus significados. Lo siento si parece una palabra fuerte, pero es la que se me ocurre. No lo hago para molestarte, es solo descriptiva. No un insulto.

Está claro que ha aceptado el café para decirme todo aquello. No puedo negárselo y, además, tampoco sería sincera conmigo misma; tiene razón. Cuando me acostaba con ese compañero de aquí, de Las Palmas, o con el Guardia Civil que ahora prestaba servicios en el aeropuerto de Barajas y que me hizo ver la posibilidad de entrar en los antidisturbios, lo que hice, fue, exactamente, eso: zorrear.

—Ernesto, no voy a replicarte. —Suspiro intentando mantener la conversación por términos moderados—. En el fondo, tienes razón. Y no

quiero entrar en eso. Te concedo que es así, y dejémoslo, por favor. Pero te insisto en que has sido importante. Mucho. Te lo juro. A mi manera, te he querido. Y sé que no es la manera convencional y que has aguantado mucho. Así que, gracias. Solo quería decírtelo.

Su expresión se ablanda por un momento. Se recuesta en el respaldo de la silla y me mira mientras respira profundamente, seguramente pensando lo que acabo de decirle.

—De acuerdo. Te lo agradezco, y te creo. Te tengo por una persona que no eres mentirosa, Tania. Pero eso no quita para minimizar el daño que me hiciste. Porque, yo, a pesar de tus escauceos, de tus folladas, de tus noches fuera, de tus amantes, o como lo quieras llamar, siempre te he querido. Mejor dicho, amado, si utilizo la misma expresión que antes. Yo nunca me hubiera acostada con nadie más que contigo, pero me pusiste entre la espada y la pared. Era eso o nada. O lo asumía o te perdía. O admitía mis cuernos o esto finalizaba. Sé que puede parecer una excusa, pero te aseguro que no lo es. Al final, todo se asume, pero te juro que al principio, fue muy duro. Y no lo he superado nunca, la verdad. Con el tiempo lo he ido aceptando, pero nada más.

—Lo sé. Ernesto. Y en el fondo, aunque no lo he comprendido hasta hace poco, soy consciente de ello. Sé que lo que te voy a decir te sonará raro o estúpido, pero te intenté compensar cuando venía a verte.

Estira su sonrisa y su expresión de sarcasmo.

—No esperes que te de las gracias, Tania. Si follabas conmigo como con uno de tus compañeros o ligues de Madrid, suena hasta patético.

—No, de verdad que no es eso. Te compensaba intentando ser una esposa decente y cariñosa, esos días. En serio, Ernesto. Sé que no voy a arreglar nada, ni a cambiar tu punto de vista. Pero quería decírtelo. Solo eso, no pretendo ni justificarme, ni siquiera que me perdones. Mi intención es que... que sepas que a mi manera, y sé que no fue la mejor, o ni siquiera aceptable, hice lo que en ese momento pensaba que estaba bien. O era mi obligación...

—Me encojo de hombros.

—Mira —se acerca a la mesa, posando los codos en ella, retirando la taza de café con leche ya vacía y el plato donde quedan algunas restos de fritura de los churros—, yo esperaba con ansia ese fin de semana que empezó siendo cada mes y luego, poco a poco, se hizo más extendido en el tiempo. Deseaba verte. Follar contigo, Tania. Si, follarte. Sentirte mía. Gozar con mi esposa, olvidar su vida. Y la mía, que empezó a ser una mierda con las

estudiantes que se dejaban follar por un profesor madurito que las aprobaba en los exámenes o era más indulgente. Porque hice eso. Me traicioné a mí mismo, a mi sentido de la justicia, a la neutralidad de la docencia, al valor del conocimiento. Abandoné la honestidad... Y no puedo acusarte, porque debería haber sido capaz de no cruzar esas líneas. Pero tú me empujaste a hacerlo. No eres culpable de mis estupideces. Pero sí, de que esa sensación de ser un estorbo para ti me hiciera hundirme y que terminara por traicionarme a mí mismo. Las consecuencias, son cosas mías, pero el génesis, es tuyo, querida.

Su voz se va endureciendo según habla, pero finalmente, respira hondo y se calma. Me mira de nuevo en silencio. Esta vez nota más decepción que enfado en sus ojos.

—Te he querido mucho, Tania. Mucho, en serio. Pero tú a mi no. Y eso me ha destruido y ha provocado que me convirtiera en un imbécil. Por suerte, me rehíce y ahora, gracias a ti, todo hay que decirlo —apunta con una ligera sorna y un gesto elevando sus cejas—, tengo la suficiente paz y tranquilidad como para retomar mi vida. En todos los sentidos.

Recuerdo esos fines de semana. Los primeros, explosivos, de sexo brutal, también buscado por mí. Quería hacerle gozar, disfrutar de mi cuerpo, de mis manos, mi boca. Yo ya empezaba a estar atrapada en la vorágine del sexo y pensé que haciéndolo de forma parecido con mi marido en las visitas a nuestro hogar, podía suplir esa ausencia mía. Lo que no me di cuenta, hasta pasado un tiempo, era que Ernesto no percibía tanto mi falta en lo físico, sino en que existía por mi parte una distancia vital o familiar. Y que, además, tras ese par de noches, yo regresaba a mi mundo sin apenas trabajo ni melancolía.

Y sí, era cierto, aunque en esos días yo no lo viera así, que suplía esa separación física con un buen sexo a mi marido. Confundí cabalgarle hasta que explotara en mí, con el cariño y el sosiego de la paz de un hogar estable. Tener su hombría en la boca hasta que estallara de placer, con la complicidad de las personas que se aman sin obstáculos. Le hice adentrarse en el sexo anal, y mil otras posturas, como moneda de cambio para que no echara en falta la ausencia de sonrisas y cariño. Orgasmos por cercanía. Incluso puede que sexo por una compasión mal entendida y lejana.

Ahora, tiempo después de que sucediera, y de mis primeros viajes a Las Palmas para ver a mi marido en los días que libraba, sé que lo que digo es cierto. Entonces, me engañaba a mí misma. O pretendía engañarme. Follar con él era divertido, excitante. No niego que existiera una cierta atracción, pero

con el tiempo se convirtió en una especie de obligación. O de trámite, más bien. Y todo era porque siempre —o al menos en una buena parte de nuestra relación— faltó mi amor verdadero hacia él. Hubo cariño, respeto, aunque este fuera laxo, flexible, y siempre conveniente a mi manera; incluso sentí admiración por su forma de ser, su cultura, su madurez... Pero no estuve enamorada de él. O se pasó rápido.

Recuerdo estar follando como dos amantes y no como un matrimonio. Yo pidiendo más rudeza en sus embestidas, queriendo sentir su polla muy dentro de mí. Con ese pulso que da el sexo sin tapujos, sin censuras ni complejos. En cierta medida, repitiendo mis experiencias de otras camas para no desengancharme de ellas. Y él, ajeno a lo que yo empezaba a sentir, se entregaba. Con determinación, casi fiereza. No sé si en algún momento pudo llegar a sentir rabia por no estar enlazados en un sexo más de cariño que de envites.

Y así, poco a poco, polvo a polvo, espaciando los fines de semana juntos y las caricias, nos fuimos perdiendo. Y quizá, al igual que yo, se dejó llevar por esa forma de compensarnos. Yo a él, por mi distancia. Él a mí por ocultarme la desazón que ahora sé que experimentaba.

Fueron polvos muy buenos, donde terminábamos exhaustos, sudorosos, con nuestras corridas en los cuerpos. Suspirando, anhelando aire para acometer, en cuanto pudiéramos, un segundo asalto. Un sexo que hoy podría entenderse más como un combate que como una correspondencia de cariño y complicidad. Sexo por sexo. Sexo por ausencia. Sexo por molestia. Solo sexo.

En esos días deseaba que me penetrara con fuerza. Sentir como se corría en mi interior o encima de mí. Besar su pene y lamer su semen abriendo la puerta a la brusca realidad de la falta de devoción que nos fuimos construyendo. Me entregaba con la culpa sólida que me laminaba y que yo, rehuía para que mi conciencia no me mordiera.

Y así se sucedían los dos días que me iba a Las Palmas. Saliendo poco a tomar una caña, ni a comer juntos entrelazando las manos. Ni siquiera fuimos ningún día al Balcón del Mirador, mi sitio fetiche, ni por supuesto nos enlazamos dejándonos llevar por una música imaginaria en un ritual de baile silencioso. Solo nos unió el sexo. Un sexo de silencios y de miradas que cada vez se rehuían más. Un sexo de placer en bruto.

Disfrutamos, sin ninguna duda. Y también, en contraste a eso, nos alejamos al ritmo de orgasmos y noches de placer. De posturas nuevas, de

escorzos de lujuria y de embates con ansia. Sembramos sexo y recogimos distancia.

—Pero hubo un momento en que ya no pude más. Y no es por Paloma. — Parpadeo volviendo a aquella cafetería. Me dice su nombre como si tal cosa, quizá intentando herirme y hacerme sentir que gracias a ella, y no a mí, se ha recuperado a sí mismo.

Sus palabras me llevan de nuevo al presente, empujando afuera las imágenes de mi vida con él. A la acidez del momento sincero que él quiere mostrarme. Vuelve a respirar largamente y se recuesta otra vez en el respaldo de la silla.

—Hace una año y medio que llevo pensando en esto, en el divorcio. Sé que te habrás acostado con infinidad de hombres. No me queda duda. Y que tu forma de entender una relación es, explícitamente, animal. De sexo, de follar y de ya te llamaré. —Suspira y mira al techo negando ligeramente para sí—. Por eso te guardaré rencor siempre, Tania. Porque te he querido y amado mucho. Y hasta ese momento, en el que ya ni siquiera te veía una vez cada tres meses, podría haber reconducido mis sentimientos hacia ti. Pero no. Realmente, ya no pude. Y no quise, tampoco. La verdad —se rehace y continúa hablando despacio—, prefiero guardarte rencor y no odio. Pero quiero que sepas que me hiciste infeliz. Que sé, que no me amaste y que estoy muy seguro de que no lo harás a nadie. Y eso, acuérdate de lo que te digo, es lo que te terminará por destruirte. Siento ser tan duro, Tania. Pero, en el fondo, te lo mereces.

Se levanta sin esperar a que yo pueda decir nada. Y la verdad, que más queda por añadir.

—De verdad que lo siento. No quise hacerte daño... —murmuro, pero él me detiene con una sonrisa irónica que se asemeja más a una mueca. Niega lentamente.

—Lo malo Tania, es que no te molestaste en indagar lo que yo sentía. Qué más da que no quisieras dañarme. Ni siquiera hiciste nada por entenderme. — Ya de pie, me mira de nuevo con unas pupilas de piedra que raspan—. Deseo que seas feliz, pero no sé si podrás. Adiós, Tania.

Y, con pasos lentos, sale de la cafetería alejándose y perdiéndose entre los viandantes, mientras yo me quedo pensativa y reconociendo que Ernesto tiene razón. En todo.

Me levanto despacio, pago la cuenta y me dirijo al coche con la intención de conducir hasta el hotel en donde estoy alojada. Es viernes, y me queda un

fin de semana largo en donde debería visitar a mis padres, o al menos saber de ellos. Me da mucha pereza.

También quiero, de alguna forma, descansar. Incluso, de mí misma, del sexo y de amantes accidentales. Si es posible, recordar las cosas bonitas que me sucedieron y construir un parapeto que me valga útil al cambio que tengo la seguridad que se me avecina.

## **El origen de todo. O no...**

Sería absurdo y egoísta, además de poco veraz, echar toda la culpa a mis padres de lo mío. Es verdad que en una ciudad como Las Palmas muchas cosas terminan sabiéndose, aunque tú seas la última en enterarse.

Eso me sucedió a mí. Y no puedo decir que fuera por casualidad. Era, y soy, hija única. Al menos, en lo que se refiere a mis padres. Mi madre tuvo un aborto y, según me dijo, la impidió tener más hijos. Tampoco sé si es verdad, porque me mintió en numerosas ocasiones y mi confianza en ella, terminó derrumbándose. Pero eso no quita para que desde un determinado momento, mis diecinueve años, ya no tuviéramos demasiada conexión. Sobre todo, la que se refiere a la de madre e hija.

Mi padre, en cambio, es todo un cabrón. Entero, compacto. Total. Engañó a mi madre todas las veces que pudo. Y si no lo hizo más, fue porque el alcohol o lo que tomara, se lo impedía. Un día supe que en algún lugar de Tenerife tengo un medio hermano que se dedica a trapichear con cannabis y a servir copas en verano. Nunca lo he visto. Ni tengo ninguna gana de hacerlo. Quizá no sea su culpa, pero me recuerda todo el asco que le profesé a mi progenitor. Por eso, y aunque no sé si se entiende, decidí no tener con mi hermanastro el menor contacto. Su vida y la mía, desde los inicios, han transcurrido por cauces demasiado diferenciados. Y así deben seguir según mi criterio.

Pero no siempre fue así, o al menos yo no lo recuerdo. De niña, con cinco o seis años, mi memoria almacena muchos más días felices que tristes. A mi padres conmigo de la mano y mi madre sonriente. Con ellos, a los siete años, descubrí el Mirador del Balcón en una excursión que hicimos los tres juntos. Y la imagen de ese mar tan inmenso, tan profundo, tan sentido e infinito, me marcó. La visión fue tan impactante que no me quería ir de allí e hice que mi padre me cogiera en brazos para ver más allá de donde yo lo hacía. Reímos los tres, sentí el viento en la cara y mi padre empezó a dar vueltas tarareando una canción. No supe nunca cuál, y quizá era un tono inventado con él, pero sé que esa imagen en mi recuerdo, observando en círculo aquel mar tan precioso,

en brazos de mi padre y como si estuviéramos bailando, fue un instante mágico. Es, después de todo, la imagen más nítida de mi felicidad infantil, y a donde me hubiera gustado regresar y rememorándolo si mi vida familiar hubiera transcurrido por los cauces normales.

Años después, todo se vino debajo de forma estrepitosa. Y la farsa entre ellos se hizo cada vez más abismal. Conmigo creciendo y percatándome ya de todo, pero huyendo constantemente de la realidad. Quizá, esa sucesión de desilusiones, de huidas y de realidades eludidas o esquivadas, hicieron que vida fuera convirtiéndose, poco a poco, en lo que ahora está desembocando.

Como digo, no puedo echar la culpa a mis padres de mi forma de vida. Sería injusto. Y falso, además. Pero es verdad que aquella familia, si se podía llamar así, hizo que huyera de todo lo que me rodeaba. No era mala estudiante, incluso buena. Quizás, como he hecho durante mucha parte de mi vida, solo se trata de otro tipo de huida, abandonando una realidad que me consumía. Mi padre trabajaba de comercial en una empresa textil. Mi madre, uniendo el conocimiento de mi padre y sus ideas, regentaba una tienda de ropa familiar que, finalmente, terminó convirtiéndose en un local donde se vendía desde una blusa hasta un uniforme de asistenta o un disfraz infantil para un cumpleaños. En algún momento tuvo deseos de ser alguien en el mundo de la moda, pero se fueron diluyendo de la misma forma que los años pasan y los anhelos dejan de importar. He de puntualizar que, al menos hasta donde yo conocía, sus sueños no se centraban en ser una gran diseñadora. O lo que se entiende ahora como una *influencer* del diseño y las tendencias. Su pretensión se encaminaba más al campo de la distribución, y empezó con ciertas fantasías y anhelos. De hecho, llegamos a tener tres tiendas en Las Palmas. Pero en realidad, era una la que mantenía a las otras dos. Sumado a eso, la progresiva pérdida de ambición, el empeño en ver la vida de una forma que distaba mucho de la realidad, y los numerosos cuernos de mi padre, su vida terminó siendo algo muy lejano a lo que en su día, imaginó. Por desgracia, ese derrumbamiento no fue estrepitoso, sino paulatino, casi como una carcoma que le empezó a carcomer por dentro.

Nunca fue realmente valiente. Se negaba a ver la realidad. Tanto en los aspectos comerciales como familiares. Prefería agachar la cabeza y hacer como que no se enteraba o no era para tanto. Una de las cosas sobre las que discutíamos a menudo fue las ausencias de mi padre en el sur de la isla, que ella intentaba disfrazarme de trabajo.

—Se está follando a esa inglesa, mamá. ¡Joder, haz algo! —le grité una vez con una enorme cantidad de rabia.

—Tania, por Dios... que te van a oír.

Mi madre, me miró con los ojos abiertos como platos. En ese momento, preocupándose más por el qué dirán que por lo que en realidad sucedía, personificó toda la cobardía que una mujer puede mostrar ante las infidelidades de la pareja. Me desesperaba, y terminó colmando mi paciencia, que estuviera más preocupada por las habladurías del bloque de vecinos, que de la cornamenta que soportaba.

—Y se folla a unas cuantas más... ¡Despierta de una vez! Lo sabes y no haces nada, mamá.

Yo me desgañitaba intentando conseguir que reaccionara. Pero era imposible. No solo no lo conseguí, sino que me terminó mintiendo y disfrazando las infidelidades de mi padre con causas laborales e inocentes que ella, además, conocía por completo.

Y a mí aquello me enloquecía. No podía entender que ella, una y otra vez, regateara a la realidad tan pasmosa y aplastante de mi padre y su doble, triple o cuádruple vida. Excusando, perdonando y ocultándolo continuamente.

Un día, tras él regresar de uno de sus viajes promocionales como solía decir, me encaré con él. Se lo dije a la cara. Me planté de frente, y mirando directamente a sus ojos se lo solté.

—No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza. Si tanto te gusta con la que ahora estés, déjanos y vete.

Me miró de lado, con una sonrisa estúpida y chulesca. Ni me contestó. Se metió en el dormitorio donde estaba mi madre, posiblemente dormida por la hora que era, y cerró la puerta.

Al poco, oí el inconfundible ruido del colchón sacudiéndose por las acometidas de mi padre sobre mi madre. A ella gemir y a él bufar sin el menor pudor. Yo me metí en la cama tapándome los oídos. Era absolutamente imposible de asumir por mí.

Al día siguiente, mi madre, enterada de mi enfrentamiento con él, no solo no me defendió, sino que incluso, me reprendió de forma grosera.

—¿Quién te crees que eres para meterte entre tu padre y yo? —me espetó con los ojos furiosos.

Al principio, no supe contestarle a mi madre. Pero al cabo de tres o cuatro segundos, lo hice con una tranquilidad tóxica. Y noté como, el veneno,

desde ese mismo instante, ya no dejó de envilecerme con ellos.

—Soy tu hija. En verdad, vuestra única hija.

Aquella frase explotó en ella. Y de nuevo, sin querer combatir la realidad, o asumiéndola, no me dirigió la palabra en tres o cuatro días. Bueno, miento. Lo hizo, únicamente para echarme en cara que su marido, mi padre, estaba enfadado con ella por mi culpa. Era, de nuevo y una vez más, inasumible para mí. Sencillamente, no podía.

Pero ahí no quedó la cosa. Una semana más tarde, más o menos, volví a decirle a mi padre que ya estaba bien de esa doble vida. En esos momentos, aún quedaba algún rescoldo de perdón y comprensión por mi madre, pensando que estaría de alguna forma abducida por mantener una vida, más o menos, normal.

Todavía me duele la bofetada y puedo sentir aún el olor a alcohol de su aliento. Pero lo que más me llegó, no fueron los cinco dedos marcados en mi mejilla izquierda, sino la bajeza y el insulto con el que, de golpe, nos trató a mí y a mi madre. Fue una especie de foganazo que encendió mi rabia y toda el rencor acumulado durante un buen tiempo.

—Métete en tus cosas, que eres tan gilipollas como la idiota de tu madre.

La frase me dejó impactada durante un segundo. Pero, de inmediato, recorrió mi espina dorsal una corriente eléctrica de furor. Me tiré sobre él para golpearlo. Conseguí estamparle una media bofetada, pero entonces, se desencadenó una tormenta de golpes sobre mí. No fueron fuertes ni me dolieron tanto como en el orgullo, aunque el primero fue un bofetón que cruzó mi cara tirándome al suelo. Y una vez allí, continuó dándome golpes más suaves, burlescos y crueles en la cara y en la cabeza, con la mano abierta. Me dolía mucho más en mi dignidad que físicamente. Ese día, y en ese preciso momento, rompí definitivamente con él. Me aguanté las lágrimas para que no me viera llorar. Me tragué el orgullo herido, las ganas de apuñalarlo y me juré a mí misma que en cuanto pudiera, saldría de aquella casa.

Se lo dije a mi madre. Llorando, suplicando que le dejara, que las dos viviríamos con lo que sacara de la tienda y en algún trabajo que yo pudiera conseguir. En ese momento, yo estaba decidida a estudiar Derecho. Como digo, era buena estudiante, aunque solo fuera porque me refugiaba en la biblioteca para huir de mi casa. Le dije que me había pegado, pero no se inmutó. O no me creyó. Mi madre me dijo que yo estaba loca. Que mi padre no era como yo decía y que me debía dar vergüenza hablar así de él.

Comprendí que no había nada que hacer. Era presa de sus delirios sociales, de su afán por, entiendo, recuperar a su marido. De sus anhelos y esperanzas. Atada a una cadena que la imponía mi padre y que —tampoco lo supe nunca—, podía incluso tratarse de maltratos.

—¿Te ha pegado alguna vez a ti también? —la espeté con mucha rabia y furia.

—¡Tu padre nunca me ha puesto la mano encima! —me gritó—. ¡Estás mintiendo, Tania! ¡Tu padre es incapaz de pegarte! ¡Ni a ti, ni a nadie!

Entonces en ese momento, y ante la expectativa de estar cuatro años más en casa estudiando Derecho sin poder abandonar ese ambiente tan tóxico, decidí prepararme para Policía Nacional. De esa forma, saldría cuanto antes de allí.

Me preparé las oposiciones, pero antes, apenas dos semanas después de aquello, me mudé a la casa de una amiga que también quería estudiarlas. Ella, finalmente, se conformó con las de la Policía Local, que yo no quería hacer ni loca, porque significaba seguir cerca de mi familia.

Siendo sincera, no me costó mucho sacarlas. Ni las pruebas físicas, ni las teóricas. Ciertamente, me empeñé en eso, sabiendo que tras el primer destino de prácticas en Las Palmas, podría aspirar a irme a la península y alejarme de mi familia.

## **Mi primer novio**

En esa época, yo tenía novio. O pareja, que parece menos comprometido. Yeray, un chico joven, de gimnasio, pelo siempre a la moda, tatuado, pinta de malote, pero en realidad, buena persona. De gran corazón, tierno y con ciertas ambiciones empresariales con respecto al bar que regentaba su padre. Ambos teníamos sueños. El de él, quedarse en la isla, aprender cocina y regentar un local que siempre me decía que llenaría de estrellas Michelin y soles de Repsol.

Tenía moto y con ella nos íbamos hasta el Balcón del Mirador, en la parte occidental de la isla. Yo, intentando recuperar aquella sensación de niña tan mágica. Él, quizá solo me quería agradar. Allí nos quedábamos mirando al mar, embobados. Inmenso, azul, precioso... Como nuestros sueños. Solo desde allí podía imaginarme una vida llena de dicha y felicidad. El entorno me hacía a ello. Cerraba los ojos y dejaba que mi imaginación volara al son de las olas y del viento que allí soplaba. Recuerdo bailar yo sola, con los brazos abiertos y la cabeza echada para atrás. Luego, Yeray me cogía, me abrazaba y ambos reíamos. En el fondo, éramos unos críos, pero me servía para huir, momentáneamente de mi casa.

Lo pasábamos bien y fue con quien a los diecisiete años, descubrí el sexo. Cuando digo descubrir, me refiero al sexo excitante, desinhibido y morboso. Al menos yo, fui huyendo poco a poco del misionero y a dejarme penetrar en otras posturas. A gozar con las mamadas y a recibir gustosa y con verdaderas ganas, una buena comida de coño. Aun así, ahora me recuerdo, me comparo con la actualidad, y me parezco a una especie de chica traviesa que apenas sabía nada de todo aquello.

Nunca me había costado ligar. Era consciente de que despertaba interés en los hombres y que me miraban con algo más que simpatía. Y me gustaba, no voy a negarlo. Sin embargo, me retraía todo aquello y me conformaba con algunos polvos esporádicos, bien con mi pareja, o cuando Yeray y yo lo dejábamos durante unos días por alguna pequeña trifulca, con alguien a quien yo consideraba deseable.

Yeray no era ningún santo a pesar de su buen corazón y ganas de progresar en el oficio de la hostelería y restauración. Le pirraban las faldas y unas buenas tetas. Yo, como había tenido dos o tres deslices en la frontera de nuestras pequeñas rupturas, tampoco me quejaba demasiado. Eso me daba la excusa para seguir disfrutando durante las rupturas, de algún hombre más. En concreto, de Helmut, un alemán rubio de melenas largas, insolencia ante la vida y moreno canalla de surfista.

Pero un buen día, Yeray se enteró y mostró mayor enfado del normal. En ese momento, cuando estaba con mi alemán, no estábamos juntos. Pero se lo tomo especialmente mal. Rompimos los puentes entre él y yo, aunque al poco tiempo, nos dimos cuenta de que no nos habíamos destrozado el corazón uno a otro, la verdad. Pero la verdad, siempre me quedó el resquemor por haber sido, en parte al menos, la causante del fracaso. Y sentí que durante muchos tiempo, ya no regresé a Balcón del Mirador a imaginarme mi vida.

Se me pasó pronto. Yo ya estaba preparándome en una academia para aprobar las oposiciones a Policía Nacional. No llevaba mal en temario y tampoco me costaba estudiar. Ahí conocí al que sería mi marido. Además de profesor universitario, se ganaba algo de dinero extra en refuerzos de clases en la academia a la que yo iba.

Poco a poco, ese talante culto, sensualmente intelectual y de charla amena y seductora, me atrajo. Había diferencia de edad entre él y yo, en concreto, quince años. Pero me cautivó esa pose de hombre maduro, de señor y caballero. Quizá, luego sospeché cuando estudié un poco de sicología, que buscaba una especie de sustituto de la figura de mi padre, tan imperfecta para mí.

Entre tanto, y para aguantar el coste del apartamento y de mi vida, trabajaba de lo que salía. Principalmente, camarera o dependienta. No se me daba mal, porque tengo cierto don de gentes y desparpajo. Con lo que ganaba, me mantenía sin pedir un euro a mis padres, con los que ya apenas tenía contacto. Con mi madre, algo, pero solo cuando me llamaba ella, que solía ser, una vez dos o tres semanas, cumpliendo una especie de trámite familiar. Con mi padre, en concreto, y como era de esperar, ninguno.

Al año y medio, cuando se convocaron, aprobé las oposiciones, conseguí plaza y me casé por lo civil en una ceremonia tan íntima, que no fueron ni mis padres y apenas amigos. Ernesto, mi marido maduro, profesor y caballero de cultura extensa y conversaciones profundas, era mi salvación. Y me quedé en

Las Palmas.

Pasaron cuatro años en los que me matriculé en Criminología en la UNED e iba sacando como medio curso por año. La vida, en ese momento, con un trabajo estable, un marido que me quería y unas metas que yo no consideraba lejanas, me sonreía.

Durante ese tiempo volví a ir muchas veces con Ernesto al Balcón del Mirador. Era nuestro sitio preferido. Como cuando lo hacía con Yeray, nos quedábamos ensimismados viendo como se extendía el océano hasta el infinito y nuestras esperanzas navegando en él. Nos besábamos y, en una especie de ritual, siempre que íbamos bailábamos lento, agarrados, aunque la música solo estuviera en nuestras cabezas. Era bonito y aquellas cosas nos mantuvieron unidos y alegres.

Todo marchaba bien, hasta que sucedió mi primera infidelidad.

## Mis padres...

Salgo de la cafetería y arranco el coche de alquiler para ir a ver a mis padres. Con mi madre mantengo una muy ligera relación. Esporádica y distante. Cada tres o cuatro meses, nos llamamos o ponemos un mensaje. Eso es todo. No está cortada, pero sujeta con alfileres. Con mi padre, nada. De hecho, desconocía que estuviera enfermo, tal y como me lo encuentro cuando llego a la que fue mi casa de niña.

El piso está casi a oscuras. Huele a esos hogares donde el tiempo se ha quedado remansado y rancio. Mi madre, aunque sabe de mi llegada, me saluda con cierta efusividad. Se alegra de verme e incluso suelta un par de lágrimas.

—¿Vienes de vacaciones o por un tiempo? —me pregunta.

—Me vuelvo a Madrid el domingo. —Quizá he sido un poco seca o distante. Es inevitable que los recuerdos me atosiguen y me impidan expresar nada parecido a un regreso, aunque fuera por unas horas, a lo que un día ya tan lejano, fue mi hogar.

Noto que eso no le gusta a mi madre. Que preferiría que me quedara allí. Sé que no es por un sentimiento maternal, porque entre ella y yo ya no existe. Intuyo que hay algo más, pero no pregunto y me dirijo hacia donde está mi padre. Está en una silla, sentado y con la cara mirando a la ventana sin apenas expresión.

—Un ictus... y demencia senil —me dice mi madre que se ha quedado a mi espalda—. Hace algo menos de un mes.

Siento un estremecimiento y aunque me perdura el rencor, también me embarga la pena al verle asá.

—Hola papá. —Me acerco a saludarle.

No ha sido un buen marido y tampoco un padre decente. Pero verlo en ese estado me provoca un acceso de lástima. Le acaricio en la mejilla. Tiene pelos de barba sin rasurar. Está despeinado y viste un pantalón de chándal y una camisa con los cuellos y puños muy gastados. Él me mira como si no me reconociera. Ausente, con el cerebro perdido en algún sitio.

—¿Está así siempre? Quiero decir, sin hablar, sin saber dónde está.

—No siempre, pero casi. Hay veces que conoce algo. Pero no puede hablar y todo es por gestos. La parte izquierda no puede moverla, y el médico me dijo que su consciencia es muy limitada. Muchas veces ni escucha. Se queda así... —Mi madre se sienta en una de las butacas. Lejos de mi padre.

No veo cariño en ella. Ni siquiera compasión hacia él. Sus palabras salen sin afecto o cariño.

—¿Y no le llevas a ningún sitio para que lo cuiden? —pregunto intentando colocar algo los cuellos gastados de la camisa de mi padre.

—Sí, hoy tendrían que haber venido ya a por él, pero se han debido retrasar. —Mira el reloj y noto una especie de impaciencia.

—¿Y dónde es?

—Una residencia de monjitas. Lo cuidan muy bien.

Me doy cuenta de que no quiere seguir con la conversación. En ese momento, tocan al timbre. Mi madre se levanta y cuando pasa por la luz que entra de la ventana donde está sentado mi padre en la silla de ruedas, me fijo que estaba vestida de manera más elegante o formal de lo que yo recordaba cuando me fui de allí. Ella, por lo general, para estar en casa no pasaba de una falda vieja, una camiseta o un jersey lleno de pelotillas, y unas pantuflas.

Mi madre se levanta rápido y abre la puerta. Entra un joven vestido con uniforme de paramédico. Se lleva a mi padre tras hablar un momento con mi madre y que esta le dé la chaquetilla del chándal, por si lo sacan al jardín, según aquel joven dice con una sonrisa.

El paramédico se despide y cuando me acerco a la puerta, veo que hay otro esperando en el descansillo. Se le llevan y la casa se queda en silencio. Mi madre levanta un poco la persiana.

—A tu padre le molesta la luz... Bueno, le molesta todo, la verdad.

El tono me parece demasiado rígido y duro. Como si se tratara de una queja que necesitara transmitirme. O un reproche por no estar allí con ella.

—¿Y tú qué tal estás? —le pregunto para quitar esa incomodidad que por unos segundos se asienta entre ambas.

—¿Yo? —no me mira al contestarme.

Veo que se dirige al dormitorio y sigo su camino. Cuando paso por el que había sido el mío, veo que está ocupado por una silla, un orinal y unas muletas. La cama está apenas hecha y la habitación permanece también en semioscuridad.

—¿Papá duerme aquí?

—Sí —la escucho desde el dormitorio, a la vez que oigo como teclea en su móvil.

Hay algo extraño en todo aquello. Mi madre, tras verme y soltar esas pequeñas lágrimas, está un punto nerviosa. Diría que deseosa de que me vaya.

—No me has dicho al final qué tal estás —le digo apoyada en el quicio de la puerta de su dormitorio. Veo ropa de hombre doblada en una silla.

Mi madre está detrás de la puerta abierta del armario y no puedo verla.

—Yo estoy muy bien. —Se detiene como para rehacerse. Luego mira a la silla y a la ropa que hay en ella. Respira y parece coger fuerza. Por fin, continua—. Salgo con alguien. —Lo dice rápido, como quien quiere quitarse algo incómodo de un plumazo. Quiriendo evitar conversaciones o explicaciones. Diría que me sonó a algo que pretendía ser aséptico e indiferente.

La frase coincide con el sonido del cierre de la puerta del armario. Se arregle la falda y el pelo en un movimiento mecánico, pero nervioso. Y entonces me fijo más en mi madre, su vestido, poniéndose unos zapatos de tacón y cogiendo un bolso. Está más delgada, más estilizada y observo que las canas que siempre se le veían han desaparecido por completo.

—¿Cómo que sales con alguien?

Me mira con una pizca de sorna. O de chulería. Entiendo en un destello, que ese momento va a significar, para ella, un pequeño ajuste de cuentas que desea cumplir. No sé si conmigo, con mi padre, con todos o con la vida en general.

—No pensarías que me voy a quedar aquí, sentada, esperando que traigan de vuelta a tu padre. Sin hacer nada —remacha—. Eso ya lo hice, y se acabó.

No digo nada. A mí, sinceramente, me da igual. O si no igual, me parece intrascendente. Mis lazos familiares son ya muy débiles y no pretendo solidificarlos.

—Tú en Madrid, tu padre así... Y todos los cuernos que me puso. Es hora de que se los ponga yo a él.

Y entonces, aunque no me importa que mi madre haga su vida, me parece que utiliza un tono cercano a lo obsceno por la enfermedad de mi padre. No quiero decirle nada y me limito a encogerme de hombros ligeramente.

—¿No te parece bien? —Al principio, no me mira al pronunciar aquella frase, pero tras mi silencio, sí lo hace. Sus ojos tienen de nuevo ese brillo retador, desafiante.

—Es tu vida. O vuestra vida. No entro en eso.

—Faltaría más. Te fuiste y dejaste aquí a tu familia y a tu marido —hace un amago de negación—. Dicen que lo engañas constantemente. ¿Lo sabías? Bueno, y él a ti. —Sonríe con un toque malévolo.

—Nos hemos divorciado.

—¿Ah, sí? Vaya, menos mal que me entero.

Pasa a mi lado y coloca un poco las sábanas de la cama, estirándolas.

—Tampoco tú me dijiste lo del ictus.

Acusa el golpe. Lo veo en su mirada. Ahora sí me reta directa y duramente.

—Me voy, Tania. He quedado. ¿Entonces no te quedas a comer o a dormir, no...? —me pregunta intentando suavizar la conversación tras un instante en donde casi puedo leer sus pensamientos de reproche o de justificación.

Respiro mientras le aguanto la mirada. Veo en esos ojos mi pasado. Y un presente que no me gusta nada. Yo apenas tengo relación con mis padres desde que él me pegó y ella no me defendió. Si antes había sido imposible, ahora, casi más.

—No. Estoy en un hotel y me vuelvo a Madrid en cuando pueda.

—Vale. Pues... —se coloca el pelo de peluquería—, entonces, si quieres o tienes tiempo y te apetece, me llamas y nos vemos otro rato.

Me hace una caricia en la mano con un movimiento torpe. De alguien que en realidad no desea totalmente lo que dice. No tiene sentido alargar aquello. Nuestras vidas son muy diferentes, tanto como que yo apenas me reconozco ya en aquella casa de niña. Es como si hubiera pasado una tempestad de polvo y de tiempo alejando cualquier vínculo de mi memoria.

—De acuerdo, te llamo y nos vemos otro rato. ¿Ya te vas?

—Sí. He quedado y no puedo retrasarlo.

Ve el deseo en su mirada. Ganas de sexo, de ser penetrada y de gozar. Yo sé muy bien cómo son esas reacciones y esos brillos en las pupilas. Los he visto en muchos hombres con los que me he acostado y a mí misma cuando me visto y peino frente al espejo, antes de salir hacia la cama de alguien.

—No me juzgues —me dice seria.

—No lo hago. —Sé que le da igual lo que diga.

—Para ti es fácil. Lejos, sin marido, con libertad para hacer lo que quieras... —sonríe otra vez con sarcasmo—. Si te digo la verdad, no se

merece que lo cuide mucho. Y sí, hago lo justo. Hace tiempo que dejé de quererle y porque esté enfermo no me voy a desvivir por él. Nunca lo hizo por mí. —Respira sin dejar de mirarme con un punto de rabia—. Yo ya aguanté mucho y si quiero estar o tirarme a alguien, lo hago. No me voy a esconder.

Me doy cuenta de que tiene un reflejo de orgullo mal entendido en la mirada. Está más cerca de la venganza jactanciosa e insolente, que de presumir con fuerza de lo que hace. Sus ojos vuelven a retarme. No entiendo bien porqué soy el blanco de su acidez, ni la razón por la que dirige hacia mí esa especie de inquina.

Pero tras unos segundos, el velo se termina descorriendo.

—Me dejaste sola.

Ahí está. Por fin sale su rencor apuntándome como un revólver.

La visita a mis padres me deja un mal sabor de boca. Le pido a mi madre que me diga dónde esté la residencia de las monjitas, y me acerco.

Mi carnet, la placa de policía, y el apellido, bastan para que me dejen pasar un momento aunque no fuera hora de visita. Lo veo solo, en una esquina del salón de juegos. Dos ancianos más están sentados en sendas sillas de ruedas, charlando. Otro, llega, y al no ver a nadie conocido, se va con pasos lentos apoyado en un bastón. Dos mesas juegan a las cartas. Una auxiliar y un celador van y vienen atendiendo lo que necesitan.

Observo a mi padre. Solo. Ido, ausente. Anciano sin años suficientes y muerto casi en vida. A pesar de mi repulsa hacia él, no puedo evitar que se me salten un par de lágrimas. Me da una enorme lástima verle así.

Se me acerca una monjita. Pequeña, regordeta. Con cara alegre.

—Hola. Me han dicho que es su padre, ¿no?

—Sí —me seco las lágrimas mientras asiento—. ¿Qué tal está? ¿Hace falta algo que yo pueda hacer? Vivo en Madrid, soy policía nacional, y...

—Todo está bien. Cuando tiene algún destello de lucidez se puede hablar con él.

—¿Y qué dice?

La monjita sonrío tristemente.

—No es muy agradable.

—Hace tiempo que no lo veo. Ni siquiera sabía que estaba así. Nuestra relación no ha sido muy fluida. Más bien, tormentosa.

La mirada de la monjita me da a entender que lo sabe. Que por, quizás, los comentarios en los momentos de lucidez de mi padre, está al tanto.

—Dice que se quiere morir ya —me dice apenada—. Que no tiene a nadie y que donde mejor está es aquí. Y no lo digo por quedar bien.

—Sí. Es muy posible que aquí sea donde mejor esté —asiento con un punto de tristeza pensando en la reciente conversación con mi madre—. ¿Qué cuesta su estancia? Completa, quiero decir —pregunto.

—Hay ayudas, que incluso se las podemos tramitar nosotros mismos. Nos encargamos de ello. Pero contestando a lo que me pregunta, algo más del doble de lo que ahora se está pagando.

Me dice la cantidad. Para mí es inasumible.

—También están las residencias que dependen de la Comunidad Autónoma, pero hay lista de espera. —Me adivina mi pensamiento—. Es muy complicado entrar.

—Esas ayudas que me decía, ¿de cuánto estamos hablando?

—Pueden llegar a un tercio de la cantidad que le he dicho. Depende de los ingresos y todo eso... La concesión es casi inmediata. ¿No tiene a nadie que le ayude a pagarlo? ¿Un familiar?

Estuve con mi padre un par de horas casi. A su lado. Cogiéndole la mano. Tuvo algún destello o punto de lucidez y en un momento, hasta trató de decirme algo. Luego vi que se le caían dos lágrimas. Se las sequé con mis pulgares mientras yo también sentía que mis ojos se llenaban. Le acaricié la cara y él me miró unos segundos, agradeciéndome el gesto. Luego, con una sombra en sus ojos, volvió a su oscuridad y silencio.

Pasado ese tiempo, me despedí de él. Siendo tristemente sincera, no me quedaba mucho más que hacer en Las Palmas, y el escaso tiempo de que disponía, también lo quería gastar en mí y en ver la isla de otra manera a como yo la había vivido. Mañana, a la tarde noche, salía mi avión de vuelta. Sin marido, sin familia y con mayor carga de conciencia.

Miro a mi padre por última vez. Ya no me reconoce. Que me dé lástima ahora, no me hace olvidar el daño que me causó de jovencita. Ni las ganas de abandonar mi casa para empezar a vivir. Por una parte me siento mezquina por dejarlo así, allí. Solo, consumido e inerte. Pero no puedo olvidar. Me es imposible.

Llamo a Mamen por el manos libres mientras conduzco a mi hotel. Quiero algo de playa y de relax las pocas horas que me quedan en la isla. Estar en mi tierra tranquila, sin tener que ver a nadie y sin obligaciones. Pero estoy desconsolada y le cuento a mi amiga cómo me ha ido el día. Tengo una especie de amargura y desazón contra mí, mi madre, mi padre y el mundo. Me deja hablar y yo me escucho, sin alterar la voz, como si mi esa parte de vida estuviera gastada, escondida en el desván de mi memoria, pero no olvidada. Le digo lo de la residencia, la enfermedad de mi padre y la nueva vida de mi madre.

Tras casi veinte minutos de conversación, nos despedimos. Me hace prometerle que no voy a olvidar el propósito de mi visita a la isla. Había decidido venir a ultimar algunos flecos del divorcio y a estar unas horas relajada en mi tierra. Algo de playa, sol y despertarme tarde. Con eso me era suficiente. Se lo prometo a Mamen.

La primera visita que hago es al Mirador del Balcón. El lugar mágico en que se quedaron anclados y perdidos mis ilusiones juveniles. Me apoyo en el muro de piedra y como tantas otras veces de mi pasado, me quedo absorta viendo el mar. Dejando que las imágenes de una Tania joven y tan distinta a la que hoy mira ese mismo mar se sucedan sin orden o concierto.

Ya no bailo ni tarareo. No lo siento y tampoco me apetece. La verdad, no tengo la alegría que en aquellos momentos en que si lo hacía. Quizá, me digo, es que entonces era feliz. Mi realidad y mi vida estaban acompañadas con mis deseos, y mis ilusiones parecían cercanas y alcanzables. Ya no. No sé si están alejadas y perdidas o que yo me he conformado con lo que soy.

Sea como sea, ya solo miro el mar. No siento ese vuelco en mi pecho que me hacía sentir aquella inmensidad de la naturaleza. El mar, los picos que se sucedía como una cola de dragón, hasta hundirse en el agua del océano. Todo sigue siendo precioso, majestuoso, pero he perdido la magia que en su día envolvió mis deseos.

Respiró con profundidad y me voy de allí. No he sentido lo mismo de cuando iba de joven con Yeray, con Ernesto o la primera vez que mi padre, siendo una niña, dio vueltas conmigo en brazos, como si bailara. Aquel recuerdo se ha quedado moribundo, enterrado en algún sótano de mi memoria, junto a otros muchas deseos incumplidos e ilusiones rotas.

Llego a la hora de comer a mi hotel y me bajo a la playa. No siento hambre y me quedo en la arena, dejando que el sol me acaricie con tibieza,

que la brisa me ordene los pensamientos. Soy capaz de abstraerme y de dejar que el tiempo pase de forma tranquila, sin prisa.

Me he quedado un poco adormilada. Ajena a todo, pero justo cuando acabo de subir de la playa y entrar de nuevo a la habitación, me llama mi madre.

—Hola, mamá.

—Me podías haber dicho lo que ibas a hacer.

Su tono es de reproche- Muy seco, casi ofendido. No me hago a la idea de lo que está hablando.

—No sé a qué te refieres —le contesto extrañada, sin situarme en su conversación.

—Coño, no te hagas la tonta. ¿Y los seis mil euros que le has pagado a la residencia para que tu padre duerma allí, qué? ¿No me lo ibas a decir? Que sepas que yo no lo hago porque no tengo ese dinero, ¿entiendes?

Cierro los ojos. No entiendo lo que me está diciendo, pero algo tiene que ver con Mamen, porque es la única a la que he contado aquello.

—Yo no he hecho nada —me defiendo.

—Claro, claro... O sea que ahora sí te preocupas por él, ¿no? Lo podías haber hecho antes. Y si tanto dinero tienes, haz algo por tu madre también.

—Mira, no sé a qué te refieres, pero si de lo que se trata es de que mi padre en su estado tenga una ayuda y tú no, ya podemos zanjar esta conversación.

—¡No me juzgues! ¿No sabes nada, ni te imaginas por lo que yo he pasado! —me grita encolerizada y en un tono abrupto.

—Mamá, no te juzgo...

—A saber de dónde has sacado ese dinero...

—¿Qué quieres decir? —empalidezco solo de la sospecha sobre lo que mi madre puede estar pensando.

—Tu marido aquí, solo. Y tú... ya sabes a lo que me refiero. Que cuando estabas por aquí, más de uno me dijo que andabas con uno y con otro.

—Alucino contigo, mamá.

Escucho una risa algo rota, sarcástica y cruel.

—Lo mismo estás allí con alguien que te paga todos los caprichos. O algo peor...

Mis sospechas se confirman. Mi madre me está llamando puta. No es que me moleste especialmente. He visto mujeres que se prostituyen, con más

entereza y valía que muchas personas que se creen decentes. Pero me chirría que una madre llame eso a su hija. Es obvio que su rencor es infinito hacia mí por irme de casa y dejarla sola con mi padre. Pero, en realidad, debería pensar que, en su momento, le ofrecí irnos las dos. Pero eso, nunca lo va a reconocer.

—Mamá... hasta aquí —digo con tono seco y tajante después de contar hasta diez y tranquilizarme para no lanzarle un grito—. No te consiento que te metas en mi vida. Soy una funcionaria de policía y lo que haga o no con mi vida es asunto mío. Ahora —respiro porque ya no puedo parar—, sí te exijo que me dejes en paz. Haz tu vida, que yo haré la mía. —Cuelgo y no atiendo a las tres o cuatro llamadas que me hace de inmediato.

Le pongo un mensaje a Mamen. Y cuando me devuelve la llamada, entiendo todo. Lloro de rabia por el egoísmo de mi madre. Por mi vida pasada. Por la soledad de mi padre y el agradecimiento por el inmenso favor hacia él. Lloro también de felicidad y de liberación.

Isabel ha sido quien ha hecho la transferencia de esos seis mil euros. Una cantidad que nunca me ha reclamado y que yo siempre he querido pagársela. Poco a poco, o como fuera. Tan solo me ha dejado invitarla a comer alguna vez y a unas cervezas. Nunca, y lo digo de verdad, nadie se había comportado así conmigo. Gratis, sin pedir nada a cambio. Sin molestarse en recibir algo de compensación.

Aún lloro cuando me acuerdo de todo esto. Y me siento en deuda con ella. Se me agolpan las imágenes de su vídeo follando con el tal Adrián, las de la grabación donde aquellos malnacidos la vejaban, pegaban, se orinaban encima y la penetraban, consumando una violación que ella, erróneamente, nunca quiso denunciar por miedo y vergüenza.

Quizás, con el paso del tiempo, he pensado alguna vez que ella hizo aquello porque de alguna forma se siente en deuda conmigo. Por haber ayudado a que su matrimonio no se rompiera. Porque hice ver a Luis que lo que le habían hecho a su mujer era la mayor salvajada que uno se puede imaginar. Y quizá, porque gracias a que de alguna forma influí en Luis, él se quedó ese verano que consiguieron empezar a ser de nuevo una pareja. No lo sé, la verdad. Tampoco puedo asegurar que en efecto los ayudara. Y si lo hice, no fue esperando nada a cambio. Tan solo actué como entendí que era lo mejor, sin detenerme demasiado a calibrar las consecuencias.

O si actué así, fue por un egoísmo natural, sincero y que no creo que sea

dañino para nadie. Desde hace tiempo no tengo más amigas que ellas. Un par de compañeras con las que hablo un poco más de lo normal, eso es todo. Pero tampoco voy a ser cínica y asegurar que mi necesidad de seguir teniendo a alguien normal con quien hablar, fue lo único que me movió a que actuara en ese sentido. Es un lío. Es todo y es una pizca de cada. Pero es mi vida...

Y soy consciente de que me falta gente para hablar. Conversar sobre cualquier estupidez de la televisión. De un libro, de un cotilleo. De algo sin maldad ni segundas. Me falta vivir la vida normal. Sentir algo diferente a una tormenta de sexo y de deseo. Un sosiego, una cierta templanza. Más sonrisas y menos carcajadas...

Solo Mamen es mi amiga de verdad. Isabel, también. Pero distinto. No he llegado a tener la complicidad que tengo con mi niña. Aunque Isabel, tras lo que hizo por mi padre, es alguien tan especial que sé que sin llegar a la amistad que tengo con Mamen, puedo contar con ella para lo que sea.

Sé que nunca me va a pedir la cantidad que puso para que mi padre pudiera vivir en la residencia. Y también, cuando le miro a los ojos, creo que veo que es ella la que de alguna forma me agradece o me valora, que yo actuara en favor de su matrimonio.

La verdad, no tengo muchas personas a mi alrededor, pero también puedo decir que soy afortunada por contar con Mamen e Isabel.

Me seco las lágrimas y miro por la terraza de mi habitación. Hace un día precioso, lleno de luz, con el mar tranquilo y muy azul. Quizá, me digo, no todo es malo en mi vida.

## **Mi primera infidelidad**

Parece que ha pasado mucho tiempo, pero apenas han sido unos pocos años de esto...

Un buen día, surgió un rollo con un compañero de las Palmas. No lo busqué, pero sucedió, y terminamos en su apartamento los dos. El hecho fue casi fortuito. O al menos, aseguro que nada premeditado. Pero un servicio complicado, con arrestos de gente chungu, una excitación por el peligro al tener que empuñar el arma reglamentaria y los nervios de la situación, impulsaron aquello. Me invitó a tomar una cerveza. Luego fueron dos. Una copa, y surgió el beso. O, en realidad, yo lo estaba buscando. Ya no lo sé con certeza.

Descubrí que me encantaba este tipo de sexo. Debo precisar aquí. Ese sexo que me atrapó fue uno que no había probado antes. Se trataba de un sexo prohibido, sin fronteras, sin explicaciones, sin ataduras, un sexo libre, de nada más que risas y placer... Un sexo morbosu, excitante, sin cortapisas ni medianías.

Aquel chico me follaba de una forma que me volvía loca. Era contundente, fogoso, atrevido y fuerte. Me volteaba, me penetraba sin descanso y me hacía alcanzar orgasmos como volcanes. He follado con muchos hombres, y aún me sigo acordando de este chico. Podría enumerar las diferentes posturas y fases de nuestros primeros encuentros. No me equivocaría, lo aseguro.

Pocas veces he aullado con una follada como las de él. Ni he comido una polla con tanta ansia. No sé si la situación y la novedad, contribuyeron a que fueran tan especial, salvaje y morbosu. Pero desde que lo veía por la mañana, ya empezaba a mojar mis bragas. Era puro deseo de gozar, de follar, de chupar, de ser penetrada, de sentir su esperma en mí...

Se lo confesé a mi marido. Pero no fue inmediato. Tardé casi cuatro meses, hasta que me decidí a afrontarlo. Él estaba con la mosca detrás de la oreja. Mi cansancio, mis mensajes a escondidas, mis sonrisas furtivas y algunas guardias y servicios nocturnos sin aviso previo, provocaron sus dudas.

Ahora, echando la vista atrás, entiendo que era fácil que sospechara. En realidad, las mujeres no somos más listas que los hombres cuando nos puede este tipo de pasión. Hay quien dice que sabemos ocultarlo mejor. O que los hombres no se enteran porque no se fijan en los detalles. No creo que sea así. Sobre todo, cuando la relación es tan impetuosa, tan volcánica y pasional como la que tuve con aquel compañero.

A mi marido, cuando se lo confesé, le dije que lo sentía, que le quería, pero que me atraía tanto ese sexo que no podía evitar que me venciera la tentación. Cuando recuerdo esa escena, con el paso del tiempo y la experiencia, tengo claro que ya no amaba a mi marido. Es posible que lo quisiera, y que incluso lo admirara. Pero ese torbellino de ilusión con un hombre mayor, protector, culto y atractivo se había apagado. Y en buena medida había culminado aquel agotamiento por la fogosidad de un compañero que me follaba como una máquina y me llevaba al cielo a base de acometidas pélvicas, maestría con la lengua y desvergüenza propia de un veinteañero atrevido.

No le quise hacer daño, pero ahora soy consciente de que se lo causé. Por alguna razón, sentía que le debía mucho por el hecho de haberme alejado de mi familia. Yo no tenía ningún miedo al divorcio, aunque solo lleváramos poco más de tres años de casados. De hecho, nunca he creído en verdad en una unión eterna de un hombre y una mujer. Lo he visto en mis padres, y lo he experimentado conmigo misma.

Con esa sensación de estar en deuda con mi marido, intenté permanecer junto a él. Pero no podía renunciar a ese sexo tan formidable con mi compañero. Por tanto, le pedí abrir nuestro matrimonio. Que por eso él no iba a ser menos para mí. Él no quería hijos y estaba muy enfocado en la universidad, sus clases, seminarios, congresos... A mí los hijos no me han llamado nunca la atención. No tengo ese sentimiento por ser madre. No sé si mi vida me ha llevado a neutralizarlo, pero el hecho es que no lo tuve, ni lo tengo.

La sensación tan fulminante de querer mantener a toda costa ese sexo tan desenfrenado y excelente que había descubierto en mi compañero, también tuvo que ver con mi marido. Tengo que confesar que Ernesto era poco imaginativo y atrevido, aunque hasta ese momento, no teníamos mayores problemas. Yo suplía con cierto descaro y atrevimiento su falta de creatividad. Pero hasta ese día con mi compañero, no descubrí por completo, ese sexo

libertino desmedido y lascivo, que ahora ya no puedo abandonar aunque lo pretendiera.

Con mi marido había hecho el amor, pero nunca me había follado como ese chico. De alguna forma, creo que me hizo sentirme muy mujer y muy poderosa... Y eso, no puedo negarlo, también entroncaba con la tóxica relación de mi familia. Allí, en la cama con él y disfrutando del sexo, me convertía en una mujer extremadamente contraria a la apocada, conformista y engañada de mi madre.

Mi marido, obviamente, me dijo que nos separaríamos si volvía a hacerlo. Que no lo iba a consentir. Tuvo una reacción de cuernos inmediata. Yo me lo esperaba, claro está. Pero aguanté el envite. La separación, aunque él no creo que lo intuyera, era una opción igualmente válida para mí, si mi marido no consentía en permitirme follar con ese chico. Sé que es algo extraño o antinatural, pero mi cabeza, mi sexo y mi corazón querían cada una su parte.

Y sabiendo que corría un riesgo, me volví a acostar con ese compañero. Al menos cinco o seis veces más, después de confesárselo a mi marido. Volvió a ser magnífico, sensacional; subía al cielo cada vez que nos liábamos. No hice el menor esfuerzo en ocultarlo. De hecho, le dije a mi marido que entendía que se quisiera separar y que firmaría los papeles que me diera. Y al final, terminó abriéndose a que nuestro matrimonio fuera liberal, o como lo queramos llamar. Pero como siempre sucede, lo que uno planea, casi nunca sale como estaba previsto...

## La playa

Me vienen muchos recuerdos de golpe. Los de mi matrimonio, mi primera infidelidad, Yeray... Ahora estoy mirando el atardecer desde mi habitación que da al mar, sentada en una silla y los pies apoyados en otra. Respiro profundamente y por un momento me siento afortunada. Una cerveza en la mano y una tenue sonrisa.

El atardecer es precioso. Hace un viento apetecible en la playa. He conseguido aparcar el rostro, y el actual y absurdo egoísmo de mi madre, así como la situación de mi padre.

Me bajo dando un paseo a un bar que da a la playa. Veo parejas, bañistas, un chico haciendo *windsurf*, otro, más alejado *kite*. Respiro el aroma de mi mar, de mi tierra. Tengo ganas de dejarme llevar por unas horas, de dormitar despierta, de tomarme unas cervezas sin prisas y con la sensación de querer perder el tiempo.

Suena en ese momento el móvil. Es un mensaje de Mamen insistiendo en que disfrute y que ahora que ya está solucionado lo de mi padre, intente relajarme.

No pasan ni diez minutos, y la misma monjita con la que he hablado en la residencia, me llama para corroborármelo. Entre lo que ingresan por el seguro de mi padre y lo que se supone que yo he hecho, mi padre tiene, al menos, ocho meses de estancia completamente pagada. Y me confirma, igualmente, que se ponen en marcha para tramitar las ayudas que fueran necesarias para que ese dinero dure todo lo posible. Mentalmente me hago una cuenta de lo que puedo abstraer de mi sueldo de funcionaria y destinarlo a mi padre...

Mientras miro al sol, ya cercano a la línea del mar, a los bañistas retirarse, al chico del *windsurf* recoger su tabla, llamo entonces a Isabel.

Lloro de agradecimiento. De felicidad existencial. Sé que no basta con palabras y que un gesto así solo era posible devolverlo con lealtad. Me dice que no me preocupe, que ese dinero está muy bien empleado y que si en algún momento necesito algo más, que se lo diga. Y que por supuesto, no la debo

nada. Insisto. Varias veces, pero es inútil. Zanja el tema con un «ya hablaremos de eso cuando llegues y me invites a comer. Con eso es suficiente, Tania»

Es curioso cómo somos las personas. Los vínculos que creamos entre nosotros. Las constantes vitales que nos enganchan a unas personas y nos separan de otras. Por desgracia, no fue aquella la última llamada.

Cuelgo a Isabel y a los dos minutos, mi madre vuelve a insistirme de nuevo en que lo que yo he hecho es solo para lavar mi conciencia y que ella era quien me había llevado en el vientre. Me amenaza con dejar de pagar la parte que ella pone y que, según me ha confesado la monjita, viene de ese seguro de enfermedad de mi padre. Vuelvo a colgarle el móvil, no sin antes avisar a mi madre de que si se le ocurre hacer eso, tendrá a algún compañero de la isla detrás de ella por fraude, abandono o cualquier tipo delictivo que encaje medianamente en aquella conducta. Se asusta y me insulta. Cuando cuelgo sé que la línea de unión que podía haber entre ella y yo ha quedado definitivamente rota. No siento otra cosa que decepción y lástima por haber construido murallas en vez de caminos entre ella y yo. Cierro los ojos, me agunto el par de lágrimas que pugnan por salir y bebo un largo trago de mi cerveza, mientras pido otra al camarero con un gesto de mi mano.

Pero sorprendentemente, también estoy medianamente feliz. Incluso por haber roto los puentes con mi madre. No entiendo esa especie de mezquindad por mucho que el pasado siga atormentando. No es, por supuesto, una felicidad extensa, sino más bien conformista y simple. Pero significa mi bienestar y mi despegue con el pasado.

Decido recorrer la playa, y acercarme a otro chiringuito más cercano. Ver atardecer en medio de la brisa y la relajación. Siento algo de hambre y me termino la cerveza de un par de tragos. Me meto el móvil en el estrecho bolsillo de los shorts que llevo y me recoloco la blusa amplia y blanca. Pago y me encamino al chiringuito a pie, con tranquilidad y dejando que la puesta de sol me traspase.

Media hora más tarde, pido algo de cenar allí mismo. Está al lado de mi hotel y a pie de playa. Me siento de cara al mar, con los pies descalzos en la arena. Pescado y vino blanco frío. Necesito retomar el estado de tranquilidad anterior a todas las llamadas. Quiero sentir la brisa en mi pelo y que arrastre mis pensamientos lejos por esa noche.

Ceno tranquila, sin ninguna prisa y solo echo en falta a Mamen e Isabel.

Me gustaría tenerlas aquí para hablar de todo o de nada. Con aquel vino de Lanzarote, un pescado y el aroma salino acompañándonos. Me digo a mí misma que hay que planear una escapada de las tres a mi isla.

Termino de cenar. Estoy a gusto y pido una copa allí mismo. No quiero irme a mi habitación. Quitando el tema de mi madre, podría decir que en este momento, soy casi feliz. Solo me acuerdo de la cara de reproche de Ernesto. Mi exmarido. Me cuesta llamarlo así. Cierro los ojos y me acuerdo de retazos de nuestra vida en común, si se puede decir así.

Pienso en nosotros, en su cara de recriminación y censura hacia mí, en su acusación y en el rencor que me guardará siempre. Y no puedo culparle, porque tiene razón. Me hubiera gustado que no termináramos así. Quizá, en algún momento, me imaginé con él, ya mayores, en este mismo sitio, en la playa, disfrutando de la tranquilidad y del clima de mi isla. De verdad que siento que solo le quede rencor. Pero no puedo evitarlo ya.

—¿Puedo sentarme?

La voz es de un chico joven, alto, de sonrisa elástica y semblante simpático. Le miro. Sonrío porque conozco la escena. Lo he vivido muchas veces. Suena una música tranquila, como de *chillout*. Las olas del mar llegan con su rumor. Me coloco el pelo que ha despeinado la brisa. Cruzo mi pierna derecha sobre la izquierda y me encojo de hombros. El chico se sienta. Lleva una copa en la mano. Bebe un ligero sorbo y no deja de mirarme.

Veo que se enciende mi móvil que lo he dejado en silencio. Es otra vez mi madre. Cierro los ojos cansada de todo y doy la vuelta al teléfono. No lo cojo. Pongo cara de fastidio durante un segundo y echo la cabeza hacia atrás cansada de mi pasado.

—¿Malas noticias? —me pregunta el chico.

—La vida, que da poco respiro... —le contesto mirando al mar.

—Me gustaría hacerte reír —me dice con una sonrisa muy amplia en su cara. Dientes blancos, pelo suelto. Ojos oscuros—. Nadie merece estar triste.

Le miro en silencio. Bebo un sorbo de mi copa y no digo nada. Pierdo mi vista de nuevo en el mar, ya oscurecido y del que me llega el rumor tranquilo de las olas cercanas.

—Me llamo Aday.

Sonrío y giro de nuevo mi cara hacia él.

Cae el agua en mi espalda. Cierro los ojos y respiro profundamente. Dejo que el chorro de la ducha me cubra por completo. La siento deslizarse por mi cara, por mi pecho, la espalda... Siento algo parecido al alivio. Se me aparece la imagen de mi madre, de mi padre. De Ernesto. De muchos hombres con los que he estado y que ya no alcanzó a recordar su nombre. De pronto, como por ensalmo, veo entre el agua y mi pasado, la cara de «él»...

Vuelvo a escuchar la música de la terraza donde cené. Se abre la puerta de la ducha y en medio del vapor, aparece la cara somnolienta y atractiva de Aday. Comercial de bebidas alcohólicas, guapo, de buenos modales, sonrisa lenta, mirada templada, tatuajes tribales en ambos brazos, rubio, piel morena y ojos intensos.

No fue complicado. Unas palabras, mis pupilas colgadas en las suyas, una sonrisa más alargada de lo acostumbrado y las ganas de olvidarme de todo durante un par de horas, que luego se convirtieron en casi toda una noche.

Una noche más de sexo sin complejos, sin tibiezas. De embates y poca simpleza. Gemidos, suspiros y placer. Lenguas, saliva, dedos, su polla en mi coño, su vida en la mía. Con la ventana abierta dejando que entrara la brisa, para que se confundiera con nuestros gemidos, suspiros y gruñidos. Un primer polvo en la cama, casi con prisas. Comiéndonos sin apenas saborearnos. Mi boca repleta de su hombría, buscando gozar y poco más. La suya entrando en mis entrañas, despertando calambres de gusto y ganas. Un polvo voraz, de acometidas y poco freno. Una follada de miramiento escaso, complicidad animal, fuerza y jadeos.

Luego, ya complacidos uno con el otro, unos instantes de tranquilidad. De miradas y alguna sonrisa. Dos cuerpos bonitos que han alcanzado un sexo de excelente factura. Un hombre y una mujer, sabedores de lo que hay y de que no es necesario pedir más.

Mi cuerpo en la terraza, desnudo, sintiendo la noche erizando la piel. Pezones duros como diamantes y de nuevo dos bocas que se buscan. Quizás ahora un poco más pausadas. Buscando las esquinas del deseo descubiertas una hora antes. Los puntos que hacen que la piel grite y las manos se muevan al compás del sexo. Un beso lento, pero que encierra deseo. Dos lenguas que se enroscan sabiendo que no será ese el único lugar donde terminarán.

Me abraza. Me dejo acariciar. Es una nueva muesca más en mi vida. Un hombre que, quizá, termine olvidando hasta cómo se llama, pero que hoy, esta noche, sus pellizcos en mis pezones hacen que se me erice hasta el alma.

Cuando cierro los ojos, mientras cae el agua y noto sus brazos en mi espalda y en mi pecho izquierdo, me siento un poco vacía, pero no puedo renegar de lo que soy. Besa mi cuello, ronroneo y dejo que recorra con sus manos, otra vez, mi piel. Me vuelvo y nos besamos. El tiempo se detiene en el agua cayendo de la alcachofa de la ducha, recorriendo todas las esquinas de nuestras pieles, recordando que durante la noche lo hicimos con nuestras labios y lenguas.

Vine a mi isla a estar tranquila y entonces recuerdo la frase que le dije a Mamen en el aeropuerto cuando vimos al Guardia Civil, que no era otro que aquel con el me acostaba cuando yo todavía estaba destinada en la isla.

«—Y si veo a un chulazo, me lo cepillo...»

Pero en realidad, no tenía esa intención. Y menos después de ver a mi padre en ese estado y al egoísmo de mi madre. Pero ha surgido, me digo mentalmente, tratando de alejar la sensación de culpa o arrepentimiento. Pero, entonces, ¿por qué estoy con él en la ducha? ¿Por qué me estoy de nuevo besando con Aday?

Quizá, pienso mientras siento su mano en mi pubis y la mía acariciando su pene que empieza a crecer con rapidez, es que esta es mi verdadera naturaleza. Porque en mi mano crece su ímpetu al ritmo de mis caricias, porque soy consciente de mis debilidades.

Su lengua abandona mi boca y se centra en mis pechos. Llevo mi cabeza hacia atrás con un suspiro. Noto sus labios bajando por mi vientre, recorriendo mis dos tatuajes, sus manos aferrando mis glúteos y, finalmente, besar mi pubis con fuerza. Su lengua en mi interior. Gimo de nuevo y le facilito la entrada mientras apoyo mis manos en sus hombros para que siga. Descanso mi espalda en la pared de la ducha, mientras elevo una pierna. Suspiro de nuevo y sonrío cuando alcanza mi clítoris. Unos instantes más tarde, siento su polla dentro de mí, fuerte, erecta, dura y empalándome en medio del agua que cae y el rumor de nuestros gemidos y jadeos.

Posiblemente, no puedo cambiar. Y aunque pudiera, creo que ya es tarde...

## Los primeros meses

A mí no me costó adaptarme a la nueva vida de follar con quien quisiera y sin preocupación de ningún tipo. A mi marido, mucho más. Y tengo la sensación de que lo hizo exclusivamente movido por la obligación.

Yo seguía con ese compañero. Follábamos casi todas las semanas. A veces, cuando yo no tenía turno o servicio, en mi casa. Siempre que no estuviera mi marido, porque eso, aunque no pudiera calificarme como esposa modélica, me producía rechazo. No pretendía ni humillarlo ni hacérselo pasar mal.

Pero, que yo recuerde, al menos en dos ocasiones estuvimos en mi casa. Follando en el salón, en la cocina, en la ducha... No en el dormitorio, que siempre lo reservé para mi marido y para mí. En ese momento no llevaba ningún tatuaje y me hice el primero. Una pequeña rosa en la cintura, en la primera curva que accedía a mi pubis. Me pareció morboso. Lo vio antes mi amante que mi marido, la verdad. Más que nada, porque el día que me lo hice follamos como animales en un hotel del norte de la isla.

Me excitaba de una forma casi sobrenatural con él. No era por su físico, que no estaba mal, sobre todo de cuerpo. Pero había algo más. Era un deseo irrefrenable de meterme su polla en la boca, de sentirla dentro, de que me tocara, ensalivara, mordiera... No podía evitarlo. Y ciertamente, nunca hice nada para ello.

Aún recuerdo hoy, pasados los días y los años, a aquel chico. Sus acometidas, su lengua en mi clítoris, sus manos alrededor de mi cintura, de mis tetas, atrayéndome hacia él. Penetrándome con esa fuerza y ese vigor que ya no veía en mi marido. Eran polvos aguerridos, donde se notaba que solo era sexo. Donde los besos eran las granadas que estallan antes del avance del soldado. Me sentía plena con su pene dentro de mí, entrando y saliendo sin pudor ninguno. Sin hablar apenas, sin caricias ni futuro en las miradas. Él, al menos durante un tiempo, sé que tuvo una novia o pareja con la que se solía ver de manera constante y formal. Desconozco si lo dejaron o eran abiertos en su manera de entender el sexo. Nunca lo pregunté por temor a que ese destello de

excitación que aparecía cada vez que nos mirábamos en la comisaría, desapareciera.

Hubo tardes gloriosas, de sexo fluido y constante, de deseo irrefrenable, de ganas interminables de uno y otro. Era obvio que la conexión era únicamente sexual, porque una vez que terminábamos de satisfacernos, cada cual regresaba a su vida y a su mundo.

Pero tener su polla en la mano, en la boca, sentir los espasmos de la eyaculación en mi paladar, o su semen recorriendo mi interior después de follarme espléndidamente, era algo a lo que no podía renunciar.

Hubo otro chico. Un guardia civil de la comandancia de Las Palmas con el que también me acosté en seis o siete ocasiones. Él estaba allí destinado, y sé que fue voluntario. Estaba en Policía Judicial de la Comandancia de Las Palmas, pero había sido miembro de la Unidad Especial de Intervención.

Él fue quien me metió el gusanillo de lo de lo antidisturbios. Con él hablé más que con mi compañero. Era amable, un buen chico que solo deseaba distraerse en un destino relativamente tranquilo. No pedía nada, salvo que no fuera un metódico y simple, aquí te pillo y aquí te mato. Necesitaba relacionarse con gente. Los isleños no somos los más simpáticos cuando nos proponemos encerrarnos en nosotros mismos, y él, un chaval joven, pretendía tener conocidos. No amistades, pero sí gente con la que salir a tomar una caña. Así le conocí. En una operación conjunta en la que se vio involucrada mi comisaría y su unidad.

Nos tomamos un par de cañas después y surgió. Mi compañero, con el que me solía acostar habitualmente, en esos días y semanas, estaba más pendiente de su pareja, novia o lo que fuera, que de quedar conmigo. Yo andaba caliente, emperrada en mantener mi vida de sexo frenético, necesitada de gozar en la cama con alguien. Y fue con él con quien me saqué. Resultó ser un buen amante, pero diferente a mi compañero. Atento, dispuesto, incluso caballeroso; menos explosivo y cañero. También me gustó. Tenía un cuerpo escultural. Quizá el mejor que he visto en mi vida. Con un par de tatuajes pequeños en zonas íntimas y una resistencia en el sexo, realmente sorprendente.

Solo nos vimos en esas ocasiones. Todas en un hotel cercano a la Comandancia. Y en todas ellas, terminé, no solo satisfecha, sino agradecida por el trato tan tierno y sutil que me propinó. Con él descubrí que el sexo y la complicidad es algo más que una atracción animal como la que teníamos mi

compañero y yo. Que el sexo es algo bello, asociado a un estado de excitación, pero no exento de camaradería.

Fue un chico del que, si nos hubiéramos seguido viendo, me habría enganchado. Y no solo a su polla, a su musculatura, a sus abrazos y a la forma de darme placer, más comedida, más atenta y señorial. Con él, a diferencia de con mi compañero, me salía besarlo, acariciarlo, recorrerle la piel con mis manos, mis dedos, mi lengua. Tragarme su polla sin tener la excitación tan acelerada de ir a conseguir un orgasmo brutal y explosivo. Recuerdo que se la comía con lentitud, dejando que su dureza se fuera derritiendo poco a poco, a base de lengua lenta, succiones profundas y caricias continuadas.

Me follaba con cierto estilo, como un caballero andante, servicial y atento a mis reacciones. Sabiendo que no solo era cuestión de placer inmediato y directo. Fue un descubrimiento aquel chico. Me acuerdo de su sonrisa tras correrse, de sus caricias como si me agradeciera lo que había hecho por él. Con mi compañero era otro tipo de sexo, casi furioso, brutal, de orgasmos tremendos. Con el guardia civil, en cambio, me llegaban menos estruendosos, pero más largos, más sentidos.

Solo ha habido una persona que me produjera el mismo tipo de placer. Pero de él si me enganché de una manera que, en realidad, nadie sabe y que pasado el tiempo, me sigue siendo difícil contar. Tan solo Mamen conoce pinceladas de esa relación. Aún hoy, después de años y de un tiempo más que suficiente como para que lo hubiera tenido que olvidar, me acuerdo de muchas con él. Y es ahí en donde me doy cuenta de que mi vida, además de un continuado río de sexo y follamigos, no tiene mucho más. Se llamaba Michel. O se llama, porque no he podido evitar seguir sabiendo de su vida. Se que poco después de que nuestra relación se diluyera, estuvo con una mujer. Divorciada, como él. Cuando me enteré de eso, me obligué a no seguir observando su vida. Me hería a mí misma, y además, era un tema delictivo. Pero con él, se terminó de esfumar esa posibilidad que quizá tuve, para formalizar una relación y rehacer de alguna manera mi vida. Nunca lo sabré...

Esos meses en los que compartí, por así decirlo, a mi compañero y a ese chico guardia civil, fue una época muy grata. Yo, todavía joven, inexperta, sin la coraza que hoy tengo en mi corazón, empecé a pensar que la vida de cama en cama, de polla en polla, era algo agradable, atractivo y relativamente sencillo para mí.

Pero de lo único de lo que verdad me percaté, aunque eso sería pasado

un tiempo, es que de mi compañero me acordaré siempre como un amante que me mostró las excelencias de un sexo más directo, más compacto y menos templado. Y de este chico guardia civil, que el sexo puede —y quizá debe— venir acompañado de esa dosis de cariño, de complicidad y de chispa que hace que meterte una polla en la boca o que se corran en tus tetas, también pueda ser maravilloso. Para mí, hasta esos días, ese sexo, esa forma de dar y encontrar placer, significaba una especie de antesala al enamoramiento. O a un estado parecido. Pero no, por suerte o desgracia, nunca terminé por culminar una relación así.

Y hay otra cosa de la que años después me percaté. Si soy realmente sincera, no sé muy bien qué es el amor. Porque, debo confesar, no sé si me he enamorado alguna vez. Al menos, no de la forma que Isabel o Mamen lo están de sus respectivos. Quizá, es que yo no puedo alcanzar ese nivel...

O que en determinado momento, mi cobardía, mi forma de vida y esa coraza que poco a poco he ido levantando en mi corazón, ha provocado que nunca haya disfrutado de esa sensación.

## **Aquella mañana...**

Hoy, pasado el tiempo suficiente, lo tengo claro. Aquella mañana, todo cambió. O nos redirigió de una forma clara y contundente. Era sábado y yo tenía una cena de compañeros ese viernes. Claro está, mi plan no solo abarcaba el aspecto social, sino el sexual que con posterioridad al convite, deseaba tener con mi compañero.

Hubo sexo esa noche. Mucho. Variado. Fantástico. De hecho, me quedé dormida en el hotel que él había cogido para pasar unas horas follando. No tardamos mucho en entregarnos el uno al otro. Con deseo explícito, con la fuerza de la necesidad. Me tragué su polla con avidez y codicia, emitiendo según entraba en mi boca un suspiro de vicio latente y desahogo acumulado. Hacía más de tres semanas que no nos veíamos y ni siquiera yo me había acostado en quince días con mi amigo guardia civil, por lo que tenía un ardor más propio de una adolescente que de una mujer que se supone madura. Por eso, cuando él bajo y empezó a lamer y mordisquear mi clítoris, a introducir los dedos en mi vagina y a succionarme las entrañas, exploté de placer como pocas veces lo he hecho. Tuve un orgasmo sensacional y candente, como si hubiera tenido la espita a punto de reventar. Y la prueba fue que, con apenas quince minutos, sin ni siquiera follarme, me corrí con una explosión de suspiros y gemidos. Su lengua y sus dedos eran como fuego, terminales de placer que me llevaron de inmediato a disfrutar con él. No quise que me follara de inmediato, sino que permití que el primer orgasmo fuera así, sentido y deseado con la animalidad de la urgencia.

Sin darnos descanso ni tregua, continuamos. Yo en su polla, comiéndomela golosa, voraz, notándola tensada y firme en mi campanilla. Dura, palpitante y dispuesta a atravesarme. Le dejé mordisquear mis pezones, lamer mi ano, volver a pasarme la lengua por el perineo y mis labios vaginales. Sus dedos entraron en mi vagina, en mi culo, igual que su lengua y mis ganas se multiplicaban al ritmo de sus caricias.

Lo mismo que yo con anterioridad, en cuanto empezó a penetrarme, con deseo, con fuerza y brío, tampoco tardó mucho en correrse. Fueron unas

acometidas rudas, con esa carencia de sensibilidad que hoy ya sé que a veces necesito. Ese impulso y fortaleza en las arremetidas me hacen llegar a límites excelsos. Es verdad que también quiero caricias y dedicación, pero hay días, como sucedió aquella tarde, que hay algo que me empuja a un sexo recio y firme.

Utilizábamos condón. El riesgo a embarazos no deseados, a venéreas, o simplemente por seguir las mínimas normas de higiene sexual, nos llevaba a eso. Hoy, mucho más experta, conocedora de mí misma y de mi entorno, hay veces que no lo utilizo. Depende de con quién. De si conozco sus hábitos, su vida, su cercanía o no a este tipo de vida...

El caso es que cuando noté que se corría, él se incorporó en la cama poniéndose de rodillas y como si supiera que ansiaba su semen en mi boca y en mi cara, se quitó el condón mientras yo acercaba mi rostro a su miembro. Cerré los ojos y sentí las gotas calientes salpicándome las mejillas, el cuello, la boca... Aquella sensación fue mágica. De ese sexo que necesitaba y que mi marido no me iba a dar nunca. Cuando dejó de pajearse, engullí su polla con suavidad y vicio.

—Tía, eres la mejor del mundo follando... —me dijo suspirando y con una sonrisa en la cara.

Estaba satisfecho, excitado. Y yo, me vi entusiasmada, poderosa por ser capaz de complacer a un hombre hasta ese límite de placer a través de su orgasmo.

Mientras me limpiaba en el cuarto de baño, y veía su semen en mi cara y en mi cuello, pensé seriamente en el divorcio. Seguía excitada, con los ojos brillantes de deseo y mis senos hinchados y duros porque querían más. Incluso me acaricé el clítoris yo misma observándome en el espejo. Estaba completamente segura de que Ernesto nunca me iba a proporcionar un placer tan vital, tan fogoso y vivo. Ni tenía el nervio para hacerlo, ni su idea de la sexualidad iba en ese camino. Sencillamente, ambos estábamos en universos paralelos que nunca se iban a tocar.

Y fue por ello por lo que volvimos a follar varias veces sin tener en cuenta la hora. No me importó ni siquiera llamar a mi marido. No sentí que debía tenerlo en cuenta y lo aparté de forma consciente, para que su imagen, su recuerdo, su rostro, no se viera reflejado en aquel estado de excitación y bienestar que me embargaba.

Después de otros dos majestuosos polvos, a las tres y media de la

mañana, me quedé dormida allí. Él no tenía quién le esperase y estaba relajado y contento con que me quedara a dormir. En mi caso, sí había alguien que seguramente me esperaría o se preocuparía por mí. Vi un par de mensajes de mi marido, pero en el estado que estaba, de complacencia conmigo misma, me obligué a que no me forzaran a urgencia alguna. Sí los leí, desnuda, sintiendo los mordisqueos de mi compañero en mis pezones y las caricias en mi vientre. Ernesto, simplemente, preguntaba cuándo regresaría. El último de los mensajes era a las doce de la noche. Ni contesté ni hice el menor amago por hacerlo.

Algo me despertó un cuarto de hora antes las ocho. Quizá la conciencia o la conexión con mi marido. Seguramente era algo relativo a mi impropio comportamiento. Mi compañero dormía plácidamente, con un suave ronquido relajado. Sin embargo yo, a pesar de mi aparente seguridad, mi cabeza me decía que aquella habitación de hotel no era mi lugar. No sé si fue una especie de remordimiento o culpa por la amanecida en una cama ajena. El hecho es que, fuera lo que fuese, cambió para siempre mi vida.

Llegué a mi casa a las ocho y media pasadas. Y cuando estaba abriendo la puerta del portal, vi que mi marido también regresaba. Traía ojeras, un aspecto de juerga y cara de haber tenido sexo. Quizá yo también me mostraba así. No nos dijimos nada. Abrí la puerta con la llave y ambos, con dosis de vergüenza o de confusión, entramos a la vez en completo silencio.

Nos duchamos, cada uno por separado, y nos fuimos a la cama. Vivíamos en un apartamento con un dormitorio, por lo que era inevitable dormir juntos. La alternativa era que él o yo lo hiciéramos en el sofá del salón, pero ninguno realizó el amago de ir. Posiblemente nos queríamos restregar en la cara que habíamos pasado nuestras respectivas noches con otra persona. Y también ambos queríamos tirarnos a la cara la desvergonzada libertad que nos habíamos dado. O que yo había provocado, más bien. Yo me dormí pronto, él, no lo sé, porque solía emitir un ligero ronquido cuando iniciaba el sueño. Si lo hizo antes que yo, no me percaté.

Cuando nos despertamos, nada cambió. Ni siquiera lo hablamos. Comimos en silencio, evitando mirarnos, hasta que Ernesto, que en estas cosas era más diplomático, sensato y maduro que yo, comenzó a hablar.

—Esto es insano, Tania...

Terminé de masticar y le miré con atención. Sabiendo que sus palabras eran verídicas. No sé si exactas, pero encerraban ese peligro perverso y real

que puede envilecer una relación y destruye a las personas.

—Lo sé... —murmuré mientras agachaba la cabeza.

—Tania... puedo entender que necesites... O ambos necesitemos estar con otros. Yo, hasta que entraste en mi vida, no me lo había planteado nunca. Y sigo pensando que no es muy normal. Pero bueno, así lo hemos... pactado. — Le costó admitir aquella palabra—. El hecho es que ahora estamos en este barco los dos. No podemos ignorarnos, ni ser unos extraños entre nosotros. Si somos una pareja abierta, perfecto, pero maleducados y estúpidos, no. Al menos, yo no.

Se detuvo, pero yo sabía que no había terminado. Ernesto era de reflexiones largas. A veces en exceso, y le gustaba oírse. Pero, generalmente, tenía bastante sentido lo que decía.

—Ayer mientras estaba con esta chica...

—¿Una estudiante...? —pregunté para afianzar esa pequeña dosis de pulla que en mi cabeza igualaba la loca noche de sexo con mi compañero.

Asintió levemente. Más tarde, al cabo de unos cuantos días, supe que era una chica colombiana que estudiaba en la universidad en Las Palmas. Y que era la primera vez que había estado con ella.

—Ayer... con ella... —continuó—, lo cierto es que pensaba en ti.

Yo no lo había hecho. Lo cierto es que nunca me ha pasado, lo de estar follando con alguien y pensando en otra persona. O bueno... es posible que tiempo después me pasara con «él», con la persona que fue mi último tren, aunque no de la forma a la que Ernesto se refería. En mi caso, con el paso de los años, se fue convirtiendo en una especie de melancolía. Un sabor de oportunidad perdida. No de sensación de necesidad o de amor, como creo que me decía mi marido en ese momento.

—Lo que quiero decir —siguió, aunque esta vez sin mirarme—, es que estoy teniendo sexo con otra persona, pero no me evado de mi relación contigo. Es absurdo, o complicado, pero es la verdad. No sé si tú sientes lo mismo.

No, no lo sentía así. Ya lo he dicho. Yo, si estaba follando con uno, lo hacía con todas las consecuencias. Entregada, dispuesta, morbosa y concentrada en disfrutar de su polla y de mis orgasmos. Pero no podía decírselo. O yo en ese momento, pensaba que no debía hacerlo. Ese puñetero sentimiento de deuda con él por haberme sacado de casa de mis padres, me lo impedía. Era como si se tratara de una cuenta pendiente e incobrable.

Inexorable y definitiva entre él y yo.

—Debemos tenernos respeto, Tania. No podemos aparecer a las tantas de la mañana y vernos en el portal como si no nos importara qué es lo que el otro ha estado haciendo. ¿No te parece?

No estaba segura. Para mí aquel compañero era un escape real de lo que era mi vida. Si ya estaba fatalmente iniciada por la relación con mis padres, no había sido la mejor decisión casarme con Ernesto. Era mucho mejor que vivir con mis progenitores, sin duda, pero la magia que me llevó hasta él se evaporaba hasta quedar convertida en una especie de respeto y admiración, pero cada vez menos de atracción sexual.

Ernesto era un hombre apegado a su vida. Y que, lo digo sinceramente, creo que me quería. Pero yo, por desgracia para él, empezaba a estar en otra onda. Mi sintonía con él se resentía y si continuábamos juntos, terminaríamos despedazándonos uno a otro.

—Ernesto... yo ahora mismo, no puede dejar de verle. —Mis palabras escondían una declaración de separación camuflada. En el fondo, aunque yo en ese momento no lo entendiera todavía plenamente, ni lo pensara de forma decidida, buscaba que me pidiera el divorcio.

Y yo, ¿por qué no lo hacía? Era, en ese momento, más joven. Menos experta, menos consciente de que la vida es tan compleja y complicada. Quizás, y digo esto porque ni siquiera ahora estoy segura, creo que me daba miedo estar sola. Y sí, también esa obligación de respeto y de corresponderlo por haberme librado de mis padres.

—¿Estás enamorada de él? —Sé que me lo preguntó para sondearme y conocer si mi disposición era la de seguir casada o no.

Ahora, pasado el tiempo y entendiéndome a mí misma mucho mejor, debería haber contestado que sí. Hubiera sido todo más sencillo. Mentirle, pero provocar con ello que me dejara. Sin duda, hubiera sufrido mucho menos. Pero no lo hice. Quise ser sincera, incluso conmigo misma.

—No... es solo sexo, Ernesto. Como lo tuyo con esa estudiante —dije de nuevo a modo de excusa y buscando su propia implicación en el embrollo de nuestro matrimonio.

Pero lo mío, siendo sexo, no consistía solo en acostarme con un chico. Había descubierto que quería hacerlo con cualquiera que me gustara. No quería tener lazos que me impidieran una exploración mucho más profunda de mi necesidad sexual. Sencillamente, me apetecía seguir. Con este compañero o

con quien yo decidiera.

—Si es solo sexo, debemos buscar una forma de no hacernos daño de forma gratuita, Tania.

No tengo dudas ahora de que ese plural que usó mi marido fue algo mayestático. Pero, en realidad, era una clara y directa alusión a mí. A mi desconexión de él, a esa nueva faceta en mí que él empezaba a vislumbrar.

Quizás, y digo esto porque nunca tuve la valentía de hablarlo con él, mi marido no me quiso perder nunca. Y consintió mi forma de vida con tal de poder tenerme a su lado en determinadas ocasiones. Y digo que no fui valiente porque en el fondo, yo necesito alguien a mi lado. Siempre. Aunque parezca lo contrario, no puedo ni sé estar sola.

Sin embargo, hay un detalle. Sí, no puedo estar sola, pero tampoco acompañada continuamente. Sé y entiendo que es una gran contradicción, que ni yo misma puedo entender cómo puedo manejarme con mis deseos y necesidades.

—Tienes razón... Tenemos que pensar en algo que no nos dañe — concedí.

## **Mi marcha a Madrid.**

La idea me vino tras la tercera o cuarta tarde con mi amigo el guardia civil. De nuevo, una buena follada, más exquisita y suave que con mi compañero de comisaría, pero igual de gratificante. Me encantaba cambiar de registro y alternar el sexo duro de mi compañero, de embestidas potentes y rudas, con la follada más complaciente, pero firme de mi amante de la Benemérita. Una tarde, después de dos orgasmos intensos y de haber disfrutado tanto de su polla como de sus dedos y lengua, me convencí de que tenía que dar un giro radical a mi vida.

Acababa de echar segundo polvo y me encontraba aún cachonda. No tenía prisa. Quería más de mi amigo, pero noté que tenía urgencia por irse. La razón, según me dijo, era que al día siguiente cogía un vuelo a Madrid. Tenía una posibilidad de destino allí. Conocía a un sargento primero de los antidisturbios de aquella comandancia y le apetecía un cambio de aires. Me contó la adrenalina de ser una fuerza de choque, podríamos decir. La necesidad del ejercicio físico, cosa que a mí me atraía, el compañerismo y la sensación de grupo. Me gustó lo que escuché.

Me quedé pensativa mientras conducía a mi casa. Me detuve en un bar a tomar una cerveza y un bocadillo. No quería llegar a cenar con mi marido. Hasta esa tarde, estaba decidida a separarme de Ernesto si las cosas no mejoraban entre nosotros. Y tras algunas semanas después de vernos en el portal, llegando cada uno de camas diferentes, no había mejorado. Es cierto que no discutimos en esos días y que la convivencia fue tranquila, incluso complaciente entre nosotros. Pero manteníamos todavía ratos de silencio o con conversaciones forzadas sobre una película, el tiempo o la vida en general. No terminábamos de conectar ni de encender esa chispa de complicidad que debe existir en los matrimonios, por muy abiertos que sean. Cuando apuré el último trago de la cerveza y me terminé el bocadillo, ya tenía un plan diseñado en mi cabeza. Solo faltaba convencer a Ernesto.

Al día siguiente, en la comisaría, me entretuve en mi tiempo libre viendo las plazas que se ofertaban de agentes antidisturbios y en dónde. Madrid era una de ellas y, en principio, el lugar con más posibilidades, que en ese momento había.

Hice un par de llamadas y me enteré de una forma bastante exhaustiva de lo que necesitaba y requisitos para hacer los exámenes y pruebas físicas. No me pareció complicado. Esa misma tarde me puse a ello. Necesitaba darme prisa porque las pruebas y los exámenes eran en poco tiempo, por lo que tenía que estudiar y prepararme a conciencia. Aparqué por unas semanas mis estudios de Criminología y me concentré en mi propósito.

El temario no iba a ser un problema. Nunca había sido mala estudiante, tenía fuerza de voluntad y orgullo. Y las pruebas físicas no estaban tan alejadas de mis posibilidades. El escollo era Ernesto. Cómo se iba a tomar que hubiera decidido irme a vivir a Madrid, si aprobaba.

Tardé una semana en contarle mi decisión. Y eso que me veía todas las tardes y parte de la noche, estudiar, salir a correr y trabajar en un gimnasio además del habitual del Cuerpo Nacional de Policía. Durante ese tiempo, fuimos dos extraños. Más compañeros de piso que marido y mujer. Él, por lógica, debía sospechar que algo me pasaba. Yo, en cambio, prefería no preguntar. Si tenía que suceder nuestra separación, estaba preparada.

—Ernesto...

Aquella tarde me decidí. Era imposible aguantar más tiempo. Me acerqué a él, que veía la televisión en silencio. Se me quedó mirando expectante.

—Me estoy preparando para la UIP. La Unidad de Intervención de la Policía. Los antidisturbios —aclaré.

Se me quedó mirando fijamente durante unos segundos. Como si no me hubiera entendido. Luego echó el cuello para atrás en señal de incompreensión.

—¿Antidisturbios? Joder, Tania, ¿por qué?

Respiré profundamente antes de continuar. Había ensayado esa respuesta porque estaba completamente segura de que me la iba a preguntar.

—El dinero es una motivación. Se cobra algo más. Pero también me tienta la necesidad de hacer algo nuevo y que me llame la atención. Ya sabes como soy. Me puede la adrenalina y estar activa.

—¿Aquí, en Las Palmas?

Mi marido era inteligente. Intuía que todo lo que le había dicho, era en realidad la fachada que ocultaba la huida de nuestro matrimonio sin llegar a

romperlo del todo.

—No, Ernesto. Me iré a la península. Necesitamos estar un poco separados —le detuve su protesta—. No quiero que rompamos. —Aquí le cogí una mano porque aunque yo me estuviera agotando en las Palmas, y con él, no quería desengancharme—. Vendré cada dos o tres fines de semana. En teoría se libra uno de cada dos, pero estamos prácticamente disponibles las veinticuatro horas. Pueden surgir servicios continuamente. Pero haré lo que sea por venir a estar contigo. Lo prometo.

Cerró los ojos y apoyó la espalda en el respaldo del sofá lentamente. Mantuvo su mano en la mía y durante varios segundos, permaneció en silencio. Pasado ese tiempo, me miró con una interrogación en sus pupilas. Era obvio que también sabía que la razón oculta de mi marcha residía en que ya no me atraía tanto estar con él.

—¿Quieres que nos separemos? ¿El divorcio?

—No, no. De verdad.

Nunca he estado completamente segura de que en ese momento hiciera lo correcto. Fue una salida que él me ofreció, pero que no cogí, a pesar de que la buscaba indirectamente. Creo que me sentí culpable y que si le decía que sí, sentiría que estaba siendo demasiado cruel. Quizá, también fue por cobardía. O posiblemente por comodidad o una sensación de compromiso con él, por haberme ayudado a salir de la casa de mis padres.

—Entiendo que de esta forma tendrás... O tendremos libertad para acostarnos con quien queramos. ¿Es así?

—No pienso en eso ahora. En serio Ernesto, no me mueve eso. —En parte, era verdad. No le estaba mintiendo, aunque esa posibilidad era obvia que flotaba en mi decisión.

—Y cuando vengas, ¿seremos un matrimonio perfecto? ¿De esos que se quieren y que están deseando verse? —ironizó.

—Eso pretendo. No sé si perfecto —me corregí a mí misma al momento, porque era obvio que tras mis infidelidades y su noche con la alumna colombiana, no podíamos ser una pareja normal y tradicional—. Pero que nos podamos mirar a la cara, sin reproches, sin ocultarnos nada...

—¿Te vas a acostar con otros en Madrid?

Nunca supe si tras esa mañana que nos encontramos ambos en la puerta de nuestra casa, recién follados y con la infidelidad impresa en nuestras miradas, él se planteó que podríamos dar marcha atrás a ese estado de nuestra

relación y de las decisiones tomadas.

—No lo sé, Ernesto. No lo pienso, no me hago ninguna composición de lugar. Y...

—Lo vas a hacer —me cortó en un tono bajo y doliente.

Sentenció tanto con la voz como con la mirada. Simple, práctico como siempre lo era. Casi se podría decir que académico e instructor. Luego asintió lentamente mientras esbozaba una sonrisa que me dio la sensación de que era más apática que triste.

—¿Es esa la razón por la que te vas a la Península? Ya tienes aquí la libertad de follarte a quien te dé la gana, Tania.

El tono de su voz cambió. Ahora era suave y casi amigable. Y eso lo hacía todavía más incriminatorio y acusador. Hendía de forma lenta y directa mi culpabilidad en la apertura de nuestro matrimonio.

—De verdad que no es por eso. Te lo prometo, Ernesto.

Asintió de nuevo repetidas veces de forma mecánica y rápida. Luego, unos instantes más tarde, me miró, me acarició ligeramente la mejilla y sonrió con esa apática tristeza anterior.

—Voy a crearme que te vas porque quieres poner distancia entre nosotros. Y que tu intención es que eso sirva para que no nos terminemos divorciando. También, que cuando vengas, serás mi mujer, mi esposa.

—Eso pretendo, de verdad.

Mi respuesta se interpuso en la continuación de sus palabras. No hizo el menor amago de revocar o de tomarla en cuenta. Como si yo no hubiera dicho nada, continuó con su exposición.

—... pero no me intentes vender que no sabes si tendrás sexo con otros hombres en donde te destinen. Porque sé que te vas a meter en la cama con alguien. Posiblemente no el primer día. Ni el segundo... Pero más temprano que tarde, lo harás. Y yo, aquí, no podré hacer otra cosa que engancharme a esa vida de diferentes camas y cuerpos. Si te soy sincero, no es lo que más me atrae, pero entenderás que no puedo permanecer quieto mientras contemplo cómo eso terminará por destruirnos. Y eso... —aquí se me quedó mirando con un velo de tristeza y de abatimiento en los ojos—, tengo la intuición o la sospecha o el mal presentimiento, de que provocará que un día nos acordaremos de esto y concluyamos que no hicimos ni lo debido, ni lo correcto.

Aquellas palabras en su momento me parecieron ampulosas y más

parecidas a un discurso de facultad que a un reproche de marido. Pero ahora que ha pasado el tiempo, veo que estaban cargadas de razón. Y que a pesar de que, en efecto, mi vida sexual no era el detonante visible para salir de las islas, sí terminó siéndolo.

No quise preguntar qué era lo que debíamos hacer. Preferí escudarme en mis ideas, en mis excusas y en la huida de mí misma que empezaba a imponerme.

Me abracé a él. Quise transmitirle que de verdad deseaba continuar. En ese momento, así lo sentía. O creía que era lo que mi cabeza planteaba. Hoy, más experta, veterana, divorciada y madura, también sé que no era posible aquello que mi mente imaginaba y mi positivismo errado quería desear.

## Madrid

Mis primeros cuatro meses en Madrid fueron muy ásperos. No terminaba de acoplarme. Lo primero, porque mi trabajo era muy duro. A las guardias se sumaba el hecho de tener que desplazarte a otra localidad por necesidades del servicio o de refuerzo. Las plantillas estaban constantemente moviéndose porque las bajas se sucedían. Algunas por estrés o agotamiento. Otras, voluntarias y para pedir traslados.

Recuerdo que en mi primera manifestación me tiraron dos botellas y una piedra que chocaron en mi casco y en el escudo protector de un compañero. Me quedé por unos segundos en *shock*, sin saber bien cuál debía ser mi primera reacción. Terminamos cargando y yo me vi obligada a detener a un par de mujeres que se nos habían enfrentado. Una me escupió y la otra me llamó de todo. Fue violento y muy poco agradable.

Sin embargo, cuando terminamos aquel servicio, nos reunimos algunos para tomar una caña, picar algo y relajarnos. Me sentí arropada por los compañeros y por mi jefe de grupo, Javier. Fue el primer día en que me vi unida a algo, a alguien, aunque fuera de una forma grupal y profesional.

Con anterioridad a ese día, había estado muy solitaria. Recuerdo irme algunas noches a beber a un bar de copas cercano a mi casa y trastear con el móvil como única distracción. En dos ocasiones recurrí al sexo rápido y furtivo como método de escape. O así me lo vendí yo a mí misma.

La primera vez, un chico de unos treinta años, se sentó a mi lado y me dio conversación de forma inmediata. Estaba acostumbrado a ligar y aunque no era guapo, tenía tablas para hacerse el interesante. No me mostré demasiado proclive a él ni a su charla, que ni me acuerdo de qué versaba. Pero en un determinado momento en que puse un mensaje a mi marido por el *WhatsApp* y no me contestó, a pesar de ser una hora en la que debería estar despierto, me movió a hacerlo.

Soy de impulsos, de decisiones rápidas. Algunas buenas y otras menos. O directamente malas. En este caso no sé si me movió la necesidad de sentirme

deseada o simplemente que me molestó que mi marido no me respondiera. De inmediato me hice a la idea de que estaba con otra. Sé que es absurdo y no me voy a engañar diciéndome a mí misma otra cosa. No soy mentirosa, y menos conmigo misma. Al contrario, soy plenamente consciente de que mi reacción fue absurdamente infantil. No eran ni celos ni nada de ese estilo, pero de alguna forma quise tener una posibilidad de pasar un buen rato y de romper esa rutina desabrida en la que se habían convertido los primeros meses en Madrid. Se juntaron las ganas de socializar, de sentirme deseada, de tener una vida en aquella ciudad. Madrid me había acogido de buenas maneras, con gente agradable y abierta, pero yo necesitaba algo más. Sentir ese pulso a la vida que comencé con mis escarceos allá en Las Palmas, siendo infiel a mi marido.

En el trabajo sentía la adrenalina de la labor policial de los antidisturbios. Pero en mi vida privada, en el día a día, se sucedían las noches en solitario, los escuetos mensajes con Ernesto, junto con alguna conversación que intentaba ser amable y cariñosa. Finalmente la sucesión de películas, de trabajo, de cubrir las guardias y turnos para no quedarme en casa sola, pudo conmigo. O puede que fuera mi manera de ver la vida, que se empezó a orientar a las relaciones sin compromiso, ni complejos.

Miré al chico. Pudiera haber sido cualquier otro. Le sonreí, le tomé la mano y nos dirigimos a los aseos directamente, sin mediar más palabras que su primera verborrea. Me vi en el baño de aquel garito con él. Me reí cuando me dijo si quería algo de coca, que me invitaba.

—La droga es una mierda, mi niño... —le dije con una media sonrisa, mientras me quitaba la cazadora y desabrochaba el cinturón de mis vaqueros.

Inmediatamente después, nos besamos y buscamos con las manos nuestros cuerpos. Fue con urgencia, sin preámbulos y sabiendo que no iba a pasar más allá de diez o quince minutos en desfogarnos. En ese momento, justo ahí, cuando le empezaba a desabrochar los botones del pantalón de color casi blanco y palpaba con toda mi mano su pene ya duro y preparado, supe que era una especie de adicta.

No solo son drogas las que perseguimos y se clasifican como ilegales. Hay otras, de un estilo diferente, pero que enganchan igual. En mi caso, en aquel instante, supe que la sustancia que me tenía agarrada era el sexo. O lo iba a ser, y sabiéndolo, yo me adentraba consciente y alineada en él.

Llené mi boca de su carne. Sentí la potencia que le devoraba. El baño no

era estrecho, por lo que podíamos movernos, aunque sin comodidad. No nos importó porque estábamos enfocados a darnos un placer de urgencia. Ambos éramos conscientes. Había dejado mi pantalón vaquero en la repisa del baño, a salvo de que se cayera al suelo. Estaba calzada y mis bragas descansaban en uno de los bolsillos de mi cazadora de cuero.

Se la chupé durante un par de minutos con ganas. Me apetecía sentirme transgresora, pensando en que por fin encontraba un aliciente a mi estancia en Madrid, además de mi trabajo. Me olvidé de mi marido y del mensaje que no me había contestado, De si estaba con otra o no, de todo lo que no fuera lamer, chupar y succionar aquella polla.

Me hizo sentarme en la repisa del lavabo, al lado de mis pantalones y me abrió de piernas. No era muy bueno y se notaba que me lo hacía por simple contraprestación. No me importó y le deje hacer durante unos instantes. Me ayudé de mi dedo y cuando me vi lo suficientemente mojada, me volví dándole la espalda, apoyé mis manos en la repisa del lavabo, me miré al espejo, alcé una rodilla amortiguándola con mi cazadora para que no rozara, y me ofrecí a él.

Me miré en el espejo. Vi en mi cara el sexo. Las ganas de ser penetrada, de sentirme viva y la urgencia de tenerlo dentro. Con el brazo, acerqué su cara a la mía, empujándole por la nuca, hasta que mi boca encontró a la suya. Noté, un momento después su glande enfundado en el condón, en mi entrada y suspiré de deseo y ganas.

Me volví a apoyar, afirmando la rodilla en la repisa, y le facilité la penetración. El chico estaba excitado, empezando a moverse con rapidez, quizá demasiada para mí. No puedo decir que fuera torpe, ni que no supiera follar a una mujer, pero en ese instante de sexo furtivo y apremiante, carente de la más mínima delicadeza o buen gusto, yo necesitaba más contundencia y firmeza que rapidez de movimientos.

Apreté mis nalgas e hice que ralentizara sus embestidas.

—Tranquilo, cariño, que no es una carrera —le dije volviendo a besarlo y atrayendo su cara y su boca a la mía.

—Joder, que buena estás...

Aquello me pareció inapropiado y casi me asalta una carcajada. Quizá él quería piropearme, no lo dudo, pero en aquel lavabo yo no buscaba otra cosa de impacto y deseo carnal.

—Eres una diosa, joder... —me seguía diciendo mientras me empalaba

con cada vez más contundencia.

Mi cara seguía reflejada en el espejo, al lado de la suya. La de él, concentrada, con los ojos semicerrados. La mía me observaba y me hablaba de sexo, liberación, desahogo, descaro... Hubo un momento en que no sé si me gustó lo que vi.

—Qué bien follas, joder...

Me cambié de posición, y sentándome en la repisa hice que me volviera a penetrar. Ahora no me veía la cara en el espejo del lavabo y me centré en los ojos de aquel chico, en sus expresiones y gestos. Estaba cercano a correrse pero le obligué a hacérmelo más lentamente. Sé que en parte fue una pequeña crueldad, pero en ese momento mandaba yo en los dos cuerpos. Me sentí, de nuevo, poderosa, dueña de los ritmos y cadencias. Propietaria de ese momento de sexo impúdico e insolente. Ama de su disfrute y del mío...

Hice que me follara con profundidad y firmeza, justo lo que deseaba. Varias veces, abrazada a él y manteniendo el equilibrio entre la repisa y su cuerpo que se empinaba cada vez que su polla entraba hasta el fondo al ritmo de sus jadeos cada vez más intensos.

—Dios, me corro... Me corro... —decía con la voz ligeramente ronca por los cercanos espasmos.

Empecé a gemir y a notar que a mí me ascendía también. Fue entonces cuando me empezó a inundar el orgasmo. A veces solo hace falta una imagen, un recuerdo, una sensación para que se desencadene. A mí, al menos, me pasa. Puedo estar gozando, más o menos, pero de pronto, hay un momento en que todo se acelera. La sensación de poder y de dominio fue la que me llevó a ese primer orgasmo en Madrid.

Me abracé a él mientras me recorría aquel relámpago de placer. Rápido, no demasiado intenso, pero suficiente. Sentí como al poco tiempo, él también se derramaba. Ambos gemimos y nos quedamos abrazados, con la respiración entrecortada y ansiosa. Empecé a descabalgarme de él. Había conseguido lo que buscaba.

—Joder... qué pedazo de polvo —me decía mientras se colocaba el pelo y respiraba con cierta dificultad. Una sonrisa le empezó a iluminar su rostro —. Joder tía, eres la hostia...

Sonreí quedamente y él vio que yo prefería en ese momento el silencio. El chico, ya sin saber muy bien qué decirme, se concentró en vestirse. Yo, igualmente, me puse las bragas, el vaquero y la cazadora de cuero. No nos

dijimos ya nada más, y menos aún nos acariciamos o besamos. Me resultó casi relajante que después de ese tipo de sexo tan furtivo o casual, yo prefiriera no decir nada, ni un solo comentario. Tampoco me sentía ni obligada ni necesitada de hacerlo.

Terminé antes que él. Me coloqué el pelo, estiré la cazadora y me volví hacia el chico.

—Salgo yo antes, ¿vale?

—Como quieras. Espérame en la barra, que me apetece seguir con esto...

—Esbozó una sonrisa un poco cutre. Incluso algo tiesa. Le besé con rapidez en los labios.

Yo asentí mientras abría la puerta del baño. Me giré un momento y le guiñé un ojo. Crucé el pasillo de los baños y me dirigí a la salida. No me apetecía nada esperarle. No por nada en especial, sino porque mi necesidad de animalidad estaba cubierta. Simple y llanamente, me apetecía irme de allí.

Ya en la calle, sintiendo la música del local amortiguada, escuchando los sonidos de los vehículos y notando el frescor de la noche, me sentí aún más relajada. Sabía que empezaba una senda que no tenía final, ni metas. Solo meras estaciones de paso, que se sucedían en el tiempo sin repetirse ni dejar otra huella que la novedad o el deseo por cuerpos inexplorados. Un camino que, en realidad, se había iniciado en Las Palmas, con aquel primer novio, con Yeray.

Cerré los ojos y empecé a caminar hacia mi coche sin pensar en nada. Ni en ese chico, ni en mi marido, ni en mi trabajo. Solo en que estaba, por fin, tras varios meses en Madrid, con una grata sensación de tranquilidad y sosiego. Llegué a mi coche y abrí la puerta. Me senté en el asiento del conductor y me quedé mirando a la entrada de aquel garito. Sonreí, aunque con un punto de amargor.

Ni siquiera nos habíamos dicho nuestros nombres...



## Javier

Hay momentos que se ven llegar, se intuyen. Lo mismo que personas que sabes o sospechas que con ellas das ese paso deseado, aunque no sea lo más conveniente. Mi entrada en el grupo de antidisturbios en Madrid fue uno de esos instantes de la vida que sabes van a marcarte.

No tardamos mucho en acostarnos juntos. Javier era mi jefe de grupo. Un hombre de mirada seria, dura, penetrante. Con un vago recuerdo a esos actores de cine antiguos, que mezclan la guapura y ese punto de rudeza que los hacen atractivos. No puedo decir que fuera un tío de esos que te dejan sin aliento, pero tenía algo. Y ese algo, me llevó a su cama.

La primera vez que me penetró volví a sentirme liberada. Alejada de todo lo que no deseaba vivir. Entonces no incluía a mi marido. O si lo hacía, era de forma inconsciente. Quiero decir con esto que todavía sentía por él esa pequeña llama de atracción que poco a poco, ahora lo sé con rotundidad, se fue convirtiendo, minuto a minuto, en algo más semejante a una admiración y cariño. Pero no a la punzada de amor y deseo que sentí por otros. Sobre todo, por «él»...

Javier era bueno en la cama. Sabía cómo ejercer esa especie de dominio que un hombre duro plasma con un mujer en el lecho. Y no me estoy refiriendo a empujones con excesiva firmeza o vigor. Incluso, puede que una parte de su atractivo fuera justamente lo contrario. Esa suave contundencia con que me follaba hizo mella en mí.

Recuerdo perfectamente la primera vez. Fue una tarde, después del gimnasio y de unos ejercicios teóricos que debíamos realizar como grupo. Empezó con una cerveza, unas sonrisas y fueron asomando las miradas de complicidad. De deseo.

Fuimos a su casa y todo resultó sencillo y fácil. Me besó con la fuerza y presión justas. Moviendo la lengua con la mía mientras sus manos, fuertes y amplias, me abarcaban toda la espalda. Me encanta que un hombre sepa manejar bien sus manos cuando abraza. Y Javier, en ese sentido, me pareció siempre muy bueno. No sabría cómo explicarlo, pero me parecía que sus

manos se extendían más allá de sus dedos y de su piel, acariciando y rozando muchos más centímetros que los que eran en realidad sus dedos y manos.

Me besó luego en el cuello. Despacio, sabiendo que íbamos a terminar en la cama, jadeando y buscando un sexo que empezaba a formalizarse entre los dos. No hablamos mucho. Apenas lo justo, hasta llegar a su cama y desnudarnos mientras seguíamos engarfiados en besos y abrazos.

Cuando me metí su polla en la boca, él suspiró y arqueó la espalda. Le tumbé en la cama y me senté entre sus piernas. Recorrí con mi boca todo su miembro, una y otra vez. Pausada y profundamente. Con lentitud y esmero. Paseé mis labios por sus muslos, sus testículos, su vientre... Me demoré en hacerle sentir que aquella erección iba a ser un preludio amplio y punzante de fogosidad.

Sonreí mientras lo miraba y sentía su glande en mi lengua. Vi su deseo y sus ganas de disfrutar. Su animalidad emergente y dispuesta. Seguí con la boca, con la mirada, susurrándole con mis pupilas que quería la noche completa.

Me sigue asombrando que pasado el tiempo, pueda recordar momentos y detalles como esos y, sin embargo, tenga apenas constancia de otros hombres que, en teoría, deberían haberme influido más. Porque Javier no era otra cosa que sexo. Desfogue, deseo desbocado de dos personas que solo se pertenecen a ellas. No significó nada. Tan solo sexo por sexo, y algo de compañía.

Aquella noche me folló varias veces. Tuve orgasmos fronterizos con el puro éxtasis. Aún puedo cerrar los ojos e imaginarme sus acometidas firmes, profundas, contundentes pero con la templanza y la paciencia del hombre experimentado.

Nos corrimos uno encima del otro, entre suspiros, bocas que se mordían y abrazos. Sumamos caricias, succiones, lenguas y pulsiones suficientes para que la noche fuera magnífica. Su semen en mi cuerpo, mis fluidos en su boca y en su cara.

El último orgasmo que tuve, ya pasada la media noche, me sacó un suspiró largo, tenso y un punto áspero porque sabía que iba a ser con el que concluyéramos. Le pedí que se quedara con su polla dentro de mí, dura, y firme, mientras, yo, con los ojos cerrados, me imaginaba otras noches, otras camas y no era capaz de sentir ni vergüenza ni añoranza. Le abracé con fuerza y cuando me recuperé un mínimo, fui yo la que, volteándole le cabalgué de nuevo.

Primero lenta, con mis pupilas en las suyas mientras me agarraba de las caderas y yo me apoyaba en su pecho. Momentos después, continué con más fuerza, abrazando su pene con mis entrañas y besándole con arrebató y vehemencia. No tardó en correrse con un aullido.

Nos miramos ambos. Yo sentada sobre él. Sonriente, desnuda de cuerpo y de sexo. Él, con la respiración aún entrecortada y una sonrisa de satisfacción.

Me besó. No con cariño, ni ternura o debilidad. Me besó con la animalidad del excelente sexo que habíamos disfrutado. Me besó de una forma que, aunque en ese momento no me di cuenta, ya me marcaría. Fue un beso de lujuria, de gratitud y apetencia sexual. Fue un beso entre lo impúdico y el reconocimiento.

No sé si por suerte o desgracia, pero a partir de ese momento, me han besado así muchas veces. Es posible, que demasiadas.

La primera reacción que provocó Javier en mí fue que el fin de semana que visité a mi marido en las Palmas, todo fuera forzado. Reconozco que ir a verle fue un acto de mera disciplina. Sigo pensando que en esos días todavía le quería. También soy consciente, ahora, con el tiempo pasado, de que el enamoramiento se me debió terminar apenas un par de años después de verme liberada de mi casa. Siempre lo he admirado y he sentido gratitud hacia Ernesto. Pero por muy extenso que fueran mis sentimientos y deseos, terminaron por no ser suficientes.

Aun así, me esforcé por estar con él, amable y cariñosa. Incluso fui yo quien dio el primer paso para irnos a la cama. Me sentía obligada, con la necesidad de que tuviera una noche de sexo excelente. No pregunté si había estado con alguien más. No me importaba. Era un dato que ya me parecía ajeno.

Recuerdo besar su boca alejando la imagen de Javier de mi cabeza. Y no era porque mi jefe me gustara o me sintiera especialmente atraído por él. Como he dicho, era sexo. Puro sexo y necesidad de encontrar algo que ni yo misma todavía sabía con exactitud.

Aquella noche con Ernesto procuré ser todo lo puta que pude. Me lo follé de forma suave y también ruda; con él debajo o de cuchara. Besándole y mordiéndole los labios con lujuria. Quise, y me esforcé, en asentar de esa manera el matrimonio. Como si pudiera separar mis dos vidas y mis atracciones hacia otros hombres y el sexo.

Es muy posible que él disfrutara. Que incluso por unos momentos

pensáramos los dos que aquella relación tan bizarra y extraña, pudiera terminar en algo que nos uniera de verdad. Con el paso de los meses, y por camas ajenas, sé que fue una ilusión y que, muy posiblemente, ninguno termináramos de creernos nada de todo aquello.

Pero en el momento en que le cabalgaba de forma contundente, con mi mirada en sus ojos y sintiendo como su hombría llegaba a durezas que nunca habíamos experimentado, sí que pensé en que podría ser posible. Y también me doy cuenta de que lo hacía porque me basaba —una vez más— en el sexo. Nos seguía faltando esa mirada cómplice cuando nos íbamos a comer a un sitio cercano a la playa. Esa dosis de unión que complementa los embates de cadera y las lenguas y bocas en la carne, no nos terminaba de alcanzar. Se nos esfumaron demasiado rápido las sonrisas en la playa con una cerveza y un par de raciones... Y sumado a eso, ya nunca volvimos al Balcón del Mirador y eso, hoy lo sé, fue lo que debería habernos alertado.

Entiendo que Ernesto se dejara llevar y alcanzara conmigo orgasmos fluidos y de tronío. Que a veces intentara tocar ese escalón ascendente en el sexo que yo, internamente demandaba y encontraba en Javier, por ejemplo. Sé, no tengo duda ninguna, que se esforzó como yo y que le llevó a acoplarse a ese sexo más cercano al mío. Fue capaz de desinhibirse, de correrse en mi cuerpo o en mi cara, de adoptar posturas y gestos que sobrepasaban su concepto sexual.

Y debo admitir que me gustaba eso por su parte. No solo porque me hacía disfrutar más, conseguir orgasmos más completos y vivos. Sino porque sé apreciar cuando un hombre se esfuerza en hacerme disfrutar. Yo procuro hacer lo mismo y pido reciprocidad. Ernesto, es verdad, lo intentó. Y fue capaz en alguna ocasión de conseguirlo. Pero debo admitir que no fue suficiente. Sí, en el preciso momento, pero en el avión de vuelta, ya pensaba en Madrid. En mi otra vida, en llamar a Javier para follar cuento antes con él, según aterrizara.

Me culpo de ello. Por no ser la esposa que Ernesto podía merecer. Pero no pude. No me salía y, aunque supiera que mi vida era un compendio de sexo por mero placer, no me arrepentía.

Un día pensé que lo que me pasaba era que necesitaba vivir todo lo que no había hecho durante mi infancia y adolescencia. La relación con mis padres, quizás me había marcado, haciéndome buscar una especie de parapeto, de muro, de protección ante mis recuerdos y vivencias. Primero fue Ernesto y luego esa falsa realización que me impuse ir de cama en cama.

Las primeras veces con Javier fueron no solo buenas, sino buscadas con afán de diversión y estímulo personal. Me sentía potente, dueña de mí misma. Alejada de mi vida, de mi pasado, de un matrimonio extraño y del empeño en hacerlo funcionar, aunque no terminase nunca de cuajar.

Pero Javier también pasó. No sé cómo, pero fuimos sustituyendo las risas y el sexo por una especie de apego que nos alejó de la cama. Él tenía una relación mala con su exmujer y una incipiente con una subinspectora de Patrimonio Artístico, también divorciada. Es muy posible que de una forma casi natural, sustituyera el sexo conmigo por una estabilidad emocional o sentimental. El hecho de empezar a hablarme de ella fue lo que inició que él y yo nos alejáramos en la cama.

¿Qué le ofrecía yo? Un sexo fuera de serie, muy posiblemente. Una desinhibición completa y una disposición casi permanente, pero nada más. Recuerdo que tras un polvo brutal, anal incluido y con todo mi repertorio de capacidad sexual, me comentó lo de Elisa, la subinspectora de Patrimonio. Yo, que acababa de saborear su semen en mi boca, de sentir su polla en mi interior, de haber follado sin pudor ninguno con él en dos ocasiones en menos de una hora, y de tener todavía la dilatación en mi ano reciente, escuché con normalidad que mi jefe amante tenía una especie de relación.

Podía calificarse como abierta o carente de compromiso real, pero su forma describirlo me dio las pistas necesarias para hacerme a la idea de que yo, irremediabilmente, pasaba a ser ese —todavía no imaginaba que eterno— segundo plano. No puedo decir que me importara. O quizás, lo acepté sin plantearme nada más. Me decía a mí misma que era normal que buscara lo que yo no quería darle. Porque sí, nunca me hubiera comprometido con Javier. Mi idea de él era puramente sexual, de cama, semen, fluidos, bocas, dedos, penes y vaginas. Nada más.

Hoy, pasado el tiempo, me doy cuenta de que Javier fue el primero que me vio como ese Porsche 911 de capricho. Un coche que no vale para la familia y que solo se utiliza de vez en cuando. Que se guarda en un garaje y que se saca con el fin de presumir o de darte el gusto de conducirlo en un puerto de montaña. Pero que, una vez pasado el tiempo, se termina vendiendo cansado de la dura suspensión, de lo estrecho del habitáculo o del coste de mantenimiento.

Aquella vez fue la primera, pero a partir de ahí me sentí Porsche 911 en numerosas ocasiones...

## **Sergio**

Sergio, mi niño...

El hecho de que Javier me hiciera partícipe de que tenía una especie de relación, no evitó, al menos al principio, nuestras sesiones de sexo. Seguimos follando, aunque ahora soy consciente de que fuimos espaciándolo. No sé si él, o yo, o los dos. Y tampoco estoy segura de que fuera de manera inconsciente.

Sergio fue alguien importante a pesar de los pocos momentos que vivimos juntos. Un chico amable, cortés, de esos que se preocupa por tu bienestar. Mono, simpático, cordial... Quizás lo contrario a Javier. O en cierta manera, opuesto.

Javier empezó a organizar fiestas en su casa. No de música y desmadre, pero sí reuniones para relajar el ambiente. Tuvimos muchas intervenciones por cuestiones de desahucios, protestas callejeras... Aquello, inevitablemente, creaba tensión y desasosiego en el grupo. Javier, experimentado, responsable y cuidador de su gente, nos reunía en los días libres y cenábamos, charlábamos o nos tomábamos una copa.

Sergio, como un miembro más, empezó a acudir. Es un buen chico. Joven, con un atractivo algo tosco, pero varonil. Un cuerpo bien cincelado y trabajado en gimnasio, sin ser excesivo. Las primeras veces que hablamos fue golpeando al saco y haciendo ejercicios de alta intensidad. Nos caímos bien. Y debo admitir que no podría decir la razón, porque era evidente que no estábamos ni en la misma onda, ni nos gustaban cosas similares.

Tenía, al menos por lo que empezamos a hablar, un punto romántico, de caballero antiguo. Quizás por eso nos atrajimos. Me recordó al guardia civil de Las Palmas. A mí, exceptuando a Ernesto, era algo relativamente nuevo el hecho de que me trataran bien, como a una dama. Él, posiblemente, nunca había disfrutado con una mujer como sí haría conmigo. Y, como buen policía, debía intuirlo a las primeras de cambio.

De todas formas, no nos enrollamos pronto. Fue cuando Javier empezó a estar menos disponible para nuestras tardes y noches de sexo. No lo sentí, la verdad. Javier y yo somos demasiado iguales. Quizá él, al ser hombre, se esfuerza más en aparentar una especie de papel de protector y líder de su grupo. Cosa que, por otra parte, no es mala. Lo mismo te protegía cuando perdías un poco los nervios en una línea policial ante una turba que te lanzaba cascotes o sillas de una terraza, como ante el comisario puntilloso que pretendía que una operación antidisturbios se realizara como si fuéramos de picnic. En ese sentido, Javier era un jefe extraordinario. De ahí surgieron las fiestas en su casa. O más bien, reuniones. Era una forma de mantener unido el grupo. O al menos, los más allegados, que terminamos siendo también compañeros de sexo.

Con el tiempo, tengo muy claro que llegamos a esa unión sexual sin compromisos entre algunos miembros del grupo por una razón de soledad. Curiosamente, nuestro trabajo se basa en realizar acciones siempre dentro de protocolos y bajo estrictas condiciones de ensayo. Nunca, o casi nunca, se improvisa en una operación de antidisturbios. Sería la ruina para el equipo que alguien no hiciera lo que se espera, lo trabajado y aprendido.

Pero, aun así, la gran mayoría, estábamos solos. Unos, como yo, con la familia —si es que se podía llamar así a la mía— fuera de Madrid. Otros, porque la secuencia de turnos, de guardias, de fines de semana atado al trabajo, hacía muy complicado vivir con alguien o tener posibilidades de pareja. Y antes, quizá algunos años atrás, el plus en el sueldo podía considerarse interesante. Hoy, ni siquiera eso. Las rotaciones, por tanto, eran continuadas. Y Javier, a base de fiestas y de sexo, hizo lo que pudo por mantener unido al grupo. No eran pocos los divorciados, separados o solitarios. Yo pertenecía a este último grupo.

Sergio, sin embargo, era diferente. Joven, con un punto de inocencia o de honestidad vital que le hacía ser un hombre interesante. Pero no pertenecía a nuestro mundo, al de Javier y al mío, a pesar de que intentó meterse en él.

Nos acostamos seis o siete veces. Sin que existiera una cadencia en el tiempo ni la más mínima relación más allá que la sexual. Simplemente, cuando nos apetecía y ambos estábamos disponibles. Él, una de las veces, me reconoció que había sido fantástico. Y para mí, debo admitir que también. Estaba en una forma física excelente y eso le otorgaba un plus de fuerza y resistencia a la hora de follar que me encantaba. Pero, sobre todo, lo que más

me atrajo de él fue que era un hombre que se preocupaba por tu disfrute, por tu bienestar. Estaba atento a tus reacciones, a tus gemidos y aceleraba o ralentizaba de acuerdo con lo que tú le manifestaras. Un chico, de verdad, para pensar en un futuro. ¿Por qué no lo hice? Porque en ese momento yo estaba absolutamente entregada a mi vida de sexo continuado y casi frenético. Era una etapa de mi vida en la que sospecho, huía de algo. Posiblemente de mí misma, de mi pasado y de mi presente. O puede que solo intentara escapar por unos momentos de algo tan simple como la soledad existencial en la que, creo que sin calibrar con la tranquilidad necesaria, empezaba a meterme.

La noche que conocí a Mamen, me acababa de acostar con él. Un polvo bueno, rápido, de noche cercana y sueño acumulado. Yo había tenido un par de días de bastante trabajo y tensión, por lo que me quedé dormida después de que folláramos. En la habitación de al lado estaba una chica, su novio y Javier. Una especie de pareja liberal, amigos de nuestro jefe y a los que había invitado ese día. Me parecieron simpáticos y hablé un rato con el chico, que resulté ser Nico.

En ese momento desconocía por completo, y ni me imaginaba que Mamen, tiempo después, se convertiría en mi amiga. En mi sostén y apoyo aunque ella lo desconociera o no fuera consciente.

Supe que Sergio no era como yo, desde que el segundo día en que nos acostamos, una vez que me limpié su semen en mi pecho y nos acostamos juntos en la cama, uno al lado del otro, empezó a confesarme que su ilusión era tener hijos. Sé, o intuyo, que no me lo dijo refiriéndose a mí. Estoy convencida de ello, pero Sergio es un hombre que no puede separar de una forma clara y sin rodeos, el sexo y una especie de relación afectiva.

En mi caso puede que yo fuera diferente porque él tenía muy claro que yo no estaba por esa labor. Pero le era inevitable traspasar, aunque fuera de puntillas, esa frontera del sexo explícito para rozar, aunque solo consistiera en un poco, esa sensación de pareja que añoraba.

Creo que ambos fuimos buenos amantes y es posible que si hubiéramos ido un poco más allá en nuestras noches de sexo y de fiestas en casa de Javier, Sergio hubiera terminado en un mundo al que no pertenecía. Follábamos cada vez mejor, con mejor conocimiento de nuestros cuerpos. Le introduje en el sexo anal y en ciertos aspectos más pornográficos que eróticos. Hicimos costumbre de que se corriera en mi cara, en mi cuerpo y que ya fuera algo normal. Incluso le llevé de la mano a un par de tríos. Uno, en realidad

cuarteto, con Mamen y Nico.

El día que le vi con Mamen supe que yo ya sobraba en su vida. Ni siquiera como su compañera follamiga. Al ver los ojos refulgiendo, al fijarse en una belleza como la de Mamen, comprobar que ella estaba receptiva o al menos muy afín a sus gustos, entendí que Sergio, mi niño, debía volar solo. Y en otros campos ajenos a mi forma de entender la vida. Fui yo quien le presentó a su actual novia. Una compañera guapa y tranquila con la que yo había coincidido en un curso. De inmediato supe que congeniarían. Ella porque buscaba un hombre amable y bueno como Sergio Y él, porque necesitaba una mujer fogosa en la cama, pero con una vida normalizada. Y Virginia era ambas cosas.

Por esa misma razón le pedí a Mamen que no insistiera con él. Sergio se quedó enganchado de ella aquella noche, antes de que ella se fuera con Nico a Ibiza de veraneo. Esos días en los que ella terminó de desatar la libertad sexual que Nico y ella entendieron de forma tan diferente.

Aún me electrizo cuando pienso en Mamen esa noche. Me despertaron sus gemidos y los bufidos de Sergio cuando follaron en el salón ellos dos. Y cuando entraron vi a una mujer bella, guapa, de andar estilizado y sensual. Una mujer que destilaba erotismo solo con mirarte, con moverse, con sentarse. Era elegante, sensual y visualmente inflamaba. Tuve ganas, inmediatamente de saborear su boca, su sexo, en ese polvo anal con Sergio que se avecinaba. Pero ella, que no es lesbiana, ni curiosa, no hizo nada porque sucediera. Más bien al contrario. Pero nunca se me olvidará, cuando en el fragor de la enculada que Sergio, con cadencia y esmero le hizo, rozó sus labios con un ligero beso, mi cadera, justo en mi tatuaje, y me erizó la piel, desde los párpados hasta los dedos de los pies. Fue una especie de calambre, un suave y firme restallido que me recorrió. Y no soy lesbiana. He tenido sexo con mujeres, pero únicamente como complemento, nunca a solas o con intención de adentrarme en ese tipo de relaciones. Pero Mamen era diferente. Esa sensualidad de la que nunca ha sido verdaderamente consciente me provocaba accesos de follar con ella.

Noté su orgasmo, y como Sergio no se había corrido, le pidió que la penetrara hasta que lo consiguiera. Se me aceleró el corazón al ver a una mujer, que con tan poco esfuerzo y trabajo, conseguía encender de aquella manera a mi niño. Y a mí, la verdad. Fue excitante y pleno de morbo, cuando Sergio se corrió encima de mí. Saber que aquel semen no me pertenecía y que

había sido ella la causante del tremendo orgasmo de Sergio, me excitó como pocas veces. Fue algo latigazo inflamado, vibrante, como un relámpago de deseo y de apasionante perturbación.

Como digo, he estado con pocas mujeres; no soy lesbiana y tan solo en algún trío he follado con alguna. Pero con Mamen me hubiera entregado ese mismo día. Lo malo —o lo bueno—, es que nos hicimos amigas y aunque compartimos un día a Sergio y a Nico, y otro a su novio solamente, nunca más sucedió nada. Posiblemente porque la amistad se antepuso al deseo y a la sensualidad de Mamen. Mucho mejor.

## De vuelta.

Aday me quiso llevar al aeropuerto, pero no se lo he permitido. ¿Para qué? Ni él seguramente lo deseaba en realidad, pero su talante comercial y educado es lo que le ha movido a ofrecerse.

He preferido ir sola, a mi aire, saliendo con tiempo suficiente del hotel como para pasarme a ver a mi padre y cerciorarme a través de la monjita, que todo está efectivamente en orden.

Cuando llego, está en un esquina, mirando por la ventana, en silencio. Según me acerco a él se gira hacia mí. Sor Petra le dice con mucho cariño y amabilidad que he venido a verle y que nos deja un ratito a solas. Los mofletes regordetes de la religiosa se estiran en una sonrisa casi infantil cuando se despide de mí.

—Hoy está bastante ido. Es posible que no reconozca el lugar o que se sienta solo en estos momentos. Cójale la mano y hable con él. Es posible que no le responda ni conozca, pero yo estoy segura de que algo siempre se les queda.

Cuando nos quedamos solos, él continúa mirando por la ventana, como si en verdad estuviera ajeno a mi presencia. Veo que está vestido con un pantalón de chándal, pero diferente al que tenía ayer. Supongo que mi madre se habrá acercado a traerle ropa diferente para estar allí. Observo también que está mejor afeitado y peinado. Eso, me digo con tristeza, ya no es obra de mi madre.

—Hola papá —musito cogiéndole la mano, tal y como me ha dicho la monjita.

La noto fría, con una piel que me resulta extrañamente distante. La aprieto ligeramente para intentar que entre en calor. Su camisa está también gastada en los puños, pero huele a limpia y parece, por la falta de arrugas, recién puesta.

—No sé qué decirte... — Él en ese momento me mira. Tiene la vista perdida, extraña. La parte izquierda de su cara está flácida, sin expresión alguna. El ojo de esa parte, me fijo, parece más bajo que el otro. Y el labio le cuelga vencido hacia ese lado ligeramente. No es exagerado, pero se nota. Le

acaricio la cara.

—Nunca estuvimos muy cercanos, papá. Y no has sido un buen padre. Me pagaste, engañaste a mamá multitud de veces y me hiciste sentir una mierda. No sé si me estás oyendo y recuerdas algo, pero todo eso sucedió. —Mi voz es un susurro, como si me lo estuviera diciendo a mí misma en vez de a él—. Pero te veo ahora así, tan débil y abandonado y me muero de pena. No siento haber estado alejada de ti, porque tenía mis motivos. Y sé que los rumores que te han llegado, no me ayudan a que me veas como una hija perfecta y de la que presumir. En el fondo, hago lo mismo que tú. Disfrutar del sexo fuera de mi matrimonio. Y eso me ha llevado al divorcio. Mamá y tú, en cambio, no os habéis separado, pero en tu estado es como si en realidad lo estuvierais. Supongo que sabes que se ve con alguien... —me encojo de hombros—. No se lo puedes reprochar, papá. Ni a mí. No eres el más indicado para hablar de fidelidad... Tengo que esforzarme para tener imágenes cariñosas de ti. Pero sabes, nunca se me ha olvidado ese día que me cogiste en brazos cuando era pequeña en el Balcón del Mirador y que bailaste conmigo una canción que te debiste inventar. Ojalá lo hubiéramos hecho más veces, porque apenas tengo recuerdos buenos contigo. Ese es el único, casi...

Me quedo un momento pensativa. Quizá no es la mejor forma de dirigirse a un padre enfermo, por mucho pasado que nos separara. Pero tampoco puedo callarme. En el fondo siento que una parte de mí viene de esa vida anterior con mis padres. Sin quitarme culpa ninguna, porque sé que soy la responsable última y verdadera de mi forma de vivir, tampoco me puedo olvidar de todo lo que sucedió.

—Todavía me duelen tus bofetadas, papá. Recuerdo perfectamente la quemazón que me produjeron tus golpes cuando te dije que te separaras de mamá y que no la engañaras más. Olías a alcohol ese día... —recuerdo con un escalofrío y con la mirada perdida, ese punto de mi vida pasada—. Y me dijiste que era tan gilipollas como mi madre... —Me enjugo una lágrima, pero mantengo su mano en la mía—. Te odié en ese momento. Y puedo que aún lo haga. La pena que siento al verte no me hace olvidar todo lo anterior, papá. No puedo desear a nadie que sufra como tú lo haces ahora. Pero debes saber que fuiste un verdadero hijo de puta con tu hija... —susurro ya con dos lagrimones recorriendo mis mejillas. Me tengo que callar unos instantes. En mi cabeza revolotean multitud de imágenes y recuerdos, casi todos malos.

Tardo varios minutos en rehacerme. Cuando miro de nuevo a mi padre, él

lo hace a su vez. No sé si me entiende o tan solo busca encontrar algo de mí que le recuerde a alguien.

—Pero todo eso pasó, papá... Ahora solo siento mucha pena por tu estado. Una tristeza infinita, porque aunque no fuiste un buen padre, ni siquiera uno regular, eres el mío. Y aunque no puedo olvidar, sí debo perdonarte. No gano nada con mantener el rencor... Prefiero acordarme solo de ese día en el Mirador... —de nuevo tengo que callarme por la tenazón en mi garganta—. Sabes —sonríó tímidamente—, tengo una amiga, a la que tú y yo debemos mucho, la verdad. Una amiga que se empezó a acostar con algunos hombres fuera de su matrimonio. Como tú... Y la verdad, no engañaba a su marido, porque él lo sabía. Ahí también se parecerían a mamá y a ti. La diferencia es que él, el marido de mi amiga, no lo admitió nunca y se quiso divorciar de ella... —Me detengo de nuevo, sintiendo otra vez el rescoldo de esa bofetada y el insulto de mi padre cuando le increpé y le pedí que dejara de una vez a mi madre—. Violaron a mi amiga en una fiesta... Fue todo traumático. Y aunque ella había sido una hija de puta, papá, no se merecía lo que la hicieron. Nadie se merece una violación. O un ictus y una demencia senil, como te pasa a ti. Ni que se le vaya la cabeza, la memoria y el conocimiento... Nadie. Por muy malo que se haya sido, nadie merece un sufrimiento así. —Miro al techo buscando que mis lágrimas aguanten en los ojos sin salir—. Bueno, el hecho es que —carraspeo para alejar de nuevo la congoja de mi garganta— él, perdonó a su mujer. Luchó por ella, por recuperarla y ahora son muy felices. No sé si ha olvidado, pero sí sé que le ha perdonado. Y que han aprendido a vivir con ello. —Vuelvo a quedarme callada. Mi padre alterna la mirada por la ventana con mis ojos, pero no retira su mano de la mía. Ya está más templada y su piel me recibe mejor—. Yo tengo que hacer lo mismo contigo. Y con mamá. Nunca seremos una verdadera familia, ni quizá comamos o cenemos juntos jamás en Navidad... Soy consciente. Pero no se puede vivir con rencor y odio, papá.

Me acerco a su cara y le beso suavemente en la mejilla. Él se queda mirándome y juraría que intenta hablar con un movimiento de sus labios. Veo un brillo triste en sus ojos durante un segundo. No escucho nada más que algo parecido a un leve ronquido o una respiración más áspera y, finalmente, tras ese leve segundo en que percibo algo de vida en sus pupilas, esta, vuelven a quedar agazapada y escondida.

Entonces, le cojo ambas manos y vuelvo a besarlo en la frente. Cuando me retiro, con una media sonrisa y dos lágrimas en mis ojos, él también tiene

los ojos aguados.

## **La vuelta a la realidad**

En el avión me pude quedar dormida. No es fácil que me pase, pero la noche con Aday, contribuyó a ello. Esa mezcla de cansancio y sentirte exhausta después de dos horas de buen sexo, más el empleado por la mañana al ducharnos, empuja mi lasitud.

En el momento en que me despierto, no soy capaz de tener un resumen claro de lo que ha sucedido en mi visita a la isla. He dejado todo los flecos referentes a mi divorcio firmados y dispuestos, así como la estancia de mi padre en la residencia. He follado con otro desconocido y me he atragantado de llorar. Todo muy intenso y complejo.

El avión va con la mitad del pasaje. Hay silencio y la gente no habla. Miro por la ventanilla. Está anocheciendo en Madrid y apenas quedan unos minutos para aterrizar.

La pista está mojada y llueve de forma muy leve. Comparado con Las Palmas, hace frío y humedad. Aquella sensación me hace sentirme sola. Y si sumo que nadie va a estar esperándome, es aún mayor el golpe de realidad.

La noche con Aday es el resumen perfecto de mi vida. Sin necesidad ninguna, y con una relativa tranquilidad y relajación, terminé en la cama con un hombre desconocido y que, en realidad, no significa nada.

Mientras avanzo en los solitarios pasillos del aeropuerto, me viene a la memoria aquel chico en el baño en mis primeras semanas en Madrid. Y también regresan las imágenes de varios con los que, sinceramente, nunca tuve la necesidad ni el impulso de acostarme.

Y la pregunta es simple. ¿Entonces, por qué? Me acuerdo en ese momento de mi padre. De sus infidelidades, de Ernesto, de mi sempiterna sensación de animal solitario. De las fiestas de Javier, del equipo de antidisturbios. Y es entonces cuando llego a la misma conclusión de siempre. «Soy así», me digo. Está en mi naturaleza, en mi manera de vivir o incluso, en cómo entiendo que mi vida debe discurrir.

No sé si es instinto o alineación consciente. Y mientras voy por el pasillo

del aeropuerto, semivacío a esas horas de domingo, voy pensando en que no debo tampoco torturarme. En realidad, no hago daño a nadie. Salvo, quizá, y a la larga, a mí misma.

Llego a mi casa tarde. Falta poco para la medianoche. Cansada, en parte descontenta conmigo misma y parcialmente relajada por la nueva situación de mi padre. Cuando salgo de la ducha con la intención de cenar algo ligero e irme a la cama, enciendo el móvil. Ni me había acordado de que lo llevaba en el bolso durante el viaje, apagado. Ni siquiera en modo avión. De inmediato, suenan los pitidos de varios mensajes. Miro quién me los ha mandado. Dos son de Mamen, casi seguidos, y que me pregunta si ya he llegado, si estoy bien y que la llame mañana para charlar o tomar un café cuando pueda. Otro es de una compañera que me pide un cambio de servicio para dentro de cinco días.

Y tres, son de Álvaro.

*Ola, preciosa. K ase?*

*Stas ya aki?*

*Dime algo wapa*

Me pone un poco enferma que un hombre de cuarenta años escriba como un adolescente, pero Álvaro es así. Rudo, divertido e inmaduro a partes casi iguales.

No le contesto, pero me hace pensar. Pensar en él, en mí. En nosotros y en lo que significan esas tardes y noches de sexo. Sonrío cuando me percató de que solo me imagino su polla o su cara cuando me penetra con fuerza y decisión. Mi entrega, mi pasión. Gemidos, fluidos y sexo. Solo tenemos sexo.

En realidad, Álvaro no se diferencia de otros muchos. Puede tener puntos mejores en lo referente a nuestra conexión en el sexo. Pero, aparte de eso, nada más. Sin embargo, es con él con quien estaba cuando mi marido me llamó para anunciarme su deseo de divorciarse. Y por ese sexo que nos une, no cogí el móvil y Ernesto tuvo que ponerme un mensaje. Ese que me dejó impactada, sin aire y con la sensación de que vida discurría por derroteros inciertos.

Me levanto y miro por el ventanal de la terraza. Es medianoche y apenas pasan coches o peatones. Como sigue lloviendo ligeramente, la sensación es de frío y humedad. Lo abro y dejo que, en efecto, esa lengua fresca y mojada me llegue a la cara. Siento las gotas, no muchas y todas finas, en mi piel. Cierro los ojos y apoyada en la barandilla de la pequeña terraza de mi

apartamento, pienso en mí.

Me viene Aday a la cabeza. La buena noche de sexo en Las Palmas, recién firmado el divorcio. Y apenas unas horas después de que se formalizara la vida de mi padre en la residencia. No sabría definir ni especificar la razón, pero no me parece lo más adecuado. No es que tenga más importancia de lo que realmente ha sido, pero por algo, algún prejuicio, me sigue pareciendo desacertado. Pero solo ha sido un hombre y una mujer disfrutando de sus cuerpos y de su sexo. En realidad, no veo problema en ello. Pero algo en mi cabeza me dice que la senda por la que transito desde hace más de cuatro años, cuando me vine a Madrid, está llena de espinas en la conciencia.

Podía haber evitado acostarme con Aday. Y con el primer chico de mi estancia en Madrid en aquel baño de ese pub, y al que no había vuelto a ir. Lo mismo, también hubiera sido evitable Javier o Sergio. Y la misma Mamen, ¿por qué no?

Me paso la mano por mi cara mojada. Aprieto un poco más los párpados dejándome llevar por la suave lluvia y la ligera brisa que enfría. Sinceramente, no sé si hago bien. Si esa búsqueda de sexo por sexo es positivo, negativo o simplemente, mi forma de vida. La consecuencia es que no tengo apenas amigas ni amigos. Y aunque parece todo lo contrario, tengo una vida social muy limitada, que se ciñe a camas y pieles ajenas.

Suena de nuevo el móvil. Un nuevo mensaje de Álvaro, que seguro ha visto que los dos *ticks* de lectura de su mensaje brillaban azules.

*Stas?*

Sonrío, pero continúo con la lluvia en mi cara. Siempre, desde pequeña, y quizá empujada por el buen tiempo de mi tierra, he asemejado a la lluvia con la soledad. No sé si esa sensación es común en la gente o solo mía.

Tiemblo ligeramente por la humedad y la brisa. Entro de nuevo en mi casa y me seco. Cojo el móvil y estoy sentada en el sofá, a oscuras mirando la pantalla durante unos minutos. ¿Qué debo contestar? O acaso, ¿es necesario que lo haga?

No quiero reflexionar más. Tampoco me lleva a ningún sitio dar vueltas a las cosas como si estuviera cometiendo un crimen o una falta grave. Vuelvo a temblar ligeramente y decido cambiarme la camiseta no me vaya a constipar. El roce del tejido de algodón seco en mi piel es suave y agradable. En

contraposición a la lluvia, me siento protegida o a resguardo. Me seco el pelo y me pongo ya el pijama por completo, dejándome la camiseta. Me acerco a la cocina y caliento un poco de leche en el microondas.

Me lo llevo al salón y enciendo el televisor. Voy pasando por varios programas sin detenerme en ninguno. Ni me apetece ver una película, ni son horas para estar mucho más tiempo despierta. Mi turno del día siguiente empieza por la mañana y no quiero llegar a la comisaría con mala cara.

Cuando me voy a levantar para irme a la cama, vuelve a encenderse la pantalla con un nuevo mensaje de Álvaro.

*Wapa, m ape muxo vrt mañana  
Porfi, dime q si*

En ese momento, me imagino otra tarde más de soledad en mi apartamento. De películas, ejercicio adicional, running, pesas, gimnasio y poco más. Un nuevo día sin tomar un café con nadie, sin conversación intrascendental, sin risas por cualquier cosa banal y sin complicidad con nadie.

Claro que puedo llamar a Mamen o a Isabel. Pero ¿sería justo? Me digo que no puedo utilizarlas siempre para huir de esa soledad que ya empieza a atenazarme. Ellas tienen una vida sencilla y normalizada. Yo, en absoluto.

Quizá, pienso, el sexo es mi enganche a la realidad. A una vida que yo he elegido y que me resulta muy difícil de combatir. No me engaño. Sé cómo hacer para evitarlo y tener otras distracciones. Es tan simple como apuntarme a unas clases de canto, de pintura, un club de lectura, bailes de salón o acudir a terapia. Cualquiera me podría sacar de la espiral de amistades de cama y sexo. Sí, lo podría hacer.

Sonrío con tristeza mientras le contesto a Álvaro. Luego, un instante después, me prometo a mí misma que tengo que cambiar de rumbo.

Un día de estos...

«Él»

Salgo del hotel nada más terminar de follar con Álvaro. Ha ido como siempre: muy bien. Sexo de impacto, descarnado y con el fin de gozar. Y lo hice, más que con Aday. Recuerdo por un momento a Ernesto y vuelvo a decirme que tenía toda la razón al divorciarse de mí. En su lugar, cualquiera hubiera hecho lo mismo.

Me siento en mi coche y me dispongo a ir a mi casa. Hoy también llovizna ligeramente y al día es desapacible.

Sucede en un semáforo. Cruza, guareciéndose con las solapas, un hombre de aspecto muy varonil. Va sin paraguas, embutido en una gabardina y un traje de muy bien aspecto. Entonces, algo me hace acordarme de «él»...

Sería tonto no admitir por mi parte que desde que ya no quiso saber nada más de mí, mi vida tuvo un desequilibrio. No es que fuera mental, y ni siquiera emocional, pero experimenté un cambio. Si tuviera que calificarlo, se trataría de algo más de tipo vital que de lo anterior. No creo demasiado en los enamoramientos. Sé que existen y lo he comprobado con mis dos amigas. Pero en mí, por alguna causa, no funciona. Creo que es porque termino cansándome de las cosas en general. Con esto no quiero decir que las personas sean meros entes que pasan por mi vida y se van. Me encariño con ellas, soy capaz de unirme en un sentido que va más allá del sexo. Me pasó con Sergio y, en cierta medida, con mi marido al principio. Pero también es verdad que no encuentro la manera de fortalecer los lazos, de tal forma, que se terminen convirtiendo en suficientemente fuertes y emocionales como para plantearme la vida en común.

Pero con «él», todo fue diferente. Y no es que me enamorara. Era imposible, la verdad. Estaba divorciado y no parecía querer adentrarse en una nueva relación todavía. Viajaba mucho y apenas teníamos tiempo para vernos. Así, es muy complicado forjar algo. Y además, la forma de conocernos y de acercarnos, tampoco presagiaba nada que fuera distinto al resto.

¿Entonces qué es lo que cambió? ¿Por qué sé que él ha sido tan importante y decisivo en mi vida? Sencillo. Provocó un pequeño terremoto en mí e hizo que me replanteara, por primera vez, que mi vida estaba yendo por un camino incierto y complicado para mi futuro.

Recuerdo a Michel como un hombre atractivo. No guapo ni de facciones perfectamente pulidas. Tampoco era de cuerpo excelso, ni de gimnasio. Ni puedo decir que fuera el hombre más cariñoso o divertido del mundo. Pero tenía algo. Irradiaba seguridad en sí mismo. Le rodeaba una especie de aura que le convertía en un hombre interesante, de fácil conversación, con

pensamientos y reflexiones rápidas y certeras. Un hombre que transmitía comodidad cuando se estaba con él. En definitiva, un hombre con quien, por primera vez, me planteé intentarlo.

La verdad, debería definir bien qué fue exactamente lo de intentarlo. En aquel entonces yo había terminado con Javier. O prácticamente. Mi jefe y yo nos veíamos cada poco, sin temporalidades establecidas ni encuentros consensuados. Nos veíamos en el gimnasio o en los briefings y con mirarnos, sabíamos que ese día terminaríamos en la cama. No había complejidades, ni preguntas, ni respuestas.

A Michel le conocí en un fiesta a la que fui invitada por una compañera que había dejado el Cuerpo y se dedicaba en ese momento a la Seguridad Privada, siendo jefa de equipo en una empresa con bastante buen nombre y asentamiento en el mercado. Fui, en principio, porque estaba aburrida. Javier, aquel día no se había mostrado receptivo y yo, por otra parte, tampoco había estado muy comunicativa. Tuvimos una intervención bastante complicada con unos okupas peligrosos en donde nos habían tirado botellas, piedras, tornillería, latas de refrescos llenas robadas de un supermercado, macetas y adoquines.

En realidad, estaba cansada. Y puede que cabreada. Nos habían abucheado, insultado y nadie parecía entender que nuestra labor era la de desalojar por orden judicial un inmueble ocupado. No entrábamos en valoraciones ni en ninguna disquisición. Nos enviaban, y punto. Aquel día, terminaron tres compañeros heridos, uno de ellos con una fuerte contusión en un brazo que le dejó un esguince de muñeca y una baja de quince días. Otro con un golpe en la cabeza de una pedrada que le abolló el casco y tuvo una conmoción. El tercero, de un ladrillazo en una pierna con un esguince de rodilla. Hicimos seis detenidos. Y según el facultativo que los examinó, ninguno mostraba signos de golpes ni de palizas, como, además, se nos anunció que demandarían. Tampoco tuvimos una felicitación de los políticos, y tan solo los mandos nos dijeron buenas palabras. Hubo incluso, un concejal de la izquierda radical que instó a que nos expedientaran por exceso de fuerza y abuso policial. Un abogado inició la causa, que no prosperó, pero no porque los políticos nos defendieran lo más mínimo.

Fui a la fiesta, como digo, cansada. Mi amiga había invitado a otras dos compañeras, también del Cuerpo, pero no en mi destino. Una en Seguridad Ciudadana y la tercera, ya subinspectora, en Atracos. Debo confesar que me

vino bien la fiesta. El ambiente era distendido, sin caras conocidas y nos podíamos lucir con vestidos que no solíamos utilizar habitualmente. Al menos, nos reímos, charlamos de cosas sin importancia y nos tomamos un par de copas de vino y varios canapés que nos hicieron la velada agradable.

En un momento dado, se me acercó un hombre. Era moreno, de estatura media y rostro perfilado y anguloso. Eso me hizo figurármelo delgado y fibroso. Tenía unos cuarenta años. Quizá alguno más, pero se conservaba bien. Sus pocas canas le daban, además, un cierto toque de madurez atractiva. Me miró un momento cuando coincidimos en la barra. Yo pidiendo una nueva copa de vino blanco y él una de tinto.

—Prefiero a las mujeres que toman vino a cerveza.

Hablaba un español perfecto en cuanto a la construcción sintáctica, pero dejaba entrever un ligero acento gutural. En seguida me imaginé que era francés o tenía ascendencia de allí.

—La verdad, no entiendo mucho de vinos. Solo si me gustan o no — contesté entre evasiva y cordialmente educada.

Sonrió. Y sorpresivamente, se alejó buscando a una mujer que debía ser alguien importante de la empresa porque atraía bastante la atención sin ser nada llamativa y tampoco elegante. Luego me enteré, por mi compañera, que ese hombre era el director general de la empresa y ella una de las dueñas a través de un fondo de inversión privado y familiar.

La velada transcurrió sin mayor interés, salvo que me distrajo enormemente de aquel día tan complicado y difícil. Cuando me iba a ir, ya cansada y deseando llegar a mi casa, volví a verle. Me miró y se acercó.

—¿Ya se va?

Me sorprendió que me llamara de usted. Aquel detalle me hizo volver a pensar en que tenía raíces francesas.

—Sí, ya es hora. Mañana tengo que madrugar.

Asintió despacio mientras me miraba a los ojos, sin titubeos ni palabras de más.

—Una pena. ¿Puedo llamarla algún día?

Sonreí y meneé la cabeza, pero él no varió el gesto. Era una media sonrisa. Bien dibujada en un rostro de barba modernamente afeitada, pero que se adivinaba dura y cerrada. No le contesté inmediatamente, pero mantuve mi sonrisa.

—¿Para qué? Tengo la sensación de que pertenecemos a mundos muy

diferentes, ¿no le parece? —terminé diciéndole también con una sonrisa por mi parte.

Se quedó callado y continuó con esa pose que, al contrario de lo que pudiera parecer, no era ni sobrada ni chulesca. Más bien, al contrario. Irradiaba, como he dicho antes, seguridad y comodidad.

—Podríamos tomarnos un vino. Simplemente eso. El vino une mundos muy dispares.

No dije nada, mantuve mi sonrisa mientras me colocaba mi cazadora que había dejado en el guardarropa, y comprobaba que en el bolso estaban las llaves de mi coche. Me di la vuelta, pero giré la cabeza para verificar que continuaba allí, con su media sonrisa y esa expresión de control.

—Le prometo que no se aburrirá.

En ese momento se cerró el ascensor, bajé a la planta baja y recogí mi coche del parking de la empresa. Admito que pensé en él durante unos minutos. Me había hecho sentirme bien. No había sido un hombre de los que quieren ligar con frases hechas, ni a través de un físico atractivo y estimulante. Pero también he de admitir que, pasados unos minutos conduciendo, se me fue de la cabeza.

Llegué a mi casa y me dormí en cuanto puse la cabeza en la almohada. Nada presagiaba que aquel hombre, iba a ser... «él».

## Al día siguiente...

En efecto, recibí una llamada a última hora de la mañana. Era mi amiga, la que trabajaba en la empresa de seguridad.

—Tania, has ligado, guapa —me decía en medio de una media carcajada.

Yo, en ese momento, que me estaba quitando el uniforme para darme una ducha después de más de dos horas de ejercicio programado de toda la unidad, no entendía a qué se refería.

—Me ha dicho si le puedo dar tu teléfono, pero que antes te lo dijera a ti. Que si no quieres, vamos... que se olvida.

—¿Pero de quién se trata? —Una vaga idea de que pudiera ser aquel hombre, empezaba a formarse en mi cabeza.

—Michel Etxabary. Es el director general de la empresa. Con quien estuviste hablando un rato ayer. ¿No te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. —Sonreí—. Y qué quiere, ¿darme tu puesto de trabajo y cobrar el doble de lo que gano ahora? —Reí con ganas.

—No sé. Solo me ha comentado eso. Que si te puede llamar. Es un tipo muy educado. Me ha pedido tu teléfono, porque sales en la lista de invitados. Pero que si no te interesa, nada. Se olvida. Tía, es un partidazo —reía ella también—. Español por parte de madre y padre vascofrancés. Divorciado, cuarenta y tres años, gana una pasta y es un tipo muy amable con la gente. Un poco serio, eso sí.

—¿Le tienes fichado? —Mi excompañera estaba soltera desde hacía seis meses. Su pareja y ella rompieron tras casi dos años de vivir juntos.

—Hombre, qué quieres que te diga. Deformación profesional, reina. ¿Te paso el expediente? —continuaba riéndose.

—No sé...

—Chica, prueba. ¿Qué pierdes? Seguro que te lleva a cenar. No es de los que aquí te pillo, aquí te mato. Para que te hagas una idea, no nos mira las tetas a ninguna. Es muy cortés y educado, para variar.

Y de esa forma, entró en mi vida. En ese momento, con Javier y yo apenas viéndonos, con Sergio aún sin entrar en mi vida y Ernesto lejano, me dije que

no perdía nada con acudir a cenar con él.

La primera vez, me esperaba un restaurante caro. De esos que impactan por la fastuosidad, el lujo, los precios o la gente que acude. Y debo decir que hasta en ese detalle, me impresionó.

Me fue a recoger. Yo me había vestido de forma elegante, pero si excesos. No me había dicho dónde me llevaba ni yo tampoco quise preguntar. Por eso, iba vestida casi como para poder ir a cualquier sitio. Un pantalón de Zara, azul marino, pitillero y que me marcaba la silueta, una camisa blanca y una americana muy entallada de color corinto. Botines negros de tacón alto y peluquería de esa misma tarde. Pañuelos, pulseras y alguna sortija. Pero nada excesivo. Ni mi sueldo ni mi forma de vestir van con los complementos recargados.

Su coche era un SUV de los que ahora están de moda, pero no de una marca cara. Ni tampoco su vestimenta. Buen corte, seguramente tampoco barata, pero sin que las marcas resaltaran.

Me esperaba fuera de su vehículo, de pie. Recuerdo su sonrisa cuando me abrió la puerta del coche, su conversación intrascendente pero amena una vez dentro de él y una seguridad en sí mismo que, de inmediato, me gustó. Michel es un hombre simpático. No gracioso, pero entretenido de charla y con bastante expresividad en los gestos. Sobre todo, los ojos. No tenía ningún rasgo que sobresaliera, ni era guapo en el término exacto de la palabra. Sin embargo, sí era atractivo. Cara varonil, expresividad agradable, amigable, cercano y con una batería de temas para charlar casi inagotable.

La cena fue muy interesante. No se trató de un restaurante excesivamente caro, pero sí de bastante creatividad en los platos. Le conocían, y seguramente, el trato que nos dispensaron fue más atento de lo normal. Pero debo confesar que no hubo camareros agobiantes, ni de continuas preguntas sobre si la comida estaba bien, mal o de nuestro gusto. Fueron solícitos, pero discretos.

Eligió un vino que me sorprendió por su finura. No tenía una carga excesiva de barrica, y su aroma y gusto me impresionaron. No he sido nunca mucho de vino, hasta que le conocí a él. Luego, con Isabel, que sí es cierto que entiende y dispone de una buena bodega particular, me he ido aficionando un poco más. Pero hasta ese momento, solo entendía de los que me gustaban y las diez o doce marcas que todo el mundo conoce.

Hablamos de él, de mí, de su familia. Estaba divorciado desde hacía un

año y medio. Su mujer continuaba con la persona por la que le dejó y los hijos iban y venían en un régimen de visitas normal y ajustado a lo que en ese momento se establecía por los jueces españoles.

A pesar de que le engañaron, no habló mal de su exmujer. Ni siquiera bien, lo que hubiera sido un detalle sospechoso a la hora de saber si de verdad había superado la separación. Fue, como todo él, educado y discreto.

Yo le oculté que estaba casada. Si le dije que tenía pareja en Canarias, pero algo sin compromiso ni esperanzas. Que ambos, además, hacíamos nuestra vida sin estar atados. Incluso, cuestión que me sorprendió, le confesé que no había futuro en esa relación. ¿Por qué lo dije? No lo sé. Hoy pienso que quizá me traicionó el subconsciente, que yo en el fondo ya vislumbraba desde mi llegada a Madrid que mi relación con Ernesto iba camino del fracaso. O, simplemente, puede que en mi interior aquel hombre me empezara a gustar antes de lo que yo misma me imaginaba.

El caso es que terminamos la cena y yo estaba dispuesta a pasar la noche con él. Me había gustado su forma de tratarme, de hablar, conversar. Su educación, su sonrisa y sus maneras cautas, moderadas y tranquilas. Sus ojos, oscuros, me miraban con atención cuando yo hablaba. De una forma atenta y a la vez interesada.

He estado con muchos hombres que te desnudan con la mirada y te sientes atosigada. Michel también lo hacía, pero de una forma que se podría definir como eróticamente interesante. No te sentías desnudada, sino acariciada. Puede que fuera la mezcla de sonrisas, miradas, conversación adecuada... O simplemente que en ese momento yo lo vi así.

Nos levantamos y tomamos una copa en el mismo sitio. Y el acercamiento, inevitablemente, fue más intenso. Sin presión, ni prisas. Comedido pero constante. Sin temor a equivocarme, me pareció en ese momento un hombre que sabía mantener el pulso y las reacciones bajo control. No era un joven con ese ímpetu de macho reciente que muchas veces ocasiona que se obligue a demostrar su poderío alfa en cada momento.

Nos besamos en el coche. Cuando me abrió la puerta para que yo entrara. Y tampoco fue un beso apasionado de lengua en la campanilla. Pero como durante toda la noche, tuvo la intensidad adecuada.

Nos fuimos a su casa. Un adosado en una zona noble de las afueras de Madrid. Durante el trayecto hablamos poco, pero sí sonreímos. Ambos sabíamos que las palabras, en ese momento, casi estorbaban. No teníamos que

justificar nada, ni explicar nuestra querencia. Sencillamente, queríamos acostarnos el uno con el otro y sentir si esa conexión que se adivinaba era real o solo momentánea.

### **Aquella noche...**

Ha pasado algún tiempo de aquello. No tengo claro si me enamoré o prendió en mí algo que se podría asemejar a ello. Soy más de vivir los momentos. No he tenido la experiencia de una relación larga e íntima como para poder comparar, salvo Ernesto, sin que, esta además, pudiera servir de parangón. Y tampoco sería acertado que me basara en simples noches de cama con otros hombres.

Aquella noche, me hizo el amor más que follarme. Fue tierno y casi mimoso. Eso no quiere decir que lo sintiera muy adentro, muy intenso. Y tampoco me estoy refiriendo a que le faltara fuerza, ímpetu, ganas... No. No es eso. Michel fue un amante bueno, pendiente de reacciones y placeres. Atento a la forma de moverme y de sentir su hombría. Fue un caballero en la mesa y en la cama. Un hombre dispuesto a gozar, pero sin olvidarse de la mujer que está con él. ¿Cuántos hombres se han acostado conmigo y tras diez minutos de caderazos sin la ritmo adecuado para ambos, han terminado corriéndose sin dejar la más mínima huella en mí? Más de los que una se imaginaría en un principio de su vida. Por desgracia, eso existe. Y sé de mujeres que también solo buscan su orgasmo sin la complicidad o el morbo necesario para que la noche sea recordada. Lo sé por compañeras, incluso casadas o con pareja, que aunque sea esporádico o accidental, su meta es alcanzar un placer que linde entre lo animal y lo prohibido.

Sé que tengo fama de devora hombres. Y, sí es posible que lo sea, es verdad. Pero también me gusta la complicidad, alargar los momentos, compenetrarme con quien estoy en la cama para que la sensación de placer y de disfrute sea más que física.

Y es curioso porque Michel no le calificaría como excelente en su técnica amatoria, por así decirlo. No puedo decir que fuera un amante formidable. Sí bueno, pero más por ese complemento de complicidad que por la potencia

sexual. He gozado de hombres jóvenes con cierta experiencia con los que llegas a límites de placer asombrosos. Pero, se queda en eso. En la animalidad.

Tampoco era un hombre muy dotado. Su polla era normal, su cuerpo acorde a unos cuarenta y algo de años cuidados, pero ya alejado de las esculturas de músculo y fuerza de alguno de mis compañeros antidisturbios. Ni siquiera su aguante era formidable. Curiosamente, la esencia de Michel es que era un tipo normal en lo físico y muy especial en el trato. Y por eso, quizá, funcionó. El hecho es que la absoluta e impactante realidad, se convirtió en alguien muy importante. Fue... «él».

Aquella noche disfrute de una manera que podría calificar, como casi nueva. Más semejante a mis primeros años con Yeray, al guardia civil o a Sergio, que a Javier, Aday o al chico de aquel baño en la discoteca. La mezcla de besos, caricias, lenguas y dedos que utilizó Michel, me hizo sentirme muy mujer. No hay muchos hombres que sepan hacerlo bien con la boca en nuestros pubis. La realidad es que ni la mitad sabe cómo acompañar la lengua y los dedos a nuestro ritmo de disfrute. Michel, que posiblemente no era tampoco un experto, en cambio, sí es inteligente. Optó por lo más práctico: se dejó guiar por mis reacciones. Supo, o acertó, sacarme la tensión previa al orgasmo. Mantenerme en ese estado de excitación durante bastante tiempo y que hizo que deseara alcanzarlo continuamente.

Fue mañoso más que bueno. Tierno y compenetrado con mis ojos, mis suspiros, mi cara, mis demandas. Me erizó la piel con el roce de su lengua en mi clítoris. Una docena de veces, haciéndome subir y bajar, provocándome con cada roce la necesidad de llegar a clímax. Suspiré, le rogué, le conminé a que terminara con mi cuerpo extendido, mi cabeza hacia atrás dejando que me recorriera la sensación de gusto y excitación.

Me besó y yo absorbí toda la esencia de mí misma con un intercambio de lenguas casi feroz. Busqué su sexo con mi boca e intenté acompañar y acoplar mi excitación con la suya. Me dejó hacer mientras suspiraba y yo notaba la tensión de sus músculos. Pude hacer que alcanzara el orgasmo en poco tiempo. Soy buena con una polla en la boca, y mi experiencia me delata y me lo confirma, pero por algo, quizá sus caricias, sus movimientos, sus besos intercalados, me concentré en que, de la misma forma que él había hecho

conmigo, no decayera su excitación en ningún momento.

Los hombres no son como nosotras. Sí, todos nos corremos, pero lo nuestro es creciente y lo de Michel, como he podido comprobar en muchos hombres, casi explosivo. Por eso, tuve cuidado de no provocar que llegara a su clímax de forma rápida. Lo quería para mí. Y fui yo misma la que me tumbé y, con la mano, guie su polla a mi pubis. No dejé de mirarlo en ningún momento, diciéndole con mis pupilas que quería que se derramara en mí, que quería sentir su explosión con la mía.

Empezó algo más rápido de lo que me hubiera gustado, pero fui capaz de acompañar sus caderas a las mías. Nos besábamos cada vez que su pene se introducía con profundidad en mí. Cada acometida la acompañábamos de una caricia, de una beso en mis pezones, de un roce o jugueteo de nuestras lenguas.

Me sentí cercana a mi orgasmo e intenté controlarlo para que la sensación fuera mayor al alcanzarlo. Dejé escapar varios gemidos y suspiros entrecortados que ayudaron a que Michel también avanzara en su disfrute. Me sentía bien, destensada, con una exquisito calambre que se me avecinaba.

En ese momento, él llegó antes que yo. Dio un primer e intenso gemido que se le ahogó mientras cerraba los ojos y se concentraba en su placer. Un instante después, se apoyó con las manos en la cama y arqueó la espalda mientras soltaba un nuevo bufido largo y profundo, y hundía un poco su masculinidad en mí. Mantuvo los ojos cerrados y el cuerpo tenso como la cuerda de un arco. Me miró entonces, adivinó mi proximidad al éxtasis y continuó empujando al cabo de un par de segundos, con un ritmo levemente creciente tras correrse. Noté sus temblores, sus espasmos por el roce en su polla recién corrida. Aquella visión me estimuló y segundos después, grité de placer, engarfiando las sábanas con mis uñas y notando su piel levemente sudorosa por el esfuerzo.

Cuando terminé, me quedé un momento laxa, dejando que el orgasmo se me fuera diluyendo con lenta tranquilidad. Cuando ya estuve totalmente relajada, abrí los ojos. Entonces él me sonrió y me acarició la mejilla izquierda. Nos besamos mientras ambos respirábamos con intensidad y un cierto brillo en los ojos.

No lo supe en ese momento, y tampoco lo sospechaba en absoluto. Pero aquella visión de él sonriéndome tras mi orgasmo y la caricia en mi cara, ya nunca se me ha borrado...

Volvimos a gozarnos uno a otro al cabo de una hora en donde nos

tomamos un refresco y charlamos del vino y de alguna otra cuestión que no recuerdo. Fue, seguramente algo sin la más mínima importancia, insustancial. Pero sí tengo las imágenes de mí misma sonriendo y disfrutando de una noche en la que, además del sexo, tuvimos una especie de conexión. Sé que puede parecer absurdo o banal. Que las cosas no surgen así, de una manera tan sencilla o casual. Pero a mí me sucedió. No fui consciente en ese momento, ni me percaté de que esa noche iba a marcarme de alguna forma. Ni siquiera tuve esa intuición femenina que nos suele avisar de las cosas buenas o malas con antelación. Michel, esa noche, fue un hombre más, pero con la peculiaridad de que me había hecho pasar algo más que un buen sexo.

Por aquel entonces, tan solo Sergio había conseguido algo parecido. No quiero remontarme a mis años de tardía adolescencia, ni de principios con novios o parejas en donde se confunden tantas cosas, como el cariño con la posesión o la complicidad con gustos similares. Y tampoco Ernesto, con el que mantenía el hilo de unión basado en el respeto y la gratitud.

En cierta medida es triste que tan solo una vez en mi vida alguien me haya provocado aquella sensación de bienestar. Porque, en el fondo, era eso: bienestar.

En ese momento no me di cuenta. Y, la verdad, he tardado bastante en hacerlo. Mi equilibrio, a pesar de toda mi experiencia, no está en las camas que visito. O no solo en eso, al menos. Mi fiel de la balanza busca un cariño que no he sabido encontrar y que vi y noté en esa sonrisa y esos dedos que acariciaron mi mejilla en la primera noche que pasé con Michel. Sí, sin duda, era «el»...

Sin embargo, nunca tuvimos la ocasión de bailar juntos...

**Nunca te lo he contado...**

Hace una semana estuve de nuevo con Álvaro. Y fue lo mismo. Sexo de apriete, compulsivo. El sexo de siempre. Quedamos un viernes y nos fuimos a tomar unas copas. En principio, y aunque sabíamos que terminaríamos en la cama, mi pretensión era hacerlo de forma más tranquila. Más de pareja que salen a tomar algo y luego se acuestan. Es decir, dar tiempo a poder charlar o simplemente disfrutar del paso de las horas con alguien.

Pero no fue posible. No por él. O concretando más, no todo por él. La mitad de la culpa fue mía y sé la razón. Álvaro no es un hombre de conversación. Ni siquiera de fútbol o de cosas intrascendentes. Aunque puede ser que no lo sea conmigo y sí con otras personas. El hecho es que nos fuimos a su casa pronto.

A las doce, después de la primera copa rápida, ya estábamos desnudos. Yo, arrodillada, con la boca llena de él. Él con sus manos en mi cabeza empezando a mover las caderas a ritmo y gimiendo deseoso de gozar.

—Sigue, sigue...

Yo solo escuchaba su voz susurrante mientras me abandonaba de nuevo a ese sexo tempestivo y voraz que tanto nos unía a los dos. Recuerdo que me alzó y me llevó a la cama tumbándome en ella. Durante unos minutos estuvo con su boca y su lengua en mi pubis y clítoris. Con fuerza, lamiendo, chupando, jugando con sus dedos. Como Michel, tampoco era un experto. Y la diferencia entre ambos era que Álvaro no estaba pendiente de mis reacciones. Se concentraba en conseguirme placer pero solo teniendo en cuenta sus movimientos y experiencia.

La verdad es que no puedo quejarme, pero por alguna razón, recordé a Michel en ese momento. Incluso a Sergio. Y, aunque cerré los ojos para sentir las oleadas de placer, no conseguí alejar esas imágenes de mi cabeza.

Pasados esos minutos, fui yo la que empezó a cabalgarle. Primero más despacio, luego más rítmicamente. Mirándole a los ojos, retadora y desafiante. Gimiendo, encima de él, mientras él continuaba alternando suspiros, bufidos y frases.

—Sí... sí... Tania, joder, joder... Sigue. Dios, qué buena eres...

Me dejé mordisquear los pezones, el cuello. Juntamos nuestras lenguas, pero no dejé que me volteara para penetrarme en el misionero. Quería ser yo la que consiguiera sacarle todo. Me veía extraña, dominadora. Él empezó a

alternar sonrisas y a cerrar los ojos. Abría la boca, emitía gemidos y me agarraba con fuerza de las caderas.

Yo seguía hundiéndome en su polla. Una y otra vez. Alternando ritmos y movimientos. Siempre con la mirada fija en él. Con, incluso, una media sonrisa. Puse sus manos en mis pechos y arqueé la espalda dejando que los abarcara con la palma completa de sus manos. Eché la cabeza atrás al sentir que yo también estaba próxima. Apoyé mis manos en su pecho y continué moviéndome sobre él. Mis ojos ahora estaban cerrados, mi cuello echado hacia atrás. Sus dedos me pellizcaban los pezones. Aumenté el ritmo cuando supe que iba a alcanzar el orgasmo y, finalmente, me hundí todo lo que pude en Álvaro mientras emitía un gemido largo, profundo, intenso...

—Sigue, sigue, sigue... no pares, joder, no pares... —me rogaba también próximo a su clímax.

Me descabalgué con rapidez, le quité el condón, lanzándolo a cualquier parte y empecé a chupársela mientras los últimos resquicios de mi orgasmo iban difuminándose. Con la mano derecha le acaricié los testículos, durísimos y prestos a explotar y cuando empezó a tensarse su polla la engullí por completo saboreando la mezcla de mí y de él en una serie de espasmos, que acompañaron a los gemidos de Álvaro que fueron en aumento a medida que se corría.

El segundo polvo fue parecido. Mismas reacciones, embates, animalidad sin contener y sensaciones. De nuevo quise arrancarle el orgasmo. Y no exagero con esa palabra. Esta vez fue a gatas sobre la cama, pero él con el cuerpo apoyado en el cabecero y siendo yo la que hiciera que su polla entrara y saliera al ritmo que yo marcaba. Y otra vez su semen en mí, en mi pecho, en mi vientre y sus dedos consiguiendo llevarme al placer a base de pulsaciones casi frenéticas mientras yo continuaba bañada por él.

Cuando terminamos, respiramos agitados, complacidos. En buena medida exhaustos, pero agradecidos uno al otro por el sexo que nos habíamos proporcionado. Él, entonces, mientras yo me iba al baño a limpiarme, ojeó su teléfono y contestó a un par de mensajes atrasados. Yo, una vez duchada, hice lo mismo.

Minutos después de que él saliera de la ducha y a la vez que yo terminaba de vestirme, me rodeó por la cintura y me besó en el cuello.

—No conozco ninguna mujer que folle mejor que tú, preciosa.

Me volví y le acaricié la cara. Nos dimos un corto beso en los labios y

salí de la habitación.

—Mañana tengo servicio —le dije como excusa para salir rápido de la habitación del hotel. No era verdad.

Mientras conducía intenté pensar en qué era lo bueno que me podía unir a Álvaro en el caso de que terminara siendo mi pareja. Sonreí con tristeza. Solo teníamos en común un sexo fantástico. Nada más...

Hoy no he ido a ver a Álvaro. Como me ha sucedido con muchos, la chispa se ha ido apagando. No me engaño para nada y soy muy consciente de que cuando algo se basa solo en el sexo, indefectiblemente, termina por sucumbir.

No hay una razón por la que hoy no me apeteciera estar con él. O al menos, no hay un por qué concreto. Es posible que me esté llegando algo de cansancio y necesite detenerme y mirarme a mí misma, sin prestar atención a nada más. Mamen me dice que es normal lo que me pasa. Y si pienso en ella, pues en cierta medida, puede que sea así. Obviamente, no somos iguales pero a ella le sucedió, salvando distancias y detalles, algo parecido. Pasó de ser un proyecto de mujer liberal dentro de una pareja con libertad para acostarse con otros, a una novia ideal. Ella dice que es Eduardo. Y sí, es un buen chico que cuida de ella, le deja su espacio y permite que sea mi amiga que tenga ese punto de inmadurez graciosa y divertida en la pareja.

He quedado con ella. Como siempre, llega un poco tarde y con prisas. Me saluda desde lejos y acelera el paso. Sigo viendo a Mamen como una mujer con una sensualidad innata que no termina de conocer. Un chico acaba de volver la cabeza cuando ha pasado a su lado. Y un señor mayor, se ha detenido, cruzado sus manos detrás en la espalda y ha seguido con la mirada el camino de Mamen hacia la mesa que ocupo. Me rio yo sola.

—¿De qué te ríes? —me dice tras darme dos besos y sentarse a mi lado.

—Nada. Me he acordado de una cosa.

—Eres una cabrona. No me lo quieres decir... ¿Llevo algo en la ropa? —pregunta girando la cabeza y buscando con la vista hacia sus hombros.

—No, en serio, mi niña. Es una bobada. Te lo prometo.

—Bueno, dime. ¿Qué tal estás? Hace bastante que no me llamas. Yo sí, cacho perra.

—Lo sé, y lo siento. He estado liada con la comisaría. Tengo un nuevo

compañero un poco gilipollas, la verdad. Estamos en un caso jodido.

—¿Ah sí? Cuenta, que ya sabes que soy muy peliculera.

—No puedo. Además, está metido el abogado de Luis.

—¿De Luis? ¿De nuestra Isabel? Me caigo muerta. ¿Qué ha pasado? — Me pregunta con cara de sorpresa y los ojos muy abiertos.

—Nada, nada... No te preocupes. No tiene nada que ver con Isabel. En serio. Es un tema que se complica sin mucho sentido, la verdad. No te preocupes, mi niña.

—Vale, vale. —Suspira—. Me habías preocupado.

—¿Qué tal está Isabel? —cambio de tema. No es cuestión de que para las veces que quedamos a tomar algo el tema de conversación sea mi trabajo.

—Muy bien. Estuve ayer con ella en el gimnasio. La cabrona está cada día más buena.

—Mira quién fue a hablar...

—Ya me gustaría llegar a la edad de Isabel como está ella. Y con dos niños... —me dice moviendo la cabeza en señal de asentimiento—. Cuerpazo, corazón.

Me río por el desparpajo de Mamen. La adoro, la verdad. No solo es alegre, sino que he descubierto en ella a una buena amiga de verdad. Alguien con quien pasar un rato sin otra pretensión más allá de que el tiempo pase.

—¿Y tú? Dime. ¿Qué tal estás? ¿Tu padre?

—Muy malito. Cada día un poco más apagado. El otro día se escurrió y se hizo daño en una pierna, me dijo la monjita con la que hablo. —Niego con la cabeza despacio—. No creo que le quede mucho, la verdad. Cada vez conoce menos y además le han diagnosticado una deficiencia coronaria...

—Qué pena... ¿Es mayor?

—No... quiero decir que no es un anciano. Pero nunca se ha cuidado. — Me detengo y recuerdo a mi padre de joven. Bebiendo, fumando. Quizá tomando algo más para sus encuentros sexuales con extranjeras o españolas en sus viajes por las islas... —. Si te digo la verdad, creo que él quiere irse ya de aquí. Las últimas veces que Sor Petra habló con él y que estaba consciente y conocía, se lo repetía una y otra vez.

—¿Y tu madre? —Noto que me pregunta con cierto miedo a la respuesta.

Sonrí con tristeza y dejadez.

—Hablamos muy poco. Casi nada. No me perdona que, según ella, le esté pagando la residencia y a ella no le ayude. Se piensa que un sueldo de

subinspectora da para ese dineral... O que soy puta y lo saco acostándome con alguien. O corrupta... Vete a saber. —Resoplo al pensar en aquello.

—No hagas caso... No lo dice en serio...

—Lo malo es que sí lo hace, Mamen... Sí lo hace —susurro las últimas palabras.

—¿No le has dicho que es Isabel quien lo ha puesto...?

—Ni de coña, mi niña. —Me quedo imaginándome la escena de mi madre si supiera esa noticia—. El dinero sale de una cuenta mía. Me lo ingresó ahí finalmente Isabel y domicilian los pagos. No me fio de que mi madre intentara hacer algo con ese dinero si tuviera oportunidad. Si supiera que es Isabel, es capaz de localizarla y contarle una milonga para dar pena... Nunca sabrá nada.

—Vaya panorama... —me acaricia las manos y pone un gesto compungido.

—Como te digo, no hablamos casi nada. Desde que me vine de las islas tras firmar el divorcio, no sé si llegará a dos o tres veces. Ella sigue allí con su vida... Y una de las veces se escuchó la voz de un hombre, mientras me llamaba desde el fijo. O sea que me imagino que lo ha metido en casa. Me da igual, la verdad.

En realidad así era. Mi ligazón con mi madre estaba rota desde que intentó chantajearme de forma emocional para que la ayudara también a ella y no solo a mi padre. Su egoísmo o como lo queramos llamar, era una muralla para mí, insalvable. Lo de menos consistía que me hubiera llamado puta. Eso, increíblemente, era lo que menos me afectaba.

—Bueno —digo moviendo la cabeza alejando de mí el recuerdo de mi madre— te he llamado porque quiero proponerte una cosa.

—Dime.

—Me gustaría que nos fuéramos las tres unos días a Las Palmas. Solas, a la playa y así os enseño la isla. A comer pescadito, beber vino de allí, a estar tranquilas y a cotorrear todo lo que nos plazca. ¿Qué te parece, mi niña?

—Por mí fenomenal. ¿Para cuándo lo has pensado?

Respiro con profundidad. Mi sueldo no me permite vacaciones en los días de temporada alta en un destino como Las Palmas.

—A mí me vendría bien que fuera ahora, en temporada baja.

—Por mí, perfecto. Me pido unos días, cielo. —Mamen me coge de la mano y me sonrío. Intuye que algo me pasa y se me queda mirando unos

segundos—. ¿Estás bien?

Yo también miro a mi amiga. Intento sonreír, pero no me sale fluida. La sonrisa se me ha quedado algo atascada, como a medio camino.

—No estoy mal, Mamen. Pero... no sé cómo explicarlo —miro a mi amiga durante un par de segundos—. Os necesito. A ti y a Isabel. —Noto que una ligera congoja me empieza a oprimir la garganta, pero al evito. No es el momento ni me parece oportuno—. Quiero desconectar un poco de mi vida aquí en Madrid.

—¿Sigues con ese divorciado?

—¿Álvaro? —elevo ligeramente los hombros y yo misma me doy cuenta de que apenas tiene importancia real para mí—. Sí... bueno, no, la verdad. Ese es el problema. Que no sé si estoy o no. Si tengo pareja o solo un consolador con piernas que me empotra. Y hace unos días me acordé de Michel...

—¿Sabes algo de él?

Niego con la cabeza. No puedo ni siquiera intentarlo. Tiene su vida hasta donde supe y debo mantener ahí mi conocimiento. No conseguí o no fui capaz de retenerlo y perdí esa oportunidad.

—Nunca te he contado por qué nos dejamos de ver, ¿verdad?

## Tres amigas

—Esta es la parte de la isla que más me gusta...

—Es maravilloso ¡Qué pasada!... —dice Isabel que con su móvil está grabando un vídeo de las vistas que desde el Mirador del Balcón se extienden en el inmensidad del océano Atlántico

Detrás, a la espalda del mirador, están los picos que en forma de sierra, se asemejan al lomo de un dragón. Las vistas son realmente espectaculares. Un acantilado encrestado por unos riscos de picos triangulares y que van descendiendo en altura hasta llegar al mar.

—Joder, es verdad que se parece al dragón de Juego de Tronos... — comenta Mamen con una sonrisa de chiquilla extasiada por las vistas.

—Hacía tiempo que no venía... —digo apoyándome en las paredes del mirador construido de piedra y mampostería y que ahora lo azota un fuerte viento. No puedo evitar acordarme de Yeray, de Ernesto. De mi padre. Y sin quererlo, tarareo algo para mí en voz baja. Hace mucho tiempo que ya no bailo allí ni dejo que mis ilusiones naveguen en ese mar que ya casi lo siento ajeno. Carraspeo y me rehago, No quiero que mis amigas me vean melancólica—. En verano es mejor. Los días muchos son mucho más luminosos y azules —les digo aparentando tranquilidad y bienestar completo.

Hemos tenido suerte y hoy luce el sol y la temperatura es de unos dieciséis grados. Casi frío para los canarios, me digo a mí misma que, al contrario de muchos paisanos míos, no soy nada friolera.

Miro al mar mientras Mamen e Isabel se hacen fotos y *selfis* que tiene que repetir una y otra vez porque el pelo se les agolpa en la cara. Cierro los ojos y respiro el aroma de mar y de montaña de mi isla. Estoy feliz con mis amigas. Ha sido un fin de semana largo en donde nos hemos reído, hablado de estupideces, de nuestros miedos y alegrías; de cómo vemos la vida y del futuro que nos imaginamos.

Veo a mis amigas reírse y afanarse en colocarse el pelo o la ropa atizada por el viento. Sonrío y pienso que no sé qué haría sin ellas. Son mi escudo y yo la guerrera que mantiene una especie de fuego sagrado. Según termino de pensar en la frase me río yo misma de la cursilería.

—Tania, ven. Vamos a hacernos una foto las tres.

Me acerco. No tenemos ninguna foto de nosotras juntas. Me doy cuenta de que nunca la hemos hecho. Isabel se acerca a una pareja de jubilados que acaba de acceder al mirador por la escalera de piedra. Son matrimonio y ella le dice a él que tenga cuidado y se abroche la cazadora, que si no se enfriará. Me parece enternecedor que las personas se cuiden unas a otras.

—¿Nos pueden hacer una foto?

—Sí, claro —dice él cogiendo el móvil de Isabel.

Falla dos veces porque el buen hombre no es muy hábil, pero en vez de ponerse nervioso o malhumorado, se ríe de sí mismo.

—Hace muy malas fotos, que lo sepáis... —nos dice su mujer riéndose igualmente.

Posamos las tres riéndonos y alegres, y el señor nos hace varias esta vez para no fallar. La foto es magnífica. Y lo digo en singular porque son prácticamente iguales todas. Pero sirve. En ella estamos las tres amigas, sonrientes, divertidas y felices. No quiero más.

Mamen, al ver la foto y lo bien que ha salido le da un beso sonoro al hombre que agradece con un sonrojo y una sonrisa. Yo le doy las gracias a ella que, lejos de molestar con nosotras, también ríe la broma de Mamen.

Nos quedamos aún unos quince minutos y decidimos volver al hotel. Queremos cenar en el chiringuito en donde estuve yo cuando firmé el divorcio. Ayer Isabel nos invitó a cenar en un sitio precioso de la isla que, por su cuenta reservó. Es encantadora y está feliz. Y es mi amiga. Me enternezco cuando pienso en ellas. Me cuesta a veces decir lo que pienso, pero sé que sin ellas me faltaría algo en mi vida. Algo esencial. Son, por así decirlo, las que me mantienen unida a la realidad.

La noche es magnífica. Incluso más agradable que la tarde porque no hace tanto viento. Corre una ligera brisa pero que, lejos de molestar, es apacible.

Estamos las tres sentadas en la mesa. Yo me he descalzado y tengo los pies en la arena. Hemos pedido un pescado de la zona y una botella de vino blanco. Antes, y de aperitivo, yo me he tomado una cerveza que he saboreado con ganas. Las tres brindamos por tercera o cuarta vez. Isabel y Mamen, han optado por abrir directamente el vino.

Estos días hemos tenido nuestros ratos de charlas de amigas. Algunos

momentos de temas más importantes y graves y otros más intrascendentes. Todos válidos y estimulantes para mí.

—Tania, cielo, no me puedo aguantar —me dice Mamen con esa sonrisa jovial que hace que luzca aún más ese atractivo que tiene—. Te tengo que decir una cosa. Iba a esperar a soplarme un poco pero prefiero hacerlo ahora.

—Dime, mi niña.

Isabel se queda callada. Tengo la seguridad de que han hablado ya entre ellas, porque no se sorprende de que Mamen haya hecho este comentario.

—Tienes que intentarlo...

Sonrío. Sé lo que quiere decir. Salió ayer en la conversación de antes de la cena, pero no quise continuar. No quiero que algo que me produce un destello de tristeza enturbie la felicidad en la que estoy con mis amigas.

—No puedo, de verdad. Y no debo, además —contesto.

—Tania, yo también creo que deberías. Habla con él, al menos —interviene Isabel con esa apostura elegante que tiene—. Nunca se lo has explicado...

Me quedo un momento pensativa: «él». Miro a Isabel. Sí, es verdad que está cañón, como me decía Mamen. Le brillan los ojos y está como nunca la he visto. Nos dijo que Luis y ella están en el mejor momento de sus vidas. Sus hijos ya están aquí de vuelta y ella escribe unos manuales de marketing para los estudiantes de grado de una universidad. Sigue dando clases en el máster. Peter se ha vuelto a Estados Unidos, a su Miami. Viene de vez en cuando a dar alguna clase magistral y cobra un buen dinero por ello. Después de las veces que estuvimos follando, no hemos vuelto a tener contacto. Lo normal en mí, por otra parte.

—No debo, y lo sabéis.

—¿Por qué? —insiste Mamen—. Ese hombre te gusta, corazón.

Asiento. Es verdad. Me gusta y me gustará siempre. Aunque solo sea porque tengo un recuerdo de él inmejorable.

Ayer les dije la razón por la que perdí ese tren. El motivo por el que Michel eligió no continuar conmigo. Ambas se quedaron sorprendidas. Mamen, como me dijo, suponía que Michel se enteró de que estaba con Sergio o que mi promiscua vida le había hecho dudar de cualquier tipo de futuro en común. No fue así. Cuando empecé con Michel, Sergio con el que solo había estado un par de veces antes, dejó de ser una alternativa. Y con Benja, otro compañero de antidisturbios, hacía un mes o así que no tenía ya nada con él.

De hecho, fue cuando Michel ya no quiso saber de mí, regresé por un par de veces a Sergio, que me acogió cuando me vio afectada. A él sí le conté lo que me pasaba. Me inspiraba confianza y yo estaba en ese momento tocada. Fue un amigo, y lo sigue siendo.

No, la razón por la que mi relación con Michel no prosperó, fue otra. Ni más ni menos que Ernesto. Recuerdo que Michel y yo llevábamos unos tres meses viéndonos de forma que se podría calificar como estable. Hacíamos una vida casi de pareja. Sin formalismos ni obligaciones. Pero salíamos al cine, a cenar, de museos. Sí, follábamos pero no era lo único.

Y de hecho, las tardes y noches con él, en su casa o en mi pequeño apartamento, fueron tranquilas. Sofá, película, cena y hacer el amor. Antes he dicho que follábamos también. Sí, es cierto, pero también que hacíamos el amor. No es lo mismo. Con Michel empecé a apreciar el hecho de quedarme a dormir con un hombre. A no pensar mientras me vestía, y a no regresar sola a mi casa. Hicimos excursiones a la sierra de Madrid, y me llevó a tres o cuatro cenas con amigos y parejas de su círculo de amistad.

Me gustó aquella sensación. No era el mejor amante, ni el más dotado, ni el que mejores orgasmos me sacaba. Pero era con quien quería dormir. Sé que sonará extraño, pero incluso hasta cuando tenía su polla en la boca o me penetraba, no me movía como con Álvaro, por ejemplo. Ni me salía ser la dominadora de esa especie de combate sexual y clavarle en su pene hasta lo más profundo para hacerle bufar de gusto. Soy consciente de que he provocado orgasmos brutales en hombres. De que han disfrutado conmigo en la cama como con pocas mujeres. Y sé de sobra que podría haberlo hecho con Michel. Pero también estoy convencida de que aquella forma de follar no hubiera funcionado con él.

Tengo la imagen de él encima de mí, haciéndome el amor en la postura del misionero, con cadencia, pausa, pequeños jadeos y suspiros. Sin gritos, ni estridencias. Mirándonos a los ojos y besándonos con especial conexión. Y no por ello dejé de alcanzar buenos orgasmos. No sé si tan explosivos como con alguno de los que he follado. Pero sí mucho más sentidos. Más intensos en una medida complicada de explicar.

Quizá es que ambos buscábamos algo diferente. No sé su vida pasada o si su mujer fue la única infiel. Nunca le pregunté si él también lo había sido. Nuestras conversaciones sobre el pasado versaban sobre sus hijos, a los que adora, y de sus padres. Yo, en cambio, le contaba que con los míos no tenía

ninguna relación y que, además, la pareja que había dejado en Canarias estaba rota, por así decirlo. Solo me quedaba formalizar esa ruptura.

En aquellos momentos quise dejar a Ernesto. Lo pensé seriamente y lo tenía decidido, de no ser por aquella llamada. Una tarde, que, justamente, acababa de comer con Michel y habíamos quedado el fin de semana para ir a la sierra, me llamó Ernesto llorando. Me suplicaba que fuera a verle. Mi visitas de cada mes se había espaciado y habían pasado casi cuatro sin viajar a Las Palmas. Justamente los fines de semana que había estado con Michel.

Puede que me equivocara, que fuera débil o que me venciera esa gratitud y sentimiento de pena que me atravesaba cuando pensaba en Ernesto. Pero elegí irme a Canarias y ver a mi marido.

Michel nunca ha sabido que he estado casada. No me atreví. No fui valiente como para enfrentarme a la realidad. Y dejé que la vida de ensueño que me estaba forjando con él en Madrid, me inundara sin pensar en que yo tenía otra, más real, menos glamurosa y que me perseguía aunque yo tratara de esquivarla.

No me dijo nada la primera vez. Pero a partir de ese momento, me vi en la obligación de ir cada dos fines de semana a Canarias. Hubiera sido más sencillo, tanto para Ernesto como para mí, que en ese momento pusiéramos fin a nuestra relación. Que cada cual hubiera tirado por su lado y no hacernos más daño. Yo a él, y yo a mí misma.

Y entonces fue cuando Michel un día que jamás se me olvidará, me dijo con esa sobriedad tan sincera y atractiva que siempre tenía y hacía gala.

—Tania, no te puedo compartir. He vivido una historia de infidelidad, de mi mujer con otra pareja a escondidas y no quiero volver a repetirlo. Eres una mujer excepcional. Pero no quiero ser ni primer ni segundo plato. Quiero ser el único. Te quiero solo para mí y eso, por lo que veo, no puede ser. Lo mejor es que cada cual siga su camino. Ha sido encantador conocerte...

Y se fue después de un estúpido intento mío por explicarme, que incluso, estropeó más el tema. ¿Cómo le iba a decir que le había ocultado que estaba casada? ¿O que mi vida se había desarrollado en un devenir continuado de camas ajenas, polvos sin responsabilidades y pollas? Hubiera tenido que explicar muchas cosas de mi vida. Demasiadas.

No fui capaz. No me atreví. Y entonces, con la decisión tomada, y sin permitirme más explicaciones, me dio un beso que me supo a impotencia y un abrazo que me recorrió la espalda con un escalofrío. Ernesto, por supuesto,

jamás supo nada de esto. Ni siquiera ahora que estamos divorciados. Y yo cargué con aquello como si fuera una penitencia obligada.

—¿Por qué nunca le has llamado? —me pregunta Mamen—. Podrías haber intentado, no sé... Explicárselo. Lo que sea. Al menos por qué te fuiste a Las Palmas.

—Tuve miedo, Mamen. Y lo tengo todavía. Lo normal es que me diga que no. Que no quiere saber nada más de mí. Y eso... os parecerá raro, pero prefiero no saber qué hubiera podido suceder a tener la certeza de que no quiera nada conmigo. —Me encojo de hombros y me coloco el pelo en un gesto nervioso—. Prefiero no saber nada más...

—Eso no es bueno para ti. Eres una mujer fuerte y que vales mucho, Tania.

—Isabel, soy lo que soy... En el fondo, mi vida me ha derrotado. —Suspiro y miro al techo. No quiero llorar y me aguanto al máximo—. Nunca sabré qué hubiera sucedido... Y es mejor así.

—No Tania. No te engañes. Tienes que saber el final de esa historia, bonita. Es tu historia, y no puedes huir de ella siempre, cielo... —me dice Isabel con mucha dulzura y apretándome la mano.

Sonrío con cierta tristeza y conformidad mustia o melancólica. Mi historia, por mis decisiones, está llena de Javieres, de Adays, de Yerays, de Álvaros, de chicos que me follan en cuartos de baño en discotecas y bares. De hombres de orgasmos potentes, de jadeos de placer inmenso, de sexo dominante y profundo. De pollas en mi boca y en mi vagina, de corridas en mi pecho, en mis tetas y en mi cara. De placer extremo y camas afiladas de deseo animal. De inercia de sexo. Sexo por costumbre y sexo por descarte o elección.

Miro a Isabel y le cojo la mano. También a Mamen, que como una chiquilla me mira expectante. Quiere verme feliz y contenta, como ella con Eduardo. Desea que un hombre me haga sonreír como hace su chico. Que me mime y me quiera, que exista un Luis que luche por mi como por Isabel. Ambas quieren que viva buscando una ilusión que sé que ya es muy complicada.

—Mi historia, ahora, sois vosotras. Y no sabéis lo feliz que me hace estar aquí con mis amigas.



## Epílogo

### El entierro

Mi padre ha fallecido hace tres días y le enterramos antes de ayer. Gracias a que el seguro de enfermedad de mi padre le cubre una parte y no puede tocarlo, la cantidad que me dio Isabel y las ayudas que gestionaron las monjitas, los últimos meses de su vida los pasó relativamente bien, al menos en lo que se refiere al cuidado y la atención.

He hablado con mi madre. Nunca estaremos unidas ni pasaremos las Navidades juntas. Sigue con esa hombre, con el que vive. Y no me parece mal. Es su vida y tiene derecho a hacer lo que desee. Pero al menos, hemos tendido un puente entre las dos. No sé si será lo suficientemente firme, pero por ahora, nos ha acercado algo.

De mi padre me he despedido a solas en su tumba. No ha sido un entierro de muchas personas. Algo de familia y poco más. La enfermedad y que tampoco hizo muchos amigos en vida, nos ha dejado a muy pocos en su despedida.

Cuando me he quedado a solas, no le he dicho nada nuevo ni diferente a cuando hablé con él, el día que ya se quedó en la residencia de las monjitas. Sé que aquella mañana me escuchó y puede que se arrepintiera de lo que nos hizo. Yo no lo puedo olvidar, pero he perdonado. No quiero que me consuma el rencor y me esfuerzo por recordarnos a él y a mí de pequeña, en el Balcón del Mirador.

Me he acordado de Luis en ese momento. Hay que ser fuerte para perdonar y que no te consuma el odio. Luis lo fue. Yo, es posible que no lo sea tanto, aunque aparente más. Él es feliz con Isabel. Yo no lo soy conmigo misma. Esa es la diferencia tan abismal entre él y yo.

Cuando he salido del cementerio me he ido en coche al Mirador del Balcón y he vuelto a sentir el viento en la cara, la inmensidad del océano y la cola del dragón. He recordado la foto de nosotras tres, que tengo en grande colgada en mi casa. También la llevo en el móvil. Ahora la estoy viendo y me

ruedan dos gruesas lágrimas.

No hay música y no me sale bailar...

No tengo nada más que a mis amigas.

## **El juicio y mi historia**

He salido absuelta del juicio en donde Albert, el que fue abogado de Luis, fue asesinado por los disparos de un compañero al que, no solo se le abrió expediente, sino que ahora, aunque sea complicado demostrarlo, todo indica que se propasó en el uso de su arma reglamentaria.

No es que me haya influido en mi trabajo, ni que mis superiores tengan dudas sobre mí. Pero me ha dejado un mal sabor de boca. No solo porque no pude ayudarle, sino que además, me siento de alguna forma utilizada. Incluso por el mismo Albert.

Me siento mal. Desencantada, enfadada con el mundo y conmigo misma. No sé si esto es real o soy yo la que me creo una especie de vida paralela que me mueve como una marioneta.

No he cenado. Ni tampoco tengo hambre y estoy pensando demasiado. «Necesito una copa. O dos», me digo. Y olvidarme de todo. Perderme de mí misma y sentir que puedo con la vida que me ha tocado.

He terminado en el mismo bar al que acudía cuando estaba en Madrid en esos primeros meses tan duros y solitarios. No había vuelto desde el día que follé con aquel chico en el baño. Me he sentado en la misma silla alta al lado de la barra, o por lo menos en el mismo lugar en que lo hice aquel día. Todo sigue igual. Incluso la música es parecida. Estoy bebiendo despacio el segundo ron y solo miro el móvil. No son ni las diez de la noche. Una pareja ríe en el fondo de una mesa. Ellos y yo somos los únicos clientes. Dos camareros todavía están colocando vasos en las estanterías y sacando del almacén botellas, cubiteras, pinzas, vasos...

Álvaro pasó a la historia. Ni siquiera nos despedimos, o nos dijimos nada. Ambos nos esfumamos del otro. Nos hicimos humo y desaparecimos de nuestras respectivas vidas. No sé si es triste o simplemente patético. Pero me da por pensar que es una mierda que después de conocer tantos hombres, no tenga ni un solo mensaje, ni una llamada. Que nadie quiera ponerse en contacto

conmigo.

Doy un nuevo sorbo y le digo al camarero que me sirva otro. En silencio, me retira los restos de mi copa y me pone una nueva. Me reconforta el sabor frío y dulzón del ron. Cierro los ojos y me froto la frente. Sé que tengo que dar un giro a mi vida. No me doy cuenta pero alguien se ha colocado a mi lado.

—Hola. ¡Qué sorpresa! ¿Te acuerdas de mí? Joder, cuánto tiempo sin que vinieras. Que sepas que me he acordado mucho de ti.

Escucho una voz y me giro. Es el mismo chico con el que me hace ya bastante tiempo fui al cuarto de baño de ese bar. Sigue delgado, con una barba a medio rasurar y, sí, es guapete. «Claro que me acuerdo de ti», me digo mentalmente. «Fuiste con quien follé por primera vez en Madrid». No sé su nombre, y creo que nunca nos lo dijimos. Me hubiera llamado por el mío, pienso, si no fuera así.

—Hola —contesto con una media sonrisa. Noto que el alcohol empieza a subirme. Miro el reloj. Es muy pronto para ir de fiesta pero aun así estoy en ese punto en que dos copas son pocas y tres necesitan una cuarta para empezar a ser viernes—. Está claro que vienes mucho por aquí. —Tomo un nuevo sorbo de la copa. Estoy bebiendo muy rápido. No son ni las diez y media de la noche y es la tercera.

—Bueno, soy uno de los dueños —me sonrío como si ese detalle pudiera otorgarle puntos en su atractivo No digo nada y me limito a mantener la media sonrisa—. Me gano la vida aquí. —Sus dientes son blancos y bonitos. Tiene la barba cuidada, de peluquería y aunque su pose es un poco forzada, se le ve seguro con las maneras que utiliza.

Mañana se casa Mamen y tengo hora de peluquería a las once de la mañana. «Voy a ir cañón», recuerdo que la he dicho hoy mismo. Un vestido precioso y ajustado que me ha ayudado a elegir Isabel de su armario. Yo no puedo permitirme algo así. Pero ella ha querido que vaya como una reina y , bueno, nunca lo he experimentado, con lo que acepté finalmente. La costurera de mi amiga, por suerte, no ha tenido que hacer demasiados arreglos. Ajustar alguna sisa y entallarme algo más la cintura. Los zapatos de taconazo son míos, de Zara, lo mismo que mi atribulado mundo, que llevaré por montera, me digo.

Mi acompañante hace una seña al camarero y pide una copa para él y otra nueva para mí. No debo beber mucho más, que si no terminare afectada. Miro al chico y empezamos a hablar. No sé bien que me dice del garito. Que mañana hay un concierto y si quiero acudir.

—Te invito —me dice mostrando de nuevo de forma aparentemente sutil, aunque se le escapan maneras de ligón profesional y reyezuelo de antro.

—Tengo una boda, encanto —le digo dando un nuevo sorbo, terminando la tercera copa y cogiendo la que me ha invitado.

Seguimos hablando de algo que no sé si es interesante o no. Me dice que la policía local les tiene ojeriza. Sonríe para mí. No sabe que soy nacional, por supuesto. Durante un cuarto de hora hablamos de variedades son mucho sentido ni ligazón. Debería irme, me digo en un momento dado, pero la soledad y una sensación de cierto fracaso me mantiene en ese taburete alto, atándome a pasar una noche más de viernes sola. Una noche en la que la melancolía me ha vuelto a atenazar. Donde pienso que mi vida empieza a descarriarse. Él sigue hablando, pero ahora estoy en Canarias, en medio de aquella foto con mis amigas en el Balcón del Mirador...

Me río un par de veces y continúo bebiendo. Son las once y pocos minutos. Sin saber muy bien la razón, bajo del taburete, le miro, cojo su mano y nos encaminamos al baño. Estoy harta de mí misma y de mi vida. Sé que hago mal, pero entre el alcohol, el malestar por el juicio y que estoy tremendamente sola, nada me importa en este momento- No deseo otra cosa que seguir huyendo.

Un minuto después nos estamos besando, palpando él mi pubis y yo su bulto de la entrepierna. Llevo tres copas y media, y este mes he adelgazado para que me siente de maravilla el vestido. No he cenado y me noto afectada. No borracha, pero sí con las ideas lentas y la mirada que empieza a espesarse.

Sé que esto es un error y que estoy quemando los minutos de esa noche, porque intento alejarme de mí misma y de mis ilusiones. No tiene sentido alguno que esté allí, de nuevo, con él. Es como si mi vida se hubiera convertido en algo circular. Allí, en ese baño empecé mi vida en Madrid y he vuelto a ello. Me siento mal, pero algo me impide evitar continuar. Ese algo creo que es el fondo que ya he tocado y que debo sentirlo para, quizá, un día, renacer.

Mientras me penetra el chico, me miro en el espejo. Pero esta vez no veo ni siquiera la cara explícita de sexo, ni las ganas de ser penetrada. Me siento aturdida, absurda y casi inerte en aquel baño, al ritmo de las embestidas del chico que me folla, con apremio, casi con furia. Me dejo hacer, pero tampoco encuentro urgencia alguna por tener su polla dentro ni de correrme.

Escucho sus jadeos y él busca mi boca, pero no me vuelvo. Me obligo a

mirarme. El espejo y mi imagen reflejada es ese fondo; necesito ver mi ruina para ultimar mi caída. Solo así, es posible, que resurja en mí algo parecido a una necesidad de cambio.

Se me agolpan dos lágrimas al verme. En el espejo solo hay una mujer entregada sin razón concreta a un hombre del que desconoce hasta el nombre, Siendo follada en el baño de aquel garito. Me veo y detrás, el cuerpo de un joven que se estremece por las acometidas casi furiosas de su pelvis en mi culo. Se escucha el sonido de la carne, pero ni siquiera gimo. Siento algo que puede ser gusto, pero está alejado del placer. Se me junta el cosquilleo del deseo sexual con la densidad de mi silencio y una mirada opaca, perdida en propios reproches. Mis ojos se quedan fijos en su reflejo del espejo, y solo ven soledad y amargura.

El chico termina y yo finjo el orgasmo. Me besa en el cuello y me abraza. Me dice algo al oído que no escucho porque en ese momento intento zafarme de sus brazos. Al momento, una frase que pretende ser un halago y que, al contrario que la otra, sí me llega clara y nítida.

—Sigues follando de cine. La mejor. De verdad te lo digo.

Respira agitado, se apoya en la repisa y me acaricia la cara. Creo que intenta ser cortés, incluso. Aprovecho y me pongo el pantalón y la parka. Él también empieza a vestirse cuando yo abrocho la cremallera de mi pantalón vaquero. «La mejor», me repito mentalmente, sin que sienta otra cosa que un punto de vergüenza.

—No te vayas esta vez, preciosa. Te invito a una copa y luego, si eso... Joder, repetimos en tu casa o en la mía. ¿Te parece bien? —Su tono es amable. Pretende ser cercano y hasta cariñoso. Pero no puedo quedarme un segundo más en ese cuarto de baño.

Sonrío y le acaricio la cara.

—Te espero fuera, cielo.

Pero como aquella vez, salgo del bar. Esta vez, incluso más rápido. Llego al coche casi a la carrera mientras empiezo a llorar. Me he dado cuenta de que no he pagado las copas y hasta me siento culpable. Pero me es imposible regresar allí de nuevo. Es como si retornase a lo que ya no quiero ser. Me sobreviene un llanto nervioso, de lágrimas afligidas y silenciosas. Arranco el coche y me voy.

Me calmo cuando llego al primer semáforo. Mi teléfono está en el bolsillo de la parka y se acaba de acoplar al coche. Estoy un poco más

tranquila, pero sigo llorando. Y entonces me acuerdo de Isabel y de su frase.

«—Tienes que saber el final de esa historia. De tu historia... No puedes huir de ella siempre, cielo»

Me quedo pensativa y respiro. Aparco el coche y miro a mi móvil. Entonces, ahuyentando las imágenes de mi mirada reflejada en el espejo de aquel cuarto de baño y tecleo nerviosa, con miedo. Un temor atroz, que me bombea en el pecho y produce que mis manos tiemblen. Soy, en ese momento, conscientemente débil, muy frágil. Necesito salir de mí misma y mis imágenes. Acabo de follar con un hombre en un cuarto de baño de un garito y ahora estoy llamando a Michel mientras me siguen rodando lágrimas por la mejilla. Miro la hora. Son las once y media. No sé si estará cenando con alguien, en el cine o con sus hijos. Tres, cuatro, cinco tonos. Estoy a punto de arrepentirme y colgar, cuando escucho su voz y el corazón se me detiene...

—Hola Tania.

No ha sido cortante, ni seco. Tampoco de cariño, pero sí diría que cercano y amable. No puedo aguantarme. Se me desbordan los lagrimales y lloro de nuevo convulsa y desconsoladamente.

—¿Tania? ¿Me oyes? ¿Estás bien?

—Sí... —acierto a decir—. Hola Michel... No, no estoy bien —le digo entre hipidos.

—¿Vas conduciendo? Por favor detente. ¿Dónde estás?

—Estoy en la calle. He aparcado el coche. ¿Estás solo?

Tarda en contestar. Varios segundos que se me hacen eternos. Escucho a mi corazón golpear mi pecho. Fuerte, muy rítmico y con una potencia que desconocía.

—Sí, tranquila. Estoy solo. ¿Qué te sucede?

Me rio con algo de desgana. Me recuesto en el asiento y respiro muy hondo. Y entonces, mientras miro por la ventanilla y me veo abatida en el reflejo del cristal, me suelto.

—Me gustaría verte, Michel. Hablar contigo. Solo eso. Pero necesito contarte algunas cosas. Algo simple, media hora, no más. No te... no te entretendré. Pero... pero, lo necesito. Te lo pido por favor.

Vuelve a quedarse en silencio. Y regresa el miedo a que me diga que no. Una tenaza de debilidad, de desconsuelo y de soledad me inunda. Trago saliva y vuelvo a sentir los golpes de mi corazón.

—Nos podemos ver mañana —me dice calmado.

—Mañana tengo una boda. Se casa una amiga.

—Pues me alegro por ella. Dale mi enhorabuena. Me das envidia —me dice con gracia y su leve deje gutural—, yo me voy a pasar el día muy aburrido. Iban a venir mis hijos, pero al final se van con amigos al campo—. Si te parece, te llamo un día de estos y charlamos. Nos tomamos un café o una cerveza. ¿De acuerdo?

—Sí... sí, claro —digo más tranquila, sorbiendo la nariz y limpiándome las mejillas—. Gracias. Lo necesito, de verdad.

—No hay de qué. Y tranquila. Hablaremos.

—Un beso, Michel.

—Adiós, Tania. Otro beso.

Cuelgo.

Me quedo mirando a través del parabrisas. Me calmo. Ha sido más fácil de lo imaginado. Quizá tendría que haberlo hecho antes. Pienso en él. En ese tren que se me escapó y que no sé si, aunque hablemos y le explique lo que sea, podré volver a cogerlo.

Me dispongo a arrancar el coche e irme a mi casa. Estoy dolida, amargada conmigo misma. Pienso en demasiadas cosas y no muy claramente. Menos mal que mi casa está cerca y son apenas unas calles. Si no, quizá no debería conducir.

Miro mi reflejo en la ventanilla del conductor. Veo a una mujer entristecida, en cierta manera perdida y que necesita salir de donde está. Que no es capaz de gestionar su vida personal de forma adecuada y conforma a lo que de verdad quiere. Que ya no le es suficiente las camas ajenas... Se me enciende una luz en mi cabeza. Entre la penumbra de mi reflejo marchito, veo un pequeño brillo en mis ojos. Sé que es una locura. Que no tiene ni pies ni cabeza, que seguramente es absurdo. Algo sin pensar, pero sincero. Me animo al ver que no me ha rechazado. Vuelvo a marcar a Michel que me coge el teléfono en el segundo tono. No espero a que me conteste.

—Vente conmigo a la boda.

—¿Cómo? —dice extrañado—. ¿A la boda de tu amiga? ¿Mañana?

—Sí. Sé que te parece una locura. Pero me apetecería mucho que me acompañaras. Por favor.

—No es el mejor sitio para hablar, Tania —me dice con esa tranquilidad que siempre le ha caracterizado. Me hago a la idea de que me dirá que no, pero insisto. He llegado a puerto y necesito un amarre en el que sostenerme—.

Vente, Michel. Te prometo que será divertido y no voy a ser una carga. No hablaremos de nada. Eso lo dejamos para otro día... Te lo juro.

—Tania, no es buena idea. En serio que un día de la semana que viene te llamo y charlamos. Te lo prometo.

—Por favor, Michel...

Se queda callado. Y entonces, vuelven a caer las lágrimas por mis mejillas.

—Me gustaría tanto bailar contigo... —digo en un susurro ahogado de tibios sollozos y un par de hipidos.

—Tania, no entiendo lo que me dices...

—Por favor. —Me rehago con un ligero carraspeo—. No tengo a nadie con quien ir. Y eres lo más parecido a un amigo que me queda. Necesito estar con alguien que me calme. Tú siempre lo has hecho. —Me viene el recuerdo del balcón del Mirador, embobada observando el mar mientras en mi cabeza me imaginaba una vida tan diferente a la que llevo.

Vuelve el silencio. Escucho que respira y que parece pensárselo.

—Tania, deberíamos hablar antes. Hay cosas que...

—Michel, hablaremos. —Vislumbro una posibilidad y casi me emociono—. Te lo juro. El día que quieras y como quieras y con las condiciones que digas. Me gustaría decirte muchas cosas. Pero acompáñame mañana a la boda de mi mejor amiga. No sé si podré estar sola... —Vuelvo a llorar con amargura—. No tengo a nadie más...

Mamen está preciosa y feliz. Irradia luz y alegría. Me alegro tanto por ella...

—¿Es él?

Asiento. Eduardo baila bien. Es un tipo simpático, educado, de sonrisa fácil, conversación agradable y frases inteligentes y graciosas. Entiendo que a Mamen le guste. No es que sea muy guapo, pero es mono y tiene algo. Es también inteligente porque ha sabido llevar a mi amiga perfectamente. Un hombre interesante, entre burlón y apuesto. Me gusta para ella.

Miro a Michel. Está hablando con Luis e Isabel. A última hora Mamen ha cambiado algunas mesas y lo ha sentado conmigo y ellos dos. Estoy nerviosa, como una colegiala. Isabel me ha dicho que va a ser encantadora con él. Luis también.

—No se te va a escapar esta vez —me ha dicho mi amiga en medio de un abrazo.

Ríen ahora de algo que ha comentado el marido de mi amiga.

—Cuida a Mamen —le digo a Eduardo—. Es todo para mí.

—Sabes que lo haré —me contesta mirándome muy fijamente a los ojos—. Quiero a Mamen, Tania. Mucho.

—Sí, lo sé.

Damos una vuelta más bailando. Eduardo lleva bien a la pareja. Es ágil y no tiene demasiada vergüenza, con lo que todo parece salirle fluido. Mamen ahora baila con su padre y su madre con el de Eduardo. Miro a Michel que ahora me observa. Tiene una copa de vino en la mano. Está serio, extrañado. Yo le sonrío. Veo —o quiero creer— que podemos tener una oportunidad. No sé si el tiempo jugará a nuestro favor o si ya es tarde para cualquier intento. Pero sé que de una forma u otra, sabré el final de mi historia.

Hemos quedado pasado mañana para hablar. Quiero decirle que es con la única persona por la que he sentido algo y que no me atreví a dar ese paso cuando debí haberlo hecho. Ya le he contado que estaba casada, que mi matrimonio hacía tiempo que no era real, pero que tardé demasiado en darme cuenta. Es lo único que sabe.

—Cuando hables con él, dile que le quieres.

Me sorprende Eduardo. Me lo dice con una media sonrisa, pero sé que habla en serio.

—A los hombres también nos gusta que nos lo digan —añade.

—Lo haré. Gracias, Eduardo.

Vuelvo a mirar a Michel y le sonrío. Estoy inquieta y sensible. Con ganas y ansia por explicarle lo que realmente sucedió. Por poner mi verdad ante él y que decida. Estoy segura de que no será fácil y que tendrá dudas. Muchas, cientos, miles... Todas, quizás.

Pero como me dijo Isabel, tengo que conocer el final de mi historia. No me imagino el desenlace. Nadie lo sabe, y será muy complicado que lleguemos a uno feliz. Pero al menos, no me voy a quedar sin saberlo.

En ese momento Michel se nos acerca con una media sonrisa. Ha dejado la copa de vino en una mesa cercana.

—¿Puedo bailar con ella? —nos dice en cuanto está a nuestro lado.

—Claro que sí. —Eduardo se separa de mí. Mi corazón late a mil por hora. Nervioso, excitado, débil... Se separa de nosotros con una sonrisa—.

Pasadlo bien —nos dice, yéndose a por su ya mujer que ríe una frase de su suegro.

No nos decimos nada. Solo le miro y dejo que la canción vaya pasando mientras me dejo llevar. No sé qué sucederá entre nosotros. Es posible, que nada. Que cada cual siga su camino, pero, al menos, sabré el final de esta historia. Sea cual sea el final.

—Hacía tanto que no bailaba... —Me aguanto la emoción que me embarga en ese momento.

Y entonces, nos miramos, con mil dudas y alguna esperanza.

Fin

Si te ha gustado, te ruego que califiques con una buena puntuación la novela. Y si no ha sido así, por favor, puedes contactar conmigo en

[lolabarnon@gmail.com](mailto:lolabarnon@gmail.com)

Me ayudarás con tus comentarios a perfeccionarla. Te agradezco mucho tu interés y tu paciencia en leerme.

Y no te olvides de visitar, si tienes curiosidad, mi página de autor [Lola Barnon](#)

Un besazo, Lola.